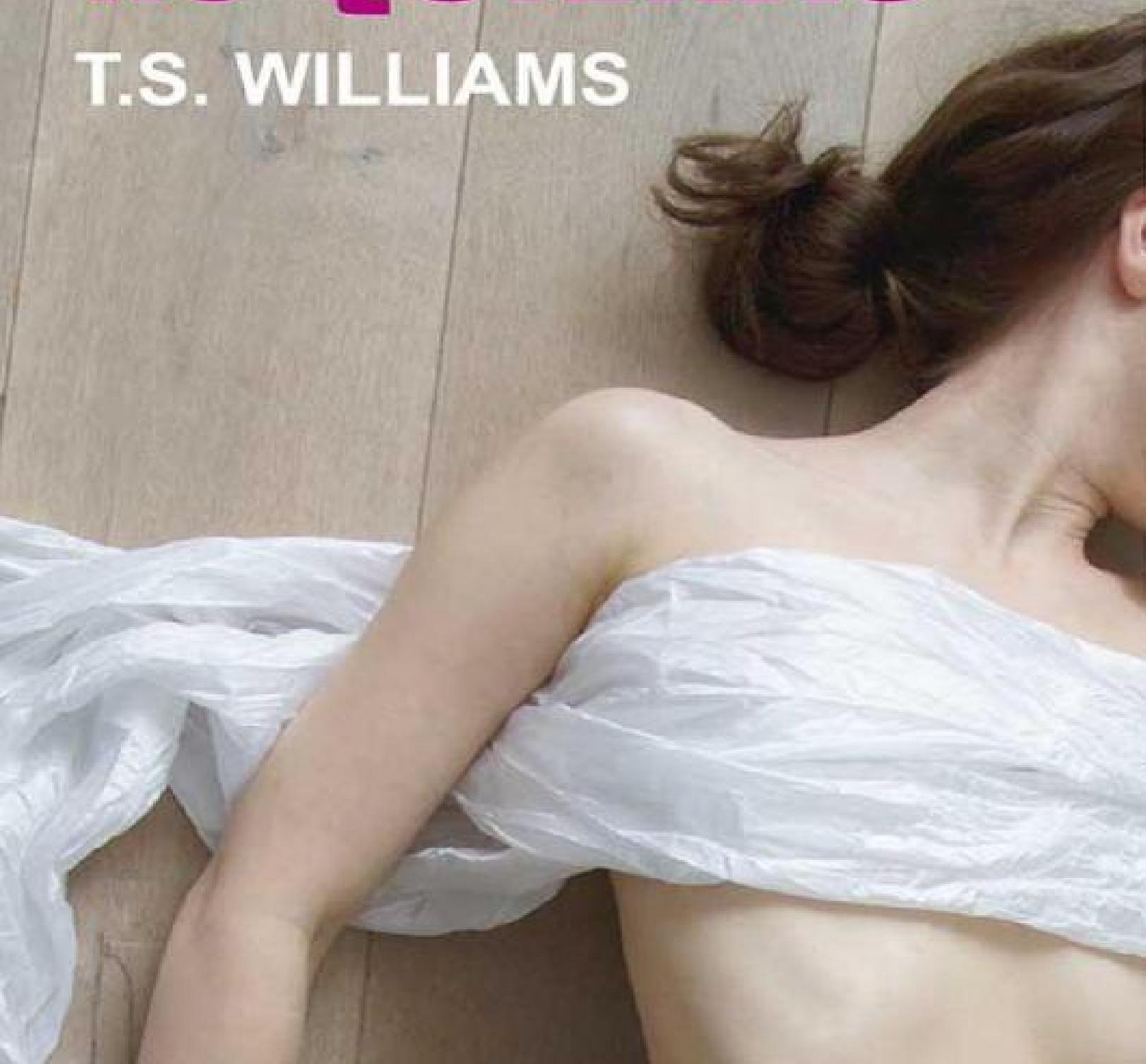


NADA QUE TÚ NO QUIERAS

T.S. WILLIAMS



A las que Aman.

Sentada frente a la tarta de su 35 cumpleaños, Cloe sabe que algo en su vida no encaja. Tiene todo lo que siendo publicista suele vender como la imagen perfecta de la felicidad: un marido que la ama, una preciosa hija, un trabajo que le gusta y una buena casa. Pero la realidad en su interior es otra y, sin poder evitarlo, rompe a llorar antes de soplar las velas.

Juan, atento como siempre, la acaricia pensando que sus lágrimas son fruto de la emoción del momento y le dice que pida un deseo. Al escuchar la palabra *deseo*, Cloe se da cuenta de que eso es lo que falta en su vida, la intensidad de vivir lo que años atrás saboreó a medias.

1

Cloe fue desde pequeña una niña creativa con un mundo imaginario muy avanzado para su edad. Como hija única que era, solía pasar horas encerrada en su habitación inventando historias que la llevaban a otros mundos. En ellos podía hacer todo aquello que en casa no le estaba permitido por miedo al qué dirían. Sus padres, pertenecientes a una buena familia barcelonesa, la tuvieron a los pocos años de casarse porque eso era lo que estaba establecido. Siempre sintió que su padre hubiera preferido tener un varón, un heredero que siguiera sus pasos y se convirtiera en un abogado de éxito como él, así que le tocó ocupar ese lugar. Consciente de ello pero sin cuestionarlo nunca, siguió en todo momento los planes que sus padres diseñaron para ella. Estudió en las mejores escuelas, aprendió idiomas e incluso sin darse cuenta empezó la carrera de Derecho.

Nunca nadie le preguntó si era feliz: ¿cómo no iba a serlo si lo tenía todo a los ojos de los demás? Entonces conoció a Ana, y su vida cambió a mejor.

Cloe llegó a la biblioteca dispuesta a preparar los exámenes previos a las vacaciones navideñas. Esa mañana se levantó sin demasiado tiempo y, para no llegar tarde, se vistió sin pensarlo mucho. Lucía unos vaqueros ceñidos y un jersey negro de cuello alto que resaltaba sus ojos azules y había recogido su rubia melena en una coleta no demasiado elaborada. En el interior de su enorme bolso de piel, regalo de sus padres por su último cumpleaños, guardaba los apuntes y los libros que ahora debía repasar para no quedarse atrás en su segundo curso. Buscó un rincón de la biblioteca desde el que poder ver los jardines del campus universitario, como siempre hacía en sus sesiones de estudio. Las vistas le permitían perderse en sus pensamientos cuando el aburrimiento se apoderaba de ella, algo que sucedía con demasiada frecuencia.

Tras unos minutos estudiando que se le hicieron eternos, la presencia de alguien tras ella le provocó un escalofrío. No se atrevió a girarse por miedo a mostrar su rubor, pero enseguida descubrió el origen de tal sensación.

Con absoluta seguridad y sin preguntar si la silla estaba libre, una chica morena de ojos oscuros y un cuerpo escultural se sentó frente a ella y descargó sus cosas en la mesa causando un ruido poco habitual en una biblioteca.

—Perdona —dijo la chica con una mueca entre la sonrisa y la disculpa.

—No pasa nada —logró responder Cloe, todavía con las mejillas sonrojadas.

No intercambiaron más palabras, pero Cloe no pudo volver a concentrarse en sus libros. Intentando que su compañera de mesa no se diera cuenta, Cloe analizó a la chica de reojo y al detalle. Su pelo abundante y salvaje cubría parte de su cara, de la que solo pudo entrever algunas de sus bellas y angulosas facciones porque estaba inclinada apuntando algo en un gran cuaderno verde. Tenía los labios carnosos y a veces pasaba su dedo índice por encima como pensando algo que añadir al cuaderno. Cloe se sintió desconcertada al excitarse ante la presencia de la chica porque nunca hasta ese momento alguien de su mismo sexo la había turbado así, y aunque no había tenido ninguna relación que pudiera considerar seria con ningún chico disfrutaba con ellos en la cama. Pero esta vez algo era distinto: quería saber más de su misteriosa acompañante, quería preguntarle su nombre, hablar con ella, saber quién era y por qué la hacía sentirse así. Pero la timidez paraliza, y antes de poder decir nada la chica miró su reloj, recogió las cosas precipitadamente murmurando un casi inaudible «joder» y se marchó dejando la silla vacía y un aroma intenso que Cloe inhaló profundamente cerrando los ojos.

Al volver a casa cenó una vez más con sus padres en un ritual que conocía a la perfección. Era el único momento del día en el que coincidían, pero, lejos de aprovechar para comentar su jornada o compartir algún tipo de intimidad, solían permanecer en un silencio demasiado incómodo para Cloe. Cuando por fin pudo retirarse a su habitación, se puso una camiseta y un pantalón de pijama que hubieran escandalizado a su madre porque no eran del mismo conjunto y se tumbó en la cama. Recordó la escena de la biblioteca, a la inquietante chica de quien no había visto bien los ojos pero sí su larga melena, sus dedos rozando sus labios, sus pechos tersos anunciándose bajo una fina camisa negra. Sin darse cuenta, su mano empezó a bajar por su vientre, guiada por esa extraña que horas antes había hecho tambalear sus sentidos. Se detuvo un momento censurando su

instinto porque era algo que no solía hacer. Llevaba tiempo sin acostarse con nadie y no era habitual en ella darse placer, pero la imagen de la chica seguía en su cabeza y la presencia de su mano en el interior de sus pantalones hizo que empezara a respirar profundamente. Cuando las yemas de sus dedos alcanzaron el interior de sus bragas sintió una humedad que la hizo excitarse más. Acarició su sexo con los dedos, despacio, y sintió que se le endurecían los pezones y que se le aceleraba el pulso. Era un deseo desconocido hasta entonces y necesitó doblar las rodillas para explorarse mejor. Acariciándose, buscando con delicadeza un clítoris que la esperaba ansioso, no pudo evitar gemir de placer y arquear la espalda, intentando amortiguar sus sonidos para no ser descubierta por sus padres, que a esa hora debían de estar sentados frente al televisor todavía sin cruzar palabra. Bajó la otra mano, y con ella separó sus labios para rodear su clítoris con cuidado, y sin poder evitarlo llegó al orgasmo con una intensidad que le hizo emitir un grito ahogado y temblar de un placer que la acompañó hasta quedarse dormida.

Los siguientes días buscó cualquier excusa para volver a la biblioteca, pero no logró coincidir con su desconocida. Los padres de Cloe estaban encantados al verla tan enfocada en una carrera por la que nunca había demostrado demasiada euforia, pero ella era incapaz de retener las frases que leía repetidamente en sus largas horas de estudio. Solo pensaba en la misteriosa morena del cuaderno verde. Se sentaba en la misma mesa que compartieron y, si estaba ocupada, buscaba alguna cercana para que la pudiera encontrar en caso de aparecer por allí, y apuraba hasta el cierre para irse a casa. A veces se sentía estúpida por esperar a alguien que ni la conocía ni había mostrado el menor interés en hacerlo, pero algo en ella la atraía al mismo sitio una y otra vez. Tal vez era la sensación de peligro y de miedo a lo desconocido lo que la llevaba al mismo lugar, pero ese vértigo la hacía sentirse viva de un modo irremediable. Tal vez era simplemente la seguridad de saber que nunca se había sentido así.

Una noche, camino al coche sumida en sus pensamientos, Cloe escuchó unos pasos tras ella que la asustaron y la hicieron acelerar. Los campus no son los sitios más seguros a esas horas y por eso sacó la llave intentando

entrar cuanto antes en su vehículo. Al ir a abrir la puerta una mano se apoyó en su hombro, pero fue incapaz de gritar.

—Olvidaste esto.

Cloe no se atrevió a girarse. Sin duda era su voz, la misma que resonaba en su cabeza desde que días atrás la escuchó en la biblioteca. Cogió aire para que sus nervios no fueran demasiado evidentes y, lentamente, dio media vuelta intentando alargar el momento para que ella no viera que de nuevo sus mejillas acumulaban una gran cantidad de sangre.

La chica tenía su brazo extendido y le ofrecía un ejemplar del Código Penal que sin duda era suyo, porque tenía su nombre escrito en la cubierta.

—Te he estado observando. Me llamo Ana —le dijo descarada y en un tono desafiante.

—Yo... yo soy Cloe —respondió con torpeza.

—Lo sé, lo pone aquí —añadió señalando el libro—. Te pega estudiar Derecho, tienes pinta de niña buena y de ser muy aplicada, por lo menos estudias mucho... —ironizó.

—Bueno... es que se acercan los exámenes y yo... —in-tentó justificarse Cloe.

—¿Es por eso por lo que vas tan a menudo a la biblioteca? Pensé que era por otro motivo... —preguntó Ana, que parecía disfrutar con la incomodidad de su interlocutora.

—Sí, bueno, no... —Y, sin que pudiera terminar de responder, Ana la empujó contra la puerta del coche y la besó apasionadamente.

A Cloe le temblaron las piernas al sentir el aliento de Ana y su lengua recorriendo sus labios, su boca. Cerró los ojos y se dejó llevar por ese instante perfecto; cuando por fin los abrió, Ana se había ido y su libro reposaba sobre el capó del coche. Tenía el pulso tan acelerado que le costó incluso abrir la puerta, pero consiguió llegar a casa sin saber ni cómo.

Al día siguiente, y tras pasar la noche en vela pensando en Ana y en el beso que le había robado, se sintió enferma. El estómago le ardía hasta el punto de causarle náuseas. No podía comprender lo que había sentido la noche antes y mucho menos enfrentarse a ello. Nunca nadie le había hecho perder la cabeza de ese modo y menos una mujer. Eso no entraba en sus planes, y era consciente de que para su familia sería un auténtico escándalo. Tampoco tenía ninguna amiga íntima con la que compartir lo que estaba experimentando, alguien a quien confesarle sus secretos más íntimos. Sus

amigas de toda la vida eran las hijas de los amigos de sus padres, y sabía por experiencia que eran incapaces de mantener la boca cerrada, porque para ellas la privacidad ajena era una moneda de cambio con la que reclamar la atención de las demás en cualquier encuentro.

Cuando su madre entró en su habitación preguntando por qué no iba a clase, Cloe mintió y le dijo que les habían dado el día libre para preparar los inminentes exámenes. Se encerró en el dormitorio y salió únicamente para comer y cenar, y por la noche apenas pudo dormir. De haber sido por ella, se hubiera quedado en la cama intentando aclararse y comprender qué le estaba pasando, pero una vez más debía hacer lo que se esperaba de ella y a primera hora de la mañana no tuvo más remedio que ir a la facultad.

Cuando le entregaron el primer examen, las preguntas le parecieron confusas y, por más que lo intentó, no logró recordar nada de lo que había aprendido en los últimos meses. La única palabra que le venía a la cabeza era su nombre, Ana. Tras entregar una prueba que estaba segura de que no iba a superar, decidió ir a pasear por el campus buscando un poco de calma.

El sol del mediodía consiguió relajarla, y Cloe se sentó en el césped, cerró los ojos y empezó a respirar despacio, como hacía cuando se sentía nerviosa. Unos instantes después, había recuperado la tan ansiada paz y decidió presentarse a la siguiente prueba esperando que esta vez su mente encontrara el camino correcto. Al ir a incorporarse, una silueta cubrió la luz que tanto había necesitado minutos antes. Enseguida supo que era ella.

—Pareces asustada, ¿todo bien? —le preguntó Ana mirándola desde arriba.

Al ver que alargaba su mano, Cloe la cogió y se levantó con su ayuda, pero la fragilidad que sentía en ese momento hizo que se balanceara hacia delante. Ana la agarró por la cintura y le susurró al oído:

—Te tengo.

De nuevo Cloe supo que estaba perdida.

Se quedaron mirando unos instantes en silencio, descubriéndose por primera vez a la luz del día. Los penetrantes ojos de Ana parecían comprender los miedos de Cloe, que era incapaz de articular palabra.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —le dijo con una dulzura que no había mostrado hasta entonces—. Nada que tú no quieras, por supuesto...

Al verla así, tan cerca, tan deseable, Cloe no pudo enfrentarse a ella y, recogiendo sus cosas a toda prisa, se marchó murmurando un suave «Lo

siento».

El resto del día se le hizo eterno. Nunca había valorado tanto ser una alumna ejemplar, pues eso le permitió enfrentarse a los siguientes exámenes sabiendo que con la concentración justa por lo menos podría aprobarlos.

Al finalizar la semana abandonó el campus libre de ataduras por un tiempo. Empezaban las vacaciones navideñas y por fin podría caminar sin miedo a cruzarse con ella, con Ana; incluso su nombre le provocaba un escalofrío. Se sintió aliviada al descargar su pesado bolso en el asiento del copiloto de su coche y, cuando metió la llave en el contacto, vio un trozo de papel bajo el parabrisas. Lo cogió pensando que era publicidad, pero al leerlo sintió una mezcla de pánico y alivio. Era una nota de Ana, que simplemente había escrito su nombre y un número que enseguida comprendió que era su teléfono. Cloe lo guardó en su bolso incómoda, mirando a ambos lados por si alguien la había visto, y arrancó para alejarse cuanto antes sin mirar atrás.

Entró en casa sin hacer ruido para no tener que hablar con nadie y se fue directa a su habitación deseando meterse en la cama. Estaba demasiado agotada para responder a las preguntas de su padre, que como siempre querría saber el contenido de los exámenes y sus respuestas y, por supuesto, analizaría en profundidad cada uno de los temas. Ni siquiera se molestó en bajar a cenar y, aunque Ana seguía resonando en su cabeza, no tardó en dormirse hasta el día siguiente.

2

Tras la pequeña e íntima fiesta de cumpleaños de anoche, Cloe debe volver a su rutina habitual.

Ha acompañado a su hija Amanda a la escuela y se dirige al centro de la ciudad, donde se encuentra la agencia de publicidad en la que trabaja. Suele ir en metro porque aparcar cerca de la oficina es demasiado complicado y así ahorra tiempo, y hoy debe ser especialmente puntual porque presenta un importante proyecto para una marca de refrescos. De salir bien, conseguirá un gran contrato y se le abrirán las puertas a un posible ascenso. Hace cinco años que llegó a la agencia por méritos propios, y en sobradas ocasiones ha demostrado su enorme talento, que tantos ingresos ha supuesto para la empresa. Pero, en un mundo de hombres, sabe que tiene que rendir siempre el doble para conseguir su objetivo: dirigir al equipo creativo en el que ahora es un peón más.

Desde su pequeño despacho repasa el proyecto al que tanto tiempo ha dedicado, pero la foto de su marido y su hija reclama su atención intentando decirle algo. La coge entre sus manos y, sin darse cuenta, rompe a llorar, como horas antes frente a las velas de su tarta de cumpleaños.

Avanza por los pasillos de la oficina ocultando su rostro mientras en su cabeza resuena la frase que lo desencadenó todo: «*Pide un deseo*».

Cuando consigue llegar a los servicios, le alegra comprobar que no hay nadie y puede desahogarse sentada sobre la tapa de uno de los retretes. Es una empresa moderna, así que el baño es mixto, pero eso ahora mismo solo duplica las posibilidades de que entre alguien, lo que la obliga a serenarse lo antes posible. Recuperando la compostura antes de ser descubierta, se refresca y retoca su maquillaje para seguir fingiendo que está bien. Normalmente va a trabajar con la cara lavada, pero cuando la visitan los clientes se esmera un poco más porque sabe lo importante que es la imagen en este negocio. Precisamente por eso hoy decidió ponerse una entallada camisa blanca, una falda de tubo negro y unos tacones de vértigo; para destacar sus ojos azules, los ha ahumado con sombras negras, y sus labios lucen su tono granate favorito, el que le da una alegría en el rostro que no tiene en la mirada.

A la hora concertada consigue reunir las fuerzas necesarias para hacer una presentación ejemplar que impresiona a los clientes. Su jefe, Antonio, le guiña el ojo antes de irse a comer con ellos. Cloe regresa a su despacho y coge su móvil por si hay novedades, porque cuando se tienen hijos uno siempre está pendiente del teléfono. Ve que ha recibido un mensaje de Juan proponiéndole salir a celebrar sus 35 años y un día, pero no se ve con fuerzas de enfrentarse a él de nuevo. Le responde que está liada y decide salir a comer sola para perderse por las calles del centro de Barcelona sin anticipar adónde irá. Ni siquiera tiene hambre: solo necesita pasear, sentir el aire en su piel y despejar la mente para encontrar las respuestas que ahora mismo sería incapaz de dar.

Sale a la calle y se enfunda sus grandes gafas de sol buscando una mayor privacidad, como si con ellas fuera invisible, y asegurándose de que nadie pueda leer la tristeza en sus ojos. Camina sin rumbo cruzándose con rostros extraños a los que no presta la menor atención. Está sola y así quiere que sea. Hace tanto que no se cogía tiempo para sí misma que empieza a sentir una leve ansiedad. Necesita desabrocharse un poco la camisa porque le falta el aire, pero nada puede impedir que siga avanzando por unas calles que ahora le resultan extrañas.

Uno de los mayores ataques de ansiedad de su vida lo sufrió la noche antes de su boda. Cloe había conocido a Juan en una fiesta que organizaron para inaugurar el recientemente reformado bufete. Juan, como ella, era un joven y prometedor abogado al que su padre esperaba contratar, y le había invitado para presentarle al resto del equipo. Cloe era la mano derecha de su padre y llevaba varios años trabajando a su lado, demasiados, pero, aunque contaba con su plena confianza y ocasionalmente le cedía algún caso importante, nunca se sintió realizada o valorada. Su mayor motivación en los últimos meses había sido encargarse de coordinar la reforma de las oficinas, una idea que supo venderle bien porque él estaba convencido de que con sus antiguas y desfasadas instalaciones los clientes ya estaban satisfechos. Cloe diseñó el proyecto con la ayuda de una interiorista y se encargó también de renovar la imagen de la firma, su logotipo y todo el grafismo. A pesar de la reticencia inicial, ante los favorables comentarios

del personal y los clientes su padre no pudo más que reconocer el mérito de su hija. Por eso esa noche, en la inauguración, la presentaba como si de una estrella se tratara. Cloe sabía que nunca antes se había sentido tan orgulloso de ella, y aunque no le importaba especialmente, por lo menos estaba satisfecha de haberse salido con la suya por una vez.

Cuando Juan llegó a las renovadas oficinas, el padre de Cloe corrió a saludarle. Quería impresionarle para que se uniera a ellos, y sabía que una de sus mejores armas era su hija. Los presentó enseguida y le dijo a Juan que si aceptaba su oferta esperaba que trabajara mano a mano con ella. Cloe se sintió incómoda, mas como en tantas otras ocasiones le siguió el juego y se mostró encantadora. Juan le pareció un tipo atractivo y simpático, pero no le despertó la locura que sintió por Ana desde el primer momento en que sus vidas se cruzaron.

Esa noche, Juan y Cloe pasaron un buen rato charlando y se cayeron bien. Ella intentó apoyar a su padre y convencerle de que su firma era su mejor opción.

A las pocas semanas, Juan se unió al bufete y desde ese momento empezaron a colaborar. Cada noche, al finalizar la jornada solían bajar al bar más cercano a tomar algo y a comentar temas profesionales, y de un modo natural y casi mecánico se dieron cuenta de que estaban saliendo juntos. De hecho Juan no se lo llegó a proponer, pero ambos dieron por hecho que, tras varios encuentros y algunos besos de despedida no demasiado apasionados, eran pareja. Cloe se sentía cómoda con su nuevo novio y compañero de trabajo, y los casos que llevaban eran una fuente recurrente de conversación en sus citas. La primera vez que se acostaron, Cloe sucumbió a los ojos de deseo de Juan y se sintió incluso halagada. Llevaba mucho tiempo sola y sabía que él la veía con una admiración y un amor que pocos de sus amantes habían mostrado. Solo Ana superaba las sensaciones, pero debía quitársela de la cabeza y Juan resultó un buen recurso para intentarlo. Hicieron el amor sin demasiada pasión ni conexión, pero al terminar él parecía más que satisfecho y Cloe simplemente aceptó que había renunciado a ser ella misma.

Pasados unos meses, Juan estaba integrado tanto en el bufete como en su vida, porque los padres de Cloe le adoraban y veían en él al yerno perfecto. Así que, cuando al año de empezar a salir juntos él le pidió matrimonio durante una cena familiar, Cloe aceptó sin pensarlo demasiado. Su padre

abrió una botella del cava que guardaba para ocasiones especiales, y su madre alabó el buen gusto de Juan, que le había comprado un carísimo anillo de diamantes para pedirle la mano de la forma más clásica y previsible posible. En el fondo, Cloe sabía que no tenía otra opción y que ese era un paso más en el camino a hacer felices a sus padres, aunque seguramente era también un paso más en el camino a olvidarse de su propia felicidad.

La boda iba a ser uno de los acontecimientos del año. La hija de uno de los abogados más importantes de Barcelona se casaba y todos querían acudir al evento. Un gran coche alquilado, ropa de las primeras firmas, el mejor catering de la ciudad y un antiguo palacete decorado para la ocasión por la diseñadora de interiores del momento fueron los detalles elegidos por los padres de Cloe, que no dejaron que los novios tuvieran demasiadas opciones a la hora de opinar. Juan parecía conformarse con la situación, y ella nuevamente se dejó llevar. La noche antes del «gran día» Cloe se acostó temprano para tener fuerzas ante lo que le esperaba y, tras un baño relajante, revisó su vestido y se metió en la cama. Cuando estaba a punto de dormirse, su móvil anunció la llegada de un mensaje.

He leído que mañana te casas. Te deseo que seas muy feliz. Ana.

No había tenido noticias de ella en los últimos años y Cloe sintió de repente que le faltaba el aire y abrió las ventanas de su habitación para recuperar el aliento. No esperaba saber de ella y mucho menos esa noche. Angustiada y con el corazón acelerado, recurrió a las pastillas de emergencia que tiempo atrás le recetó su psiquiatra para evitar un ataque severo de ansiedad como los que sufrió entonces. Intentó tranquilizarse y, después de valorarlo mucho, decidió no responder al mensaje y seguir adelante con lo planeado. Pero lo poco que pudo dormir lo hizo soñando que estaba entre los brazos de Ana.

Ahora recuerda ese momento y, aunque le resulta lejano, la ansiedad le impide caminar tranquila. Saca sus pastillas de emergencia y se las toma sin beber agua porque sabe que, si no lo hace enseguida, la cosa irá a más. Mientras espera notar el efecto de la medicación, solo puede pensar en ella,

en Ana.

3

—*Nada que tú no quieras...*

Cloe se despertó de golpe y necesitó ir al baño a refrescarse. Al bajar a desayunar encontró una nota de sus padres diciéndole que al verla tan dormida habían preferido no despedirse y que la llamarían al llegar. Recordó entonces que, una vez más, sus padres iban a pasar la Navidad fuera. En esta ocasión habían organizado un viaje a Viena con unos amigos y, para variar, no habían pensado en ella. Consideraban que eran unas vacaciones más e imaginaban que su hija haría planes con sus amigas, porque sus abuelos habían fallecido tiempo atrás y no tenía otros parientes cercanos con quienes celebrar las fiestas. De repente la invadió un sentimiento de tristeza al verse tan sola, pero lo que más le dolía era saber que en el fondo no les iba a echar de menos.

Desayunó en silencio mirando al jardín de una casa que le resultaba demasiado grande y fría. Ni siquiera se habían molestado en poner ningún adorno navideño, e incluso Rosa, la sirvienta a la que tanto cariño le tenía y a la que tan unida estaba, se había cogido unos merecidos días libres. Prefirió no pensar más en ello y se metió en la ducha hasta que su piel le pidió un descanso. Al salir del baño envuelta en una toalla, vio el bolso que guardaba la nota con el teléfono de Ana y, sin pensarlo dos veces, porque entonces hubiera sido incapaz, marcó su número temblando.

—¿Ana? Hola... soy Cloe.

Silencio.

—¿Quién?

Silencio.

Cloe se quedó petrificada: esa era la última respuesta que hubiera esperado y colgó sin añadir nada más. A los pocos segundos sonó su móvil, y respondió al ver quién estaba al otro lado de la línea.

—Perdona... —le dijo Ana enseguida—. Claro que sé quién eres. ¿Dónde estás?

—En casa —le respondió Cloe tímida.

—Mándame la dirección y te recojo en una hora. —Y colgó.

Cloe se quedó paralizada, pero algo en ella hizo que le mandara un

mensaje con su dirección. Tenía una hora para arreglarse y no sabía qué ponerse ni adónde irían. Repasó sus muchos modelos pero todo le pareció demasiado serio, así que al final optó por unos vaqueros y la blusa azul marino que tanto le gustaba porque resaltaba el color de sus ojos. En esta ocasión se dejó el pelo suelto, cubriendo cualquier atisbo de cansancio con un poco de maquillaje.

Una hora más tarde, esperaba nerviosa en el salón abrochándose su abrigo gris y colgando en su hombro un pequeño bolso con lo imprescindible. Paseó por el recibidor durante unos minutos que se le hicieron eternos y, cuando ya pensaba que Ana no iba a aparecer, sonó el timbre.

Temiendo estar con ella en un sitio tan íntimo, salió enseguida y cerró la puerta con llave para impedir cualquier tentación de invitarla a entrar. Mientras cruzaba el pequeño jardín de acceso a la casa, vio a Ana subida en una moto de color verde botella y supo que era tarde para dar media vuelta. No entendía mucho del tema, pero le pareció que era una Vespa antigua y se quedó de pie mirándola sin ser capaz de avanzar más. Ana, ocultando su rostro con un casco y unas gafas de sol oscuras, llevaba una chupa de cuero y un gran fular de lana granate cubriendo su cuello. Antes de que Cloe pudiera hacerse una imagen completa de ella, Ana sonrió y, al ver que no reaccionaba, le indicó que subiera a la parte trasera del asiento. Cloe se acercó torpemente; sin decir nada aceptó el casco que Ana le ofrecía, se lo colocó como pudo y subió a la moto fingiendo controlar la situación. No sabía adónde agarrarse, pero Ana enseguida le cogió las manos y las puso alrededor de su cintura. Cloe se sentía extrañamente excitada; sin embargo, decidió no pensar más y dejarse llevar.

Ana arrancó decidida y empezaron a circular por las calles de Barcelona. Cloe sintió el vértigo de la velocidad y de ir pegada a la desconocida con la que tanto había fantaseado y a la que tanto había evitado. Cerró los ojos para notar el viento en el rostro, para aferrarse a esa nueva sensación de libertad que experimentaba. Sin darse cuenta del recorrido ni del tiempo que había transcurrido, el motor se apagó repentinamente y Cloe vio que estaban frente a la misma playa que tantas veces había visitado en solitario cuando necesitaba aclarar las ideas. Ana bajó de la moto con la seguridad de quien sabe cómo moverse y, tras quitarse el casco, ayudó a Cloe a bajar y a librarse del suyo. Entonces se quitó las gafas y la miró fijamente a los ojos.

—¿Me sigues teniendo miedo? —le dijo levantándole suavemente la barbilla con un dedo para que no apartara la mirada.

—No sé... ¿Debería? —respondió Cloe un poco descolocada y con la ingenuidad de quien vive algo nuevo.

Ana sonrió brevemente, apoyando con delicadeza su mano en la espalda de Cloe para guiarla hacia un pequeño bar de la Barceloneta situado en primera línea de mar. Hacía un día tan soleado que solo el frío y la ausencia de chiringuitos en la arena recordaban que era pleno invierno. En la terraza del local habían instalado estufas para los más valientes, así que eligieron una de las mesas más cercanas a la arena y Ana juntó dos sillas para que pudieran disfrutar de las vistas. Cuando se acercó el camarero, Cloe se mostró incómoda, como si la hubieran pillado haciendo algo indebido, y al darse cuenta Ana pidió dos cervezas esperando haber acertado con su elección.

—¿Sabes? —le dijo Ana de repente—, el día que coincidimos en la biblioteca noté que me mirabas de reojo. Debo confesar que me pareció intrigante o, mejor dicho, tú me lo pareciste. Tuve la sensación de que volverías a buscarme; por eso regresé en varias ocasiones para ver si lo hacías. Y no me equivoqué, porque te observé de lejos esperando.

—Yo... tenía que estudiar —se justificó Cloe al sentirse descubierta.

—Claro. Por eso no me acerqué, para no interrumpirte —dijo Ana sin malicia pero sonriendo al captar su mentira.

Las dos se miraron con la complicidad de quien lo dice todo sin necesitar palabras.

—Es que yo nunca, nunca he... —Cloe ni siquiera sabía lo que pretendía decir.

—¿Nunca has ido tan a menudo a la biblioteca? ¿Nunca habías venido a este bar? ¿Nunca has estado con una mujer? —preguntó Ana jugando para tranquilizarla.

Cloe negó con la cabeza, cosa que despertó la ternura de Ana, quien decidió ponérselo un poco más fácil. No era como las otras mujeres a las que había conocido y seducido y con las que se permitía vacilar porque no buscaba ningún tipo de compromiso. Cloe era distinta a las demás, y a Ana eso también la desconcertaba.

—Vamos a hacer una cosa: nos tomamos la cerveza, nos relajamos, y solo hablamos si nos apetece. ¿Te parece? —le propuso.

Cloe respondió nuevamente con un gesto, en este caso afirmativo. Cuando les sirvieron las cervezas, pasaron un buen rato en silencio disfrutando de las preciosas vistas y de una compañía que, a pesar de ser nueva, a ambas les resultaba reconfortante.

No había ninguna prisa. Por más extraño que pudiera parecer, tenían la sensación de decirse mucho sin necesitar intercambiar ni una sola palabra. Ana pidió una segunda ronda. A Cloe le pareció tan buena idea que se atrevió a mirarla y a dedicarle una tímida sonrisa. Minutos después, apurando el último trago y con una seguridad que la sorprendió a ella misma, Cloe se giró buscando los ojos de Ana detrás de sus gafas de sol y respiró hondo.

—Mis padres no están, ¿quieres ir a mi casa?

Eran las últimas palabras que Ana hubiera esperado en boca de su acompañante, pero no quiso desaprovechar el impulso repentino de Cloe y no tardó ni un segundo en pedir la cuenta.

No volvieron a hablarse. Esta vez, al subirse a la moto, Cloe no necesitó ayuda para rodear a Ana con sus brazos y se aferró a ella con todas sus fuerzas por miedo a arrepentirse de lo que había propuesto y deseando sentir el contacto de su cuerpo.

Cuando llegaron a su casa, Cloe ya no tenía el valor que le había dado el alcohol minutos antes, así que logró sacar las llaves del bolso y, aunque le temblaba el pulso, abrió la puerta como pudo. La invitó a pasar mirando de reojo que nadie las viera entrar juntas, como si a alguien le importara, como si su actitud revelara lo que pensaba en esos momentos, lo que tanto deseaba.

Al cruzar el umbral se quitó el abrigo y esperó a que Ana le entregara su cazadora para guardar ambas prendas en el armario de la entrada. Cloe la hizo pasar al salón con la misma extrañeza de quien entra por primera vez en un domicilio ajeno. Era como si nunca hubiera estado en su propia casa. Pensó en hacerle un recorrido por las distintas estancias, pero enseguida le pareció una opción tan formal que prefirió llevarla a la cocina y allí, sin preguntar, sacó dos cervezas del gran frigorífico.

—Gracias —le dijo Ana quitándose el fular. Y le dio un beso en la mejilla que aceleró el corazón de Cloe—. Por los, digo *las* valientes.

Brindaron sin perderse de vista.

Inspirada por el brindis, en un momento de arrebató, Cloe besó a Ana en

los labios y cerró los ojos para sentirse protegida ante la idea de estar besando a una mujer, pero la delicadeza con la que Ana le devolvió el beso y la suavidad de su piel y de sus labios no dejaban lugar a dudas. Ana se apartó despacio, le quitó la cerveza de las manos y la dejó junto a la suya sobre la encimera de la cocina. Después se giró y miró a Cloe a los ojos.

—¿Estás segura? —le preguntó sincera.

Cloe respondió con un nuevo beso, esta vez más intenso. Ana metió su lengua despacio en la boca de Cloe y le sujetó la cara con ambas manos. Cloe se dejó llevar e instintivamente alargó su lengua para lamer la de Ana. El contacto de sus bocas abiertas hizo que Cloe se estremeciera y emitiera un leve gemido que excitó enormemente a Ana. Cloe la apoyó contra la nevera y se besaron con la pasión de quien siente que se le acaba el mundo. Incapaces de dejar de besarse, dieron rienda suelta al deseo que ambas habían sentido desde el primer momento en que cruzaron sus miradas en la biblioteca.

Ana empezó a desabrochar lentamente la blusa de Cloe: quería sentir su piel, ver su cuerpo y acariciarlo. Sin dejar de besarla, tras liberar cada uno de los botones deslizó la mano izquierda por sus pechos, cubiertos por un sujetador negro de encaje que le resultó de lo más sexy y apetecible. Cloe temblaba ante cada una de las caricias y metió sus manos por la parte inferior del jersey de Ana, para sentir su piel, su vientre. Sus bocas se buscaban sin cesar mientras sus manos se recorrían mutuamente y erizaban la piel de la otra.

—¿Dónde está tu habitación? —le susurró Ana sin dejar de besarla y de lamer su cuello.

Cloe la cogió de la mano y, sin ser capaz de mirarla, la guio escaleras arriba. Al entrar en el dormitorio, lo único que podían ver era la enorme cama de Cloe, que tan correcta como siempre la había hecho antes de salir. Ana la sujetó por sorpresa por la cintura, la besó con más fuerza que antes —si es que eso era posible— y la llevó a la cama, donde Cloe se dejó caer.

Aunque el deseo que sentía hubiera sido capaz de hacerle perder los papeles, Ana sabía que para Cloe todo era nuevo, así que respiró hondo para frenar un poco el ritmo. Después de quitarle la camisa, besó su vientre y fue subiendo despacio hasta perderse nuevamente en sus labios. Cloe le quitó el jersey y rodaron por la cama besándose y acariciándose con una pasión creciente. Ana se libró del sujetador de Cloe y disfrutó de la visión de unos

pechos firmes y perfectos que reflejaban su excitación. Los besó y lamió lentamente, saboreándolos, acariciándolos, y se quitó también el sujetador para invitar a Cloe a que hiciera lo mismo con los suyos. Al verla así, Cloe abrió sus enormes ojos claros como una niña que descubre un nuevo juguete y los recorrió suavemente con las yemas de los dedos, analizándolos y explorándolos. Enseguida sintió la necesidad de lamerlos, de metérselos en la boca, y le chupó los pezones con delicadeza por miedo a hacerle daño. Ana gimió de placer y eso excitó todavía más a Cloe, que empezaba a perder el control.

Ana se incorporó mirándola a los ojos y le quitó los pantalones y las bragas tomándose el tiempo necesario para que se sintiera cómoda pero sin querer alargarlo demasiado para no romper ese momento único para ambas. Cuando estaba desnuda, observó su pubis depilado con un pequeño triángulo de vello perfectamente arreglado. A Ana, que iba completamente rasurada, le resultó tierno estar frente a un sexo más inexperto que el suyo a pesar de llevarse tan solo dos años de diferencia. Era evidente que ella había tenido más amantes que Cloe. Al notarla un poco temblorosa avanzó con prudencia entre sus piernas y se las separó muy lentamente. Ante la mirada indefensa e impaciente de Cloe, hundió su boca en su sexo para saborearlo.

Al verla moviéndose de una forma tan sensual, Cloe gimió de placer sin miedo a que nadie la escuchara, porque estaban solas, solas las dos. Se entregó a ella por completo y vibró ante el contacto de su lengua, ante cada uno de los lametazos. Ana disfrutó de su humedad, de su sabor, de sus jadeos, de ver desde abajo cómo Cloe cerraba los ojos dejándose llevar. Hubiera podido seguir allí durante horas, pero Cloe llegó al orgasmo enseguida con una intensidad que atrapó a Ana entre sus piernas. Se detuvo para que disfrutara plenamente de ese instante y muy despacio fue separando sus labios y su lengua sin poder dejar de mirarla. Estaba tan hermosa en ese momento que Ana se sintió un poco confusa ante lo que Cloe le despertaba.

Se tumbó a su lado y, en silencio, la acarició y besó su cuello una vez más. Se quedaron tumbadas la una al lado de la otra todavía con la respiración acelerada durante unos minutos. Ana seguía muy excitada, así que sin decir nada cogió con suavidad la mano de Cloe y se la llevó a su sexo. Ella todavía iba vestida de cintura para abajo y se desabrochó un botón del

pantalón para que Cloe pudiera tocarla como tanto deseaba. Al sentir que el sexo de Ana estaba completamente empapado, Cloe la miró con una mezcla de deseo y vértigo al pensar que nunca antes había tocado así a una mujer. Aunque sus manos eran inexpertas, la mirada desafiante y excitada de Ana la guiaron de un modo instintivo y disfrutó viéndola moverse al ritmo de sus dedos y escuchándola gemir profundamente hasta correrse por y para ella.

Despertaron a media tarde desnudas en la cama de Cloe, que al abrir los ojos de repente sintió una timidez que no había mostrado horas antes y necesitó recuperar su ropa para vestirse. Ana se dio cuenta y le cogió la mano, la acercó a sus labios y la besó con suavidad.

—Me muero de hambre —le dijo.

—Ah... perdona, claro... —Cloe fue a incorporarse para prepararle algo a su invitada. Se sentía una mala anfitriona, y eso no era lo que le habían enseñado en casa.

—Shhh... no te muevas de aquí. Hoy no voy a dejarte salir de la cama. — Volvió a besarla, esta vez metiendo la lengua en su boca.

Ana intuía que en esa casa no solían pedir comida para llevar, así que sin decir nada se levantó, se puso su jersey e hizo varias llamadas desde el teléfono fijo del dormitorio hasta que localizó una pizzería que repartía en la zona. Al colgar, la imagen de Cloe esperándola desnuda le resultó tan tentadora que se volvió a desvestirse y se acercó a ella con actitud felina. Poco más de media hora después, habiendo disfrutado nuevamente de sus cuerpos, al escuchar el timbre Ana bajó decidida a la entrada y, sin preocuparse por vestirse, recibió a un repartidor que se quedó mudo ante la descarada clienta que encima le dio propina. Con la pizza familiar que había encargado, regresó a toda prisa al dormitorio y sonrió al ver que Cloe se había escondido tras las sábanas.

—Será mejor que recuperemos fuerzas —le dijo Ana desafiante.

Comieron en la cama, algo que Cloe nunca había hecho y que le pareció toda una aventura. Entre bocado y bocado, se besaron con la mayor de las complicidades y Ana le contó que abandonó la carrera de Medicina para estudiar Bellas Artes y que vivía en un piso compartido en el centro de Barcelona porque hacía años que se había independizado. Como sus padres no aprobaban su estilo de vida, trabajaba de camarera los fines de semana para poder mantenerse sin contar con su ayuda. Cloe la escuchó

atentamente para no perderse ningún detalle de una historia que le parecía de lo más excitante, especialmente la seguridad con la que la compartía y que en ningún momento se lamentara de una situación que a ella le resultaba inimaginable.

—Y tú, ¿por qué estudias Derecho? ¿Te gusta? —le preguntó sincera.

Era la primera vez que alguien le preguntaba si le gustaba lo que hacía y eso la pilló desprevenida.

—... Supongo que es lo que me toca... Mi padre tiene un importante bufete de abogados y cuando termine la carrera empezaré a trabajar con él.

—Ya... pero, ¿te gusta? ¿Te hace feliz?

—No me lo he planteado, la verdad.

—Si pudieras elegir, ¿a qué te gustaría dedicarte?

—No lo sé... —Era cierto, Cloe nunca había pensado que tuviera otras opciones y ni siquiera sabía lo que realmente podía hacerla feliz. Pero en ese momento, junto a Ana, lo era.

Ana prefirió no insistir y apartó la caja con los restos de pizza. La fragilidad de Cloe se le hizo tan irresistible que retiró las sábanas para ver de nuevo su cuerpo.

—Eres preciosa... —le dijo mirándola a los ojos.

De nuevo empezaron a besarse, a acariciarse, y sin darse cuenta se estaban devorando la una a la otra.

Pasaron la noche haciendo el amor, descubriéndose, probando nuevas sensaciones, recorriendo nuevos rincones de sus cuerpos. Gritaron y gimieron sin miedo a nada, y a pesar de ser pleno invierno sudaron tanto que a altas horas de la madrugada decidieron darse un baño. Allí, entre las carísimas sales con las que Cloe preparó la bañera, se relajaron abrazadas. Para ambas era algo nuevo: Cloe nunca había estado con una mujer y Ana nunca había sentido tanta proximidad con ninguna de sus anteriores amantes. Sus cuerpos encajaban a la perfección; el silencio no se les hizo incómodo en ningún momento.

Pasaron varios días sin casi salir de la cama: allí follaban, descansaban, comían y hacían el amor de un modo insaciable. Cada vez se conocían mejor y aprovechaban el tiempo en el que se recuperaban y no estaban

dormidas para compartir confidencias. Cloe le habló del viaje de sus padres: le contó que desde pequeña se había acostumbrado a pasar la Navidad sola o en compañía de niñeras o de parientes que se ocupaban de ella, y Ana le describió una vida al límite tras abandonar el hogar familiar. Había estado con muchas mujeres, algo que hizo sentir a Cloe insegura, y había experimentado con sustancias de las que ella ni siquiera había oído hablar.

La mañana del 24 de diciembre Cloe se despertó agotada. Había pasado la noche haciendo el amor con Ana y las piernas ni siquiera le respondían. Al abrir los ojos y ver que no estaba a su lado pensó que se estaba duchando, pero cuando entró al baño descubrió que no había rastro de ella.

Se quedó helada y se sintió estúpida porque de repente comprendió que para Ana había sido una más de sus aventuras y que esta había decidido irse sin despedirse. La invadieron unas enormes ganas de llorar y se dejó caer lentamente hasta quedar sentada en el suelo del baño mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Permaneció allí un buen rato hasta que escuchó el sonido de la puerta de entrada. Desconcertada, se puso el batín de seda que sus padres le habían traído de Japón ese verano y bajó asustada las escaleras. Pensó que sus padres quizá habían adelantado el regreso de su viaje para estar con ella, pero lo que vio superó sus expectativas.

Ana, vestida con una ropa que Cloe conocía muy bien porque era suya, cruzaba la puerta con un enorme árbol de Navidad y un par de grandes bolsas. Cloe bajó corriendo las escaleras y se lanzó a sus brazos.

—¡Vaya! Nunca nadie se ha alegrado tanto de verme —le dijo Ana dejando caer el árbol al suelo.

Cloe la besó, se quitó el batín y le pidió que le hiciera el amor allí mismo. Ana no se lo pensó dos veces.

La boda de Cloe y Juan fue un gran éxito, tal y como habían previsto los padres de ella, que se encargaron de todo sin preocuparles demasiado la opinión de los novios.

Cloe consiguió ocultar su ansiedad gracias a la maquilladora contratada para la ocasión y se dirigió a la pequeña capilla donde la esperaban su futuro marido y los selectos invitados en un carísimo coche antiguo que habían alquilado y decorado con esmero. Su padre, vestido con un chaqué oscuro, la acompañó en silencio.

Tras una breve ceremonia, por supuesto religiosa, la comitiva se dirigió al palacete que los padres de ella habían contratado. Después llegó la clásica sesión de fotos en la que Cloe posó con una sonrisa forzada de la que nadie se dio cuenta y finalmente celebraron una recepción donde no faltó de nada.

La única persona a la que le hizo ilusión ver ese día fue a su querida Rosa, con quien seguía manteniendo el contacto a pesar de los años que hacía que ninguna de las dos vivía en la casa donde creció y compartió con ella tantas confidencias. Tal vez buscando a alguien que fuera cómplice de su sufrimiento, cuando se acercó a felicitarla le susurró al oído:

—Se llamaba Ana.

Cloe y Juan pasaron la noche de bodas en el hotel Ritz, y aunque ella hubiera preferido quedarse dormida y no pensar en lo vivido, hizo el amor con su reciente esposo con la mente en otro lugar, fantaseando con la idea de estar entre los brazos de otra persona, de Ana. No podía olvidarla ni a ella ni el mensaje que había recibido horas antes.

Después siguió algo tan típico como un lujoso viaje de novios a Bali, y al regresar a Barcelona pasaron unos días en casa abriendo regalos y mandando notas de agradecimiento. Cloe y Juan vivían juntos desde hacía algunos meses, así que no se les hizo extraño convivir como recién casados. Era el piso que los padres de Cloe le habían regalado cuando se incorporó al bufete después de hacer un máster en Londres. Allí Juan se sentía cómodo y nunca se planteó la opción de buscar un nuevo hogar que crearan entre los dos. Simplemente se adaptó al espacio, colocó sus pocos objetos

personales y se hizo un lugar como había hecho en la vida de Cloe.

Dos semanas después de la boda se reincorporaron al trabajo como si nada hubiera sucedido. Cloe fingía una alegría propia de las recién casadas, y Juan estaba realmente contento ante su nuevo estatus. Estaba con la mujer a la que tanto amaba y su suegro iba a hacerle crecer dentro de la profesión. No podía pedir nada más, pero a los pocos meses llegó lo inesperado: Cloe estaba embarazada.

El día que Cloe descubrió que esperaba un bebé de su marido, se pasó horas llorando y vomitando, y no precisamente por ningún síntoma del embarazo. Se planteó no decir nada y tomar medidas por su cuenta, pero al final su miedo pudo más que su instinto y decidió compartirlo con Juan. Él se alegró tanto que incluso Cloe pensó que era la mejor de las noticias.

Sus padres organizaron una gran fiesta para celebrarlo y ella se dejó llevar de nuevo y aceptó los regalos y felicitaciones con la sonrisa de las mejores actrices.

Nueves meses después llegó la preciosa Amanda, y por primera vez en mucho tiempo Cloe se sintió feliz. De repente el mundo le pareció más hermoso y se castigó en silencio por haberse planteado no tenerla. Cloe se volcó en la niña, no tenía ninguna prisa por volver al trabajo porque la hacía sentirse realizada de un modo desconocido hasta entonces y no quería poner fin a esa sensación. Juan estaba pletórico, y cada día les enseñaba a sus compañeros nuevas fotos de su hija. Cloe valoraba los esfuerzos de su marido, pero la única persona capaz de hacerla sonreír era Amanda, que nació con la mirada de quien sabe más de lo que le corresponde por su edad. Con su hija podía mostrarse como era, no necesitaba fingir ni aparentar nada. Cuando estaban a solas, Cloe le abría su corazón y le contaba sus mejores recuerdos, como la Navidad que compartió con Ana.

5

Cloe y Ana decoraron la casa sin olvidar ni un solo detalle, con la complicidad de las parejas que lo han hecho anteriormente. El día de Navidad recorrieron varias tiendas de esas que nunca cierran buscando ingredientes para regalarse una cena especial y cocinaron juntas, divirtiéndose, ajenas a todo y a todos y sin importarles que el resultado estuviera rico. Lo que realmente querían era pasar el día juntas. Se prepararon una versión libre de la comida típica navideña catalana, y optaron por un caldo prefabricado con pasta en forma de pitufos en lugar de los clásicos *galets* y por pollo al curry en sustitución de la *carn d'olla* o del pollo que se degustaba en tantos hogares en los que se seguían las tradiciones. Brindaron, eso sí, con cava.

—Por haberte conocido —dijo Ana convencida.

—Por haberte buscado —le respondió Cloe sin dejar de mirarla.

Después, sin poder esperar a recoger la mesa, hicieron el amor frente a la chimenea. Era la mejor Navidad que ninguna recordaba, y para celebrarlo se entregaron la una a la otra con una intensidad nunca experimentada anteriormente. Se miraron a los ojos en todo momento, mientras se besaban, mientras se acariciaban, mientras se penetraban despacio mutuamente hasta llegar al clímax a la vez. Parecía un sueño del que no estaban dispuestas a despertar. Se durmieron abrazadas, besándose de nuevo cuando se desvelaban buscando una postura más cómoda.

Aunque era festivo, por la noche Ana debía volver al trabajo y muy a su pesar tuvo que despedirse de Cloe para ir al bar que le permitía una vida independiente. Se duchó con la tristeza de quien tiene que abandonar algo que tanto anhela, y Cloe sintió un enorme vacío incluso antes de verla partir en su moto.

Al quedarse sola en casa, Cloe recogió los restos de uno de los mejores días de su vida. Con una sonrisa imborrable, colocó los platos en el lavavajillas, dobló la manta sobre la que habían hecho el amor y se metió en la ducha imaginando que las caricias del agua eran las de su amada. Sí, ahora lo tenía claro, amaba a Ana como nunca antes había amado a nadie.

Salió de la ducha relajada y extrañamente feliz. Después se tumbó en la

cama recordando las últimas horas a su lado. El teléfono la despertó minutos después y, al descolgar, escuchó con frialdad como sus padres le deseaban una feliz Navidad y le contaban maravillas de su viaje. Ni siquiera se les ocurrió preguntarle por su día, pero en esta ocasión eso fue un alivio para Cloe, porque hubiera sido incapaz de responder sin mentir.

Desvelada tras la llamada y con una necesidad imperiosa de ver a Ana, Cloe decidió arreglarse e ir al bar donde trabajaba. Se puso un vestido negro escotado y su mejor lencería, se maquilló a conciencia pero sin demasiada estridencia y llamó a un taxi para ir a sorprenderla.

Cloe entró en el bar buscando la barra para saludar a Ana: estaba impaciente y había decidido decirle al oído que estaba enamorada de ella. Con el ímpetu de quien descubre el amor por primera vez, avanzó por la sala retocándose la ropa y el peinado para que Ana la encontrara irresistible. Pero la vida a veces es cruel, y cuando por fin la localizó, vio que estaba besando a una chica a la que no pudo verle la cara. De repente todo empezó a darle vueltas. Se sentía ridícula por haber pensado que lo que habían vivido horas antes había significado lo mismo para ambas. Cruzó una breve mirada con Ana, que evidentemente se mostró sorprendida, y salió corriendo del bar buscando el primer taxi que la llevara a casa.

Al llegar se tumbó en la cama y lloró sintiéndose estúpida por haber creído lo que no era. Su teléfono sonó varias veces. Era Ana intentando hablar con ella, pero Cloe no olvidaba lo que había visto y se negó a responder. Nunca hubiera esperado una traición así por su parte, nunca se había sentido tan feliz y desdichada en un mismo día. Cloe apagó el teléfono porque no quería saber nada de ella, y se quitó el maquillaje y el vestido con una rabia que no hacía más que recordarle lo ingenua que había sido.

Después se metió en la cama e intentó dormir, pero la imagen de Ana besando a otra era demasiado cruel para permitirle conciliar el sueño.

A las cuatro de la madrugada, el timbre de la casa empezó a sonar con insistencia. Aunque Cloe quería quedarse en la cama y olvidarse del mundo, el miedo a despertar a los vecinos o a montar algún espectáculo la hicieron bajar a atender. Al abrir la puerta se encontró a Ana esperándola con la mirada de quien se quiere disculpar.

—Cloe... —le dijo sujetando su casco nerviosa—. Lo que has visto... eso

es parte de mi juego, no era nada importante...

—No tienes que darme explicaciones. Eres libre de hacer lo que quieras. El problema es mío si interpreté mal lo que pasó entre nosotras — respondió Cloe con cierta amargura.

No tenía nada más que añadir, así que le cerró la puerta en las narices y Ana no tardó en volver a llamar, esta vez con los nudillos. Cloe no quería más justificaciones vacías: se quedó de pie sin abrir, esperando a que Ana se rindiera y la dejara sola. Pero Ana insistió pidiéndole a través de la puerta que la escuchara, que si después de lo que tenía que decirle seguía queriendo que se marchara lo haría, la dejaría tranquila. Tras un largo silencio, Cloe abrió la puerta despacio y la dejó pasar sin mirarla. Seguía disgustada con ella pero también quería comprender lo sucedido.

Ana entró cabizbaja y, tras dejar el casco en el suelo, se acercó a ella intentando que la mirara a los ojos, pero Cloe giró la cabeza de forma contundente.

—Cloe... Quiero explicarme porque lo que hemos vivido ha significado mucho para mí... Esa chica era una conocida que me besó por sorpresa, y sé que debí apartarla enseguida y aclararle las cosas, pero antes de que pudiera reaccionar apareciste y me quedé paralizada al darme cuenta de lo que podía parecer... Lo que he sentido estos días contigo... Nunca antes había hecho algo así con nadie. Nunca he deseado tanto a nadie ni me ha costado tanto separarme de alguien. Nunca quise herirte —le dijo Ana con lágrimas en los ojos.

—Fui a buscarte porque... —susurró Cloe emocionada.

—Lo sé... Yo también me he enamorado de ti... —le dijo Ana secándose las lágrimas.

Sin poder evitarlo, se abrazaron con fuerza y cerraron la puerta dejando atrás todo el dolor que podía entrar de fuera. Estuvieron un tiempo en silencio, sin moverse, sintiendo las lágrimas de ambas y la paz de reencontrarse.

Esa noche no hicieron el amor, se durmieron abrazadas sin descansar demasiado, porque las dos necesitaban abrir a menudo los ojos para asegurarse de que la otra estaba entre sus brazos. De madrugada, Cloe pasó un largo rato mirando a Ana en silencio y de un modo instintivo le confesó su verdad.

—Te quiero.

6

Cloe sigue paseando completamente perdida por las calles de Barcelona. Por suerte, la angustia ha remitido y sin darse cuenta ha llegado a su barrio preferido, el Borne.

Se sienta en la terraza de un bar y pide una cerveza esperando que la ayude a saber qué hacer con su vida. Días atrás llegó el verano, y Cloe no sabe si el calor que la ahoga es debido a las altas temperaturas o al ataque de ansiedad que ha logrado esquivar.

Hacía tiempo que no se sentía tan desconcertada, así que bebe varios tragos sin casi coger aire porque necesita desconectar y ahora mismo el alcohol le parece la mejor de las opciones. Al no haber comido nada en las últimas horas y debido al efecto de las pastillas, enseguida siente cierta nebulosa en su pensamiento, pero por lo menos eso la ayuda a relajarse.

Cuando se termina la primera cerveza, hace un sutil gesto para pedirle al camarero que le sirva otra y decide que se coge la tarde libre. Sabe que en la agencia pensarán que está recuperando las horas extra que ha hecho en los últimos días y si la llaman, a menos que sea por algo relacionado con su hija Amanda, no piensa coger el teléfono. Mientras disfruta de la segunda cerveza, y en un acto de rebeldía que le resulta de lo más ridículo, le pide un cigarrillo al chico de la mesa de al lado, que sin pensárselo se lo regala junto con una amplia sonrisa. A Cloe no le apetece hablar con nadie, así que mientras le da la primera calada finge consultar algo en su móvil para evitar entablar conversación con el desconocido. Al sentir el sabor amargo del tabaco se da cuenta de que hacía mucho tiempo que no lo probaba y recuerda que empezó a fumar cuando años atrás cayó en una fuerte depresión, y que en el fondo fue un modo de castigar a sus padres por arruinarle la vida, pero nunca le gustó demasiado y lo acabó dejando.

No quiere seguir bebiendo por miedo a descontrolarse y tener que dar explicaciones al llegar a casa, así que paga la cuenta y se levanta sintiéndose un poco torpe. Paseando por el Borne va recobrando la serenidad y la calma interior, y los efectos del alcohol van remitiendo lentamente. Cloe recorre algunas de las calles por las que tantas veces ha caminado buscando inspiración para alguna de sus campañas. Se fija en los

detalles de los escaparates, en las caras de los turistas con los que se cruza, en su sombra en los adoquines. Pero solo piensa en que acaba de cumplir los 35 y se siente más perdida que nunca.

La pequeña Amanda ya tiene 6 años, y eso significa que lleva casi 7 casada. Sería injusto negar que ha vivido momentos felices con Juan, pero hay algo en su vida que no encaja, algo que la haría salir corriendo para no volver. Y lo único que echaría de menos es a su hija, el único motivo por el que no ha huido antes.

Al reincorporarse al bufete seis meses después de coger la baja por maternidad, Cloe estaba un poco desmotivada. En el fondo era abogada porque no había tenido otra opción, pero le resultaba un peaje demasiado alto para intentar satisfacer a sus padres y hacerles olvidar lo que les hizo pasar años antes. Había pagado ya con creces cualquier desagravio, y debía tomar medidas por su bien y el de su hija. Afortunadamente, empezó a trabajar para una empresa de publicidad que tenía pendiente un litigio por un posible plagio. Desde el principio tuvo buena conexión con Antonio, el propietario de la agencia, y en sus muchas reuniones él enseguida captó el espíritu creativo e inconformista de Cloe. Después de ayudarle a ganar el caso, Antonio le hizo una proposición indecente: unirse a su agencia y aprender el oficio con su ayuda. Se lo tomaría como algo personal y estaría pendiente de ella para que se convirtiera en una creativa de éxito. Cloe le había caído bien pero, más allá de eso y de su enorme atractivo, Antonio sabía detectar el talento, y ella sin duda lo tenía.

Cloe fingió tener dudas, pero enseguida se sintió atraída por la oferta. Cuando se lo insinuó a su padre, él puso el grito en el cielo y le dijo entre otras cosas que estaba loca, que una vez más lo que pretendía era hundir su reputación y vengarse de ellos por no haberle permitido lo que les imploró en su día. Tras varios intentos infructuosos, Cloe decidió cambiar su estrategia. Le dijo a Juan que creía que trabajar juntos no era una buena idea y que eso estaba minando su relación. Juan, que quería lo mejor para ella y era consciente de la tristeza en los ojos de su esposa, se encargó de convencer a su suegro, y gracias a ello Cloe empezó su carrera en el mundo de la publicidad.

Cinco años después Cloe ha conseguido ganarse una buenísima reputación. Ha trabajado como nadie, ha estudiado en sus horas libres y es la responsable de algunas de las ideas más brillantes de la agencia. Respira

profundamente para convencerse de sus logros y se da cuenta de que es capaz de mucho más, de ascender en lo profesional y en lo personal. Ya no le sirve conformarse con lo que tiene porque es evidente que eso no la hace feliz.

Por primera vez la invade una valentía que creía que había muerto en su interior. No necesita a nadie a su lado, excepto a su hija por supuesto, para hacer realidad sus sueños. Sonríe ante tal revelación, pero su sonrisa se congela al detenerse frente a una galería de arte y reconocer la foto de la artista cuya obra se presenta por todo lo alto: es Ana.

Cloe y Ana habían culminado su primera Navidad juntas con una sincera confesión: se amaban. Ninguna de las dos sabía lo que les deparaba el futuro y temían planteárselo, pero la mañana del día 26 fue exclusivamente para ellas.

Desayunaron en silencio declarándose su amor con la mirada y recordando los preciosos momentos de intimidad que habían compartido. Cada una tenía sus propias razones para estar desconcertada, pero lo que sentían era demasiado fuerte para intentar analizarlo.

Se ducharon ayudándose la una a la otra a enjabonarse con una delicadeza propia de quien tiene entre manos un jarrón muy frágil y valioso. Ana no había pasado por casa y no tenía ropa que ponerse, así que recurrió una vez más al armario de Cloe y eligieron lo primero que encontraron sin preocuparles demasiado su estilismo porque lo único que les importaba era no perderse de vista.

Ya arregladas y con todo el día por delante, se miraron y rompieron a reír al darse cuenta de que no tenían planes. Nadie las esperaba más que ellas mismas.

Subieron a la moto de Ana y decidieron ir al centro para ver la decoración navideña con la que se había engalanado la ciudad. Cogidas de la mano pasearon por el barrio Gótico, donde Ana le contó la historia de los edificios más emblemáticos. Aunque Cloe había recorrido esas calles en numerosas ocasiones, esta vez las explicaciones de Ana hicieron que todo le pareciera más hermoso que nunca.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo Ana con cierto pudor.

—Me encantará que lo hagas —respondió Cloe con la sinceridad de quien sabe que le espera algo especial.

Montadas nuevamente en la Vespa, emprendieron un trayecto cuyo rumbo solo conocía Ana. Cloe se dejó llevar aferrada con fuerza a su cintura hasta que se detuvieron frente a un antiguo edificio del barrio de Gracia.

—Aquí vivo yo... —le dijo acompañándola al portal.

Subieron en silencio las viejas escaleras de la finca y Cloe observó con detenimiento los desgastados peldaños de mármol y la pintura

desconchada de las paredes. Al llegar a la segunda planta, Ana abrió la puerta del piso y tras un breve «Hola» que no obtuvo respuesta supo que sus compañeras no estaban y que podrían disfrutar del espacio a solas. Sin mediar palabra, guio a Cloe hasta su habitación, desordenada y con la cama sin hacer. Era un cuarto grande, bañado por la luz que se colaba por el pequeño balcón que daba a la calle. Aparte de la cama había un caótico escritorio, una burra con varias piezas de ropa colgadas, una cómoda donde imaginó que guardaba el resto de sus prendas y un par de estanterías cargadas de libros de arte. Las paredes estaban cubiertas por pósteres de varias exposiciones a las que seguramente había ido Ana y por una vieja lámina con la reproducción de un cuadro que mostraba la imagen de una mujer pelirroja sentada con la rodilla doblada que Cloe supo que era de Schiele, porque el nombre del autor estaba escrito en la parte inferior. Ana se acercó al escritorio y cogió el cuaderno verde que Cloe recordaba de su primer encuentro. Pasó unas cuantas páginas y finalmente se detuvo en la que quería mostrarle.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos en la biblioteca? —le preguntó impaciente.

—¿Tú qué crees? —respondió Cloe mirándola a los ojos.

Entonces Ana le enseñó un retrato de Cloe, el que hizo estando sentada frente a ella cuando todavía eran dos extrañas. No había duda de su talento, y Cloe se sintió enormemente removida ante la honestidad de sus trazos y por cómo había sabido captarla.

—Nunca nadie... —intentó decir Cloe.

—Eres tan bella... —le dijo Ana. Y sin poder evitarlo la besó y la llevó a su cama.

Estaban de nuevo solas en un espacio desconocido para Cloe pero a la vez tan familiar por estar en brazos de Ana, que no la perdía de vista.

—Necesité pintarte desde el primer momento en que te vi —le susurró Ana mientras la acariciaba y empezaba a desnudarla.

Se liberaron la una a la otra de la pesada ropa de invierno y permanecieron un buen rato abrazadas en silencio, sintiendo el contacto y la calidez de sus cuerpos. Cloe rompió a llorar abrumada por los sentimientos que se agolpaban en su interior y abrazó a Ana intentando encontrar algo de calma y la confirmación de que aquella historia tendría un bonito final.

Permanecieron así más de una hora, ajenas al frío o a cualquier ruido de la calle. Ana sentía en su hombro izquierdo las lágrimas de Cloe, y acompasó su respiración a la de ella para recordarle que estaba a su lado.

Cuando notó que se había serenado, Ana se apartó despacio de Cloe y la dejó tumbada en su cama. Aunque le apetecía muchísimo hacerle el amor, tenía una necesidad mayor de dibujarla para guardar ese instante en la memoria para siempre. Se levantó a buscar su cuaderno y con un carboncillo empezó a hacer los trazos que le servirían de notas para plasmarla en un lienzo. Hubiera podido hacerlo con los ojos cerrados, pues en cada uno de sus encuentros había recorrido y analizado su cuerpo como si de una escultura se tratara y se sabía de memoria cada una de sus curvas, cada pliegue de su piel, el tono de cada rincón de su cuerpo y de su rostro. Cloe se sentía desnuda, y no solo porque en realidad lo estaba sino porque Ana era capaz de leerla como nunca nadie lo había hecho antes.

Tras hacer varios bocetos, Ana sintió una necesidad imperiosa de meterse en la cama con ella. Se tumbó lentamente encima de Cloe y pudo notar su cuerpo tembloroso. La besó con delicadeza, acariciándola casi sin tocarla, y muy despacio fue bajando con su boca entreabierta por su vientre. Cada uno de los movimientos de Ana llevaba a Cloe a una nueva sensación, a un nuevo descubrimiento del placer. Ana se detuvo al llegar a su sexo, sin tocarlo, simplemente respirando sobre él, esperando el momento perfecto. Cuando Cloe curvó la espalda buscando el contacto, Ana abrió la boca y sacó la lengua para recorrer con ella su humedad. Deslizó su lengua de abajo arriba varias veces, excitándose al sentir que su pulso era cada vez más intenso y sus jadeos anunciaban un placer creciente. Alargó su lengua para entrar en ella mirándola con deseo y, cuando agarró sus pechos, Cloe puso las manos sobre las suyas para que no los soltara. Los gemidos aumentaron y eso aceleró los movimientos de Ana, que entraba y salía de ella con su lengua y besaba y chupaba su sexo con la boca, inundada de su sabor. Sin dejar de mirarse ni un solo instante, Ana aceleró el ritmo consciente de que Cloe estaba a punto de estallar, y así lo hizo segundos después. Cerró las piernas atrapando a Ana entre ellas, y permanecieron así hasta que Cloe la liberó. Después se quedaron tumbadas con una sonrisa imborrable.

Cloe lleva varios minutos plantada frente a la galería de arte. Es incapaz de moverse y ha perdido la noción del tiempo y el espacio porque su mirada sigue clavada en la foto de Ana. Han pasado años desde que la vio por última vez, pero su imagen sigue provocando en ella lo mismo que entonces. Ana tiene el pelo más corto: ahora —o cuando le sacaron la foto— luce una media melena que hace resaltar más la intensidad de sus ojos oscuros. En ellos Cloe percibe un halo de tristeza y cruelmente desea que sea por ella. De no resultar ridículo si alguien la viera, fotografiaría el cartel con su móvil para tenerla más cerca, pero de nuevo el miedo controla sus deseos y autocensura su instinto. Aunque en el fondo sabe que con o sin foto seguirá recordando esa imagen por mucho tiempo.

La galería está abierta y quizá por la hora no hay nadie en su interior y eso hace que Cloe encuentre el valor necesario para entrar. Al cruzar la puerta suena un timbre que le causa un sobresalto porque quería pasar desapercibida. Escucha unos pasos en la planta superior acercándose a las escaleras que llevan a la pequeña sala y por un momento quiere salir corriendo, pero de nuevo está paralizada y es incapaz de reaccionar. Unas piernas de mujer empiezan a descender por las escaleras y Cloe siente que se le acelera el corazón ante la idea de que pueda ser Ana, pero por suerte, o no, se trata de una chica de veintitantos años que la recibe con una enorme sonrisa. Tras darle la bienvenida y ofrecerle su ayuda en caso de dudas, le entrega el folleto que habla de la exposición. Cloe se estremece al tener la foto de Ana entre sus manos, y es incapaz de leer el contenido por temor a desvelar sus emociones.

Paseando por la sala reconoce el estilo de Ana en cada uno de los cuadros. Los observa con detenimiento y puede imaginarla pintándolos, mezclando los colores e intentando captar con su peculiar visión los rostros de los protagonistas de sus retratos. Se pregunta qué relación tiene Ana con cada uno de los desconocidos que ahora cuelgan de las paredes, y siente celos al pensar que alguna de las mujeres plasmadas puede ser o haber sido su amante. Cuando se gira para ver los pocos cuadros que le faltan, Cloe se queda helada al descubrir que es la protagonista de un enorme lienzo. Sin

ninguna duda es ella desnuda en la cama mirando con absoluta vulnerabilidad a Ana. Los recuerdos resuenan en Cloe a gran velocidad y puede visualizarla con su cuaderno tomando notas frente a ella. Entonces revive con el pensamiento cómo después le hizo el amor. Las risas. El silencio. La forma en la que ella le dio placer unos minutos más tarde. Los gemidos de Ana. Todo es demasiado intenso para Cloe y siente el impulso de salir corriendo, pero sus piernas no responden y permanece inmóvil frente a su retrato.

De repente es consciente de que la chica que la ha atendido la habrá reconocido y se pregunta qué pensará de ella y si Ana le habrá contado la historia del cuadro, pero de nuevo es incapaz de huir, algo la retiene. En la esquina inferior del cuadro hay un pequeño rótulo donde se lee: «*Tú* - No está en venta».

Cloe permanece frente a la Cloe de Ana y de nuevo pierde la noción del tiempo. Hay algo mágico en el cuadro, algo que hace que se reconozca como nunca se ha reconocido antes en ninguna de las fotos de su álbum familiar. Sigue absorta en sus sensaciones y pensamientos hasta que el sonido de su móvil la devuelve a la realidad. Es Juan, preocupado al no saber de ella y porque le han llamado de la escuela diciendo que no ha ido a recoger a la niña. Cloe se disculpa enseguida poniendo como excusa problemas en el trabajo y sale corriendo de la galería sin despedirse de la chica que debe de haber subido de nuevo a la planta superior. Al sentarse en la parte trasera del primer taxi libre, se siente culpable por tantas mentiras y espera poder ocultar lo que han visto sus ojos.

Cuando llega a casa, Juan está bañando a su hija Amanda. Cloe se acerca avergonzada, le abraza y le pide disculpas. Su marido no parece molesto y se extraña al verla tan afectada, así que la tranquiliza y le dice que es la primera vez que le ocurre algo así y que él a veces también se olvida del mundo cuando está muy metido en un caso.

Aunque sigue sin hambre, Cloe va a la cocina, donde prepara la cena para compensar su ausencia. Lo que sucede a continuación lo vive sin estar del todo presente, sin darse cuenta han cenado y la niña ya descansa en su cama. Mientras Juan recoge, Cloe sirve dos copas de vino porque necesita algo que la relaje tras un día intenso. Le observa en silencio y se siente mala persona al ver que no intuye nada de lo que pasa por su cabeza. Seguramente eso hace que se acerque a él y le bese con los ojos cerrados.

Juan parece sorprendido ante tal muestra de afecto, algo que hace tiempo que no sucede y que él interpretó como una fase de su relación. Cloe, incapaz de pensar en nada, le pide que la lleve a la cama, donde, aunque supuestamente hacen el amor por primera vez en mucho tiempo, ella en realidad imagina que está con Ana, con su recuerdo, y llega a un placer que nunca antes había experimentado con su esposo.

Al terminar, él no tarda en quedarse dormido pero Cloe necesita alejarse de un cuerpo que no es el mismo con el que ha fantaseado minutos antes, así que se levanta a por un vaso de agua. Ve su bolso en la encimera de la cocina y, después de confirmar, por el silencio que reina en la casa, que es la única que está despierta, saca el catálogo de la exposición y observa la foto de Ana. Se le acelera el corazón al darse cuenta de que hacía tiempo que no la echaba tanto de menos: ha intentado olvidarla y rehacer su vida pero ahora sabe que es imposible.

Vuelve a la cama con su imagen grabada y se queda dormida recordando el tiempo que compartieron, las promesas que se hicieron.

Al despertar horas más tarde, Juan está en la ducha cantando, ajeno a lo que realmente ocurrió anoche, feliz por el reencuentro con su esposa sin ser consciente de que ella estuvo ausente entre sus brazos. La mañana sigue su curso con la rutina habitual, y dos horas más tarde Cloe está sentada en su despacho. Tiene mucho trabajo pendiente, pero es incapaz de centrarse en nada que no sea Ana. Siempre se ha prohibido buscar información sobre ella en internet; sin embargo, hoy las cosas han cambiado y no lo puede evitar. Tras introducir su nombre en un buscador, aparecen varios artículos que hablan de la artista, que por lo que puede leer ahora goza de un cierto prestigio y ha expuesto en las principales capitales europeas e incluso en Nueva York. Uno de los reportajes incluye una breve entrevista en la que Ana cuenta que vivió una temporada en la gran ciudad norteamericana pero que decidió volver a Barcelona por temas personales. Cloe se pregunta qué la obligó a regresar; sigue buscando sin éxito más detalles de su vida privada, pero la mayoría de las fotografías en las que aparece son de exposiciones y fiestas y en ninguna se muestra nada demasiado íntimo.

Cloe sigue inmersa en su particular investigación hasta que su jefe, Antonio, entra en su despacho y ella disimula fingiendo estar ocupada en alguno de sus proyectos. Tiene la cabeza en otro lugar y de la conversación solo capta algunas frases inconexas, pero enseguida entiende que la ha

ascendido. Antonio se despide de ella con dos besos y la felicita por el buen trabajo antes de volver a dejarla sola. Cloe no se puede creer lo que acaba de ocurrir. De un modo impulsivo coge el teléfono para compartir la buena noticia. Tras un par de tonos, su interlocutor responde a la llamada y Cloe se queda muda al escuchar la respuesta.

—¿Cloe? —dice una Ana sorprendida.

Presa del pánico, cuelga precipitadamente sin poder decir nada, tira el teléfono sobre el escritorio y se cubre la boca con la mano al darse cuenta de lo que acaba de hacer. Sin pensarlo, de un modo instintivo, ha llamado a Ana y ahora es incapaz de hablar con ella.

9

Los días siguientes a la Navidad, Cloe y Ana convivieron con la comodidad de quien se conoce desde hace tiempo. Preparaban el desayuno, se arreglaban juntas en el baño de Cloe, salían a pasear o a hacer la compra, cocinaban, veían alguna película en el gran televisor junto a la chimenea, leían en silencio o charlaban de sus cosas mientras tomaban una cerveza o una copa de vino y, por supuesto, disfrutaban de una pasión que no hacía más que crecer.

Sin darse cuenta llegó la noche de Fin de Año y, aunque Ana tenía que ir a trabajar, llamó fingiendo un enorme catarro porque lo único que deseaba era pasarla con Cloe.

Para agradecerle el detalle y a modo de sorpresa, Cloe hizo una reserva en un hotel de la ciudad. Había pensado otros destinos, pero no quería que tuvieran que desplazarse para no perder ni uno solo de los minutos que podrían compartir antes de que sus padres regresaran de vacaciones al día siguiente. Tras pasar por recepción y con un equipaje muy ligero, entraron en la lujosa habitación donde las esperaba una botella del mejor cava obsequio de la casa. Contentas ante la visión del nuevo espacio, dejaron sus cosas y se quedaron ensimismadas frente a los enormes ventanales que daban a un mar que lucía un azul intenso.

Cogidas de la mano, disfrutaron del paisaje sabiendo que esa noche era para ellas, como lo había sido cada instante desde que abandonaron el singular para convertirse en plural.

Al ver que el baño era tan impresionante, sin intercambiar más que una sonrisa se desnudaron, dejando la ropa por el suelo, y se metieron abrazadas en la bañera. Cuando tiempo después la temperatura del agua resultó ser ya demasiado fría, se enfundaron en sendos albornoces y llamaron al servicio de habitaciones para que les subieran la comida. Pidieron sushi, uno de los platos favoritos de ambas, y esperaron en la cama disfrutando del silencio y de sus caricias hasta que llamaron a la puerta. El camarero dejó la bandeja sobre la mesita con unas vistas espectaculares. Se sentaron a saborear cada uno de los bocados con una sensación de felicidad que ninguna de las dos hubiera podido describir con palabras. Hablaron y

rieron, comieron y se besaron, compartieron secretos íntimos y se contaron también anécdotas vividas antes de conocerse, y tras la comida decidieron hacer la siesta para estar despejadas y descansadas por la noche. Los últimos días apenas habían dormido, así que no tardaron en caer rendidas.

Al despertar ya había oscurecido. La única luz que entraba en la habitación era la de una ciudad que se preparaba para una velada especial. Ana sacó las velas que había metido en su bolsa de mano e iluminó con ellas la estancia y, aunque el restaurante del hotel había organizado una gran cena para celebrar la llegada del año nuevo, prefirieron recibirlo en la intimidad.

Se arreglaron la una para la otra pensando en seducirse mutuamente y encargaron marisco y uvas para cenar. Después pusieron una seductora música de fondo y Ana invitó a Cloe a bailar, algo a lo que no se pudo resistir. Sus cuerpos se dejaron guiar por cada nota sin poder quitarse las manos de encima, sin dejar de besarse. Jugaron a provocarse haciendo esfuerzos para no sucumbir a la tentación de meterse en la cama antes de lo previsto. La cena fue de lo más silenciosa, no por falta de temas de los que hablar, sino porque con sus ojos eran capaces de decirse lo que sentían. Al acercarse las doce de la noche encendieron el televisor para ver las campanadas y prepararon las uvas como dos niñas impacientes. Segundos antes de que empezara el nuevo año, Cloe se acercó a Ana y la besó con fuerza.

—Te querré siempre —le dijo.

—Te querré siempre —respondió Ana sincera.

En ese preciso instante empezó la cuenta atrás. Comieron las uvas entre risas intentando tragar al ritmo marcado por el reloj. Lo consiguieron a medias, y al estrenar enero tardaron unos instantes en vaciar sus bocas.

—Feliz Año Nuevo, mi amor —se dijeron a la vez. Y se besaron sujetándose muy fuerte, para no perderse.

Esa noche hicieron el amor incansables, insaciables. Al poco de recuperarse necesitaban volver a sentirse, y eso las hizo llegar al placer más absoluto en varias ocasiones. Nada conseguía calmar el hambre que tenían la una de la otra. Cada uno de sus encuentros supuso un nuevo descubrimiento para ambas. Al amanecer se quedaron dormidas, exhaustas y abrazadas entre las sábanas que habían sido el único testigo de ese amor secreto.

Despertaron con el tiempo justo para darse una ducha rápida y dejar la habitación a la hora marcada por el hotel. Las prisas las ayudaron a no pensar en tener que abandonar ese pequeño paraíso, a no pensar en tener que separarse para volver a una rutina en la que deberían ingeniárselas para poder estar de nuevo a solas.

Al salir a la calle se dejaron bañar por los primeros rayos de sol del año y se acercaron un momento a la playa, donde pasearon descalzas por la orilla cogidas de la mano ajenas a todo. El agua estaba helada, pero eso las hizo sentirse más vivas que nunca. Después subieron a la moto de Ana y decidieron ir a comer juntas antes de tener que despedirse. Cloe debía regresar a casa sola porque, a primera hora de la tarde, según le habían dicho en un escueto mensaje, llegaban sus padres y no estaba preparada para soltar el bombazo de su nueva relación. Ana era consciente de ello y no quiso presionarla en ese sentido. Comprendía que para Cloe todo era nuevo, que todavía lo estaba asimilando; que había hecho un enorme esfuerzo por dejarse llevar en todos los aspectos. Comieron con el apetito de quien lo ha dado todo pero con la tristeza de no poder permanecer en su burbuja de felicidad. Para la ocasión eligieron de nuevo un restaurante junto al mar, el símbolo de las posibilidades infinitas, y compartieron un arroz caldoso que las ayudó a recuperar energías. Tras un café que intentaron alargar tanto como les fue posible, llegó el momento menos deseado.

Ana se subió a su moto prometiéndole que la llamaría por la noche, y Cloe cogió un taxi para reencontrarse con sus padres. Ninguna miró atrás al despedirse: hubiera sido demasiado doloroso.

Llegando a la puerta de su casa, Cloe sintió un pinchazo en el corazón cuando supo que de nuevo tenía que interpretar el papel de la hija perfecta. Hubiera querido poder pasar un tiempo a solas para revivir las últimas horas en la intimidad de su habitación, pero al cruzar el umbral se encontró con sus padres, que justo en ese momento dejaban las maletas. Como ella, acababan de llegar de su viaje, un viaje que seguro que no superaba el que ella había hecho los últimos días junto a Ana sin necesitar coger un avión. Su madre la abrazó con una efusividad forzada, posiblemente porque en el fondo se sentía culpable por haberla dejado sola en unas fechas tan señaladas. Su padre simplemente le preguntó de dónde venía, y Cloe respondió con rápidos reflejos que había pasado la noche en casa de unas

compañeras de la facultad que habían organizado una fiesta de Fin de Año. La explicación les resultó lo suficientemente convincente como para no hacerle más preguntas.

Cloe se quedó helada al darse cuenta de que con la emoción del momento habían olvidado retirar los adornos navideños, y al ver que su madre los estaba analizando se anticipó a cualquier comentario diciendo que le había apetecido hacer algo diferente que le recordara la belleza de las fiestas. Tras un silencio incómodo, sus padres decidieron compensar su ausencia de los últimos días dándole un montón de regalos que le habían comprado en las tiendas del aeropuerto. En esta ocasión, la obsequiaron con un caro perfume, un pañuelo de seda y una agenda electrónica de alta gama que olvidaron que era la misma que le regalaron por su cumpleaños pocos meses antes. Cloe fingió agradecimiento y les dijo que se iba a descansar un rato antes de la cena porque la noche había sido larga. Por lo menos en eso no tuvo que mentir.

Ya en su habitación, lo primero que hizo al tumbarse en la cama fue mandarle un mensaje a Ana.

Te echo de menos.

10

Cloe sigue trabajando, o por lo menos aparentando que lo hace hasta terminar la jornada. No puede dejar de pensar en la llamada que le ha hecho a Ana al saber que la han ascendido. Se siente mal por no haber pensado en su marido en un momento tan importante profesionalmente, pero lo que más le preocupa ahora es saber qué hacer. Por suerte Ana no la ha llamado tras colgarle el teléfono, porque no hubiera sido capaz de hablar con ella.

Aunque la tentación de volver a la galería es grande, Cloe decide ir a casa y fingir que todo va bien. Hoy le tocaba a Juan recoger a la niña, así que cuando cruza la puerta los encuentra jugando divertidos. La imagen es tierna y entrañable, pero Cloe tiene demasiadas cosas en la cabeza como para sentirse conmovida. Saluda a su marido y a su hija con un beso y se excusa diciendo que necesita ducharse antes de cenar.

A solas en el baño, el sonido del agua no apaga la voz de Ana al otro lado del teléfono. Es un recuerdo que no puede quitarse de la cabeza desde hace horas, pero está tan bloqueada que no se siente con fuerzas de decidir cuál será su siguiente paso. Imagina a Ana esperando un movimiento por su parte, pero Cloe está agotada y lo único que quiere es acostarse para que el día termine cuanto antes. Alarga la ducha tanto como le es posible y regresa al comedor, donde Juan ya le está dando la cena a la pequeña Amanda. Sintiéndose mala madre por las pocas atenciones que ha tenido con su hija en los últimos días, Cloe se ofrece para acostarla y leerle su cuento favorito. En la intimidad de la habitación de la niña consigue relajarse y se queda dormida sin llegar a contarle el final de la historia.

Horas más tarde, cuando le quedan solo unos minutos para tener que levantarse, despierta junto a su hija y se va a la cama, donde Juan descansa ajeno a todo. Cierra los ojos hasta que el despertador le anuncia un nuevo día al que teme enfrentarse, y aunque se duchó por la noche necesita volver a hacerlo para despejar la mente y recuperar energías.

Tiene tal nudo en el estómago que le resulta imposible desayunar. Ni siquiera se acaba el café, así que se despide de su esposo con prisas y deja a Amanda en la escuela antes de dirigirse a la oficina. Al entrar en su

despacho descubre un gran ramo de flores sobre el escritorio. Desconcertada, lee la nota que sobresale entre los pétalos de una de las rosas. «Felicidades, jefa», es el mensaje de sus compañeros de departamento, que con ese bonito gesto le muestran su apoyo ante su nueva etapa en la agencia. Aunque en un instante de locura ha pensado que las flores eran de Ana, Cloe sonrío satisfecha al ver el detalle de sus colegas y eso le da el empujón necesario para centrarse en la nueva campaña en la que desde hoy tiene que ponerse a trabajar para demostrarle a su jefe que ascenderla ha sido una buena decisión.

Pasa la mañana investigando sobre el perfume para el que debe crear la mejor de las estrategias comerciales. Repasa los anuncios anteriores de la marca, analiza cada uno de los componentes de la esencia gracias a los testers que le han hecho llegar, y empieza a desarrollar algunas ideas que anota en el ordenador con la precisión con la que suele trabajar. Sin darse cuenta llega la hora de comer, y ella sigue inmersa en su mundo. Ha conseguido no pensar en nada que no sea su trabajo, pero el hambre la hace volver a la realidad. Hoy no le apetece enfrentarse a lo que tiene pendiente, a Ana, así que como agradecimiento por el ramo de flores propone a sus compañeros salir a comer juntos, ella invita.

Bajan a uno de sus restaurantes habituales, donde les atienden con familiaridad y les ofrecen una cocina tradicional apta para todo tipo de paladares. Al llegar a los postres, Cloe propone un brindis y agradece el apoyo recibido, que ha sido fundamental para conseguir el ascenso. Todos parecen alegrarse por ella, pues saben que lo ha conseguido por méritos propios. Tras una comida amena y varias copas de vino, regresan a la oficina saciados y satisfechos.

Cloe se siente un poco achispada, pero la ocasión lo merece y no está dispuesta a sentirse mal por ello. De repente se da cuenta de que ni siquiera se lo ha dicho a Juan, y eso sí le causa un cierto remordimiento. Lo único que la alivia es pensar que su marido no valorará su logro como ella querría, porque en el fondo él nunca ha entendido por qué renunció a una exitosa carrera como abogada para hacer algo tan... exótico, por así decirlo, por más que aceptó su decisión al ver que era lo que deseaba.

Sigue trabajando en el anuncio del perfume que tanto reclama su atención y, a pesar de que le rondan algunas sugerencias, sabe que nunca es bueno dejarse llevar por los primeros impulsos, por lo menos no en el

mundo de la publicidad. Se deja impregnar por la fragancia femenina que espera su gran idea y de repente las palabras *mujer* y *deseo* la llevan a los brazos de Ana. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ha vuelto a aparecer en su vida cuando parecía ir sobre ruedas? Aparentemente lo tiene todo, pero en el fondo sabe que está viviendo la vida que sus padres diseñaron para ella desde su nacimiento. Siempre pensó que las crisis existenciales llegaban a los 30 o a los 40, no a los 35. Quizá, ironías de la vida, de nuevo sus grandes decisiones se producen a medias, a medio camino de todo, de lo que ella desea y de lo que los demás esperan que haga. Por eso esta edad tan concreta. Si es sincera consigo misma, el deseo que pidió al soplar las velas el día de su cumpleaños fue ser feliz, y ahora no lo es, a pesar de su familia, a pesar de su éxito profesional. Sabe que en el fondo solo depende de ella que se cumpla lo que más quiere, pero el miedo la paraliza una vez más.

De repente se siente la protagonista de una de esas series que tantas veces ha visto para desconectar de su cruda realidad y necesita un trago que le dé fuerzas para tomar las decisiones que ha pospuesto hasta ahora. Recuerda que en un cajón de su escritorio guarda un caro whisky que le regaló un cliente en Navidad y, tras asegurarse de que nadie la ve, rompe el precinto. No, esto no es una serie, es la más absoluta de las realidades, así que no tiene vasos en el despacho. Bebe de la botella y siente el calor del alcohol bajando por su garganta directo a la boca del estómago, irritado por la ansiedad de los recientes acontecimientos, pero eso no la frena de dar un segundo trago. Empieza a relajarse y, tras un tercer y último sorbo, asegurándose de cerrar bien la botella la esconde donde nadie la pueda encontrar. No le gusta necesitar el alcohol para enfrentarse a sus problemas, pero no quiere dramatizar también con eso porque sabe que nunca ha tenido problemas con la bebida y que lo único que pretende es acallar las voces que le dicen que debe olvidarse de Ana.

Cloe mira al reloj y ve que en dos horas deberá volver a casa, y esa hora límite, sumada a los efectos del alcohol, la dotan de una valentía que pocas veces se ha permitido. Sin pensar demasiado porque es incapaz de hacerlo, coge el móvil y escribe un mensaje a una remitente a la que conoce a la perfección.

Te llamé movida por un impulso y escuchar tu voz me hizo temblar.

Le da a la tecla «enviar» y se le corta la respiración. No sabe si Ana verá el mensaje enseguida o si pasarán horas antes de obtener una respuesta, pero ya no hay marcha atrás. El mensaje ha sido enviado: así se lo notifica el icono que aparece en pantalla. En el fondo se alegra de ese momento de valentía, de modo que guarda el teléfono en el bolso y se pone a trabajar. Al llegar la hora de recoger, todavía no tiene noticias de Ana.

Sale de la oficina ligeramente afectada por el whisky y espera que el trayecto en metro la ayude a despejarse antes de llegar a casa, ese lugar que hace mucho tiempo que no siente un hogar. Durante el trayecto observa a los extraños con los que comparte vagón, intenta adivinar sus historias e imagina que, como ella, todos ocultan secretos inconfesables. Cloe se siente menos sola y llega a casa dispuesta a dejar de mentir. Ya no le importan las consecuencias.

El año empezó de la mejor forma posible para Cloe, pero estar con sus padres bajo el mismo techo que días atrás compartió con Ana la hizo volver a una realidad que ahora le provocaba rechazo. Le hubiera gustado contarles la verdad, decirles que estaba enamorada de una chica y que con ella había vivido la mejor Navidad de su vida. Pero sabía que no la entenderían y que su confesión les causaría tal rechazo que haría que la repudiaran y se avergonzaran de ella. Cloe conocía demasiado a sus padres, aunque en el fondo le eran unos auténticos desconocidos.

Fingió durante un par de días ser la hija perfecta, la que se alegraba de pasar las vacaciones en familia, y habló con ellos de sus estudios, de sus impuestos planes, asegurándose así de que no intuyeran que algo en ella había cambiado. Pero Cloe no era la misma, no desde que conoció a Ana. Por las noches, después de despedirse con un frío beso de sus padres, corría a su habitación para hablar con su amada. No esperaba ni siquiera a ponerse el pijama para contarle cómo había sido su día y reía con las anécdotas que Ana le contaba desde la distancia. Pasaban horas hablando y se confesaban que se amaban una y otra vez hasta quedarse dormidas pegadas al teléfono porque eran incapaces de despedirse.

El día 5 de enero, Cloe recibió un sugerente mensaje de Ana citándola a las ocho de la tarde frente a la catedral. Le pedía que buscara cualquier excusa para pasar la noche fuera de casa y, sin poder ni querer evitar la tentación, aceptó encantada. Les dijo a sus padres que había quedado con unas amigas para celebrar la noche de Reyes y que se quedaría a dormir en casa de una de ellas. Aunque los pilló un poco por sorpresa porque solían pasar la noche juntos antes de intercambiar regalos a primera hora de la mañana, les alegró saber que se llevaba tan bien con sus amigas de la facultad y se conformaron con comer con ella al día siguiente.

Cloe se vistió pensando en Ana, en la idea de volver a verla. Quería resultarle irresistible, que sintiera cuánto la había echado de menos y que comprendiera que se había arreglado para ella. Cuando por fin estuvo convencida de su elección, fue impaciente a su encuentro. Al ver que había llegado mucho antes de la hora señalada, decidió ir a comprarle un regalo

de Reyes. Recorrió varias tiendas buscando el detalle perfecto. Le hubiera comprado el mundo entero, pero al final optó por algo que pensó que la haría sonreír. Cómo le gustaba verla feliz a su lado... Minutos después se plantó frente a la catedral luciendo un vestido rojo bajo su abrigo negro de corte militar. Para la ocasión había elegido también zapatos de tacón y un maquillaje lo suficientemente marcado como para que Ana supiera que había sido su inspiración. Esperó un buen rato observando a los niños acercarse a Vía Layetana impacientes por ver a unos Reyes Magos que en pocas horas les dejarían en casa lo que les habían pedido en sus cartas. Cuando pensaba que Ana no iba a presentarse, apareció entre la multitud más hermosa que nunca. Como Cloe, Ana había elegido su estilismo a conciencia sabiendo que hacía demasiados días que no habían podido verse. Llevaba su chupa de cuero habitual, pero esta vez una falda negra ceñida sustituía a los vaqueros a los que la tenía acostumbrada, y para sorprenderla había elegido una escotada camiseta del mismo color y unos botines a juego. Su larga melena estaba recogida de un modo informal pero extremadamente apetecible, porque dejaba entrever su largo cuello; sus labios eran de un color rojo intenso y, aunque casi no se había pintado los ojos, el maquillaje destacaba aún más su mirada felina.

Ajenas a todo y a todos, e incapaces por unos instantes de guardar las apariencias, al encontrarse se besaron apasionadamente sin mediar palabra. Permanecieron abrazadas un buen rato, y el mundo les pareció un lugar más seguro y hermoso.

Antes de revelarles sus planes para la noche, Ana le dijo que quería que vieran juntas la cabalgata de Reyes, algo que le encantaba hacer desde pequeña. Quería compartir con Cloe un momento único que le recordara que se puede seguir soñando cuando se es adulto. Ana le contó que, desde que se fue de casa de sus padres, la noche de Reyes solía ir a ver la cabalgata y eso le infundía buenas energías para el resto del año. Se dejaron llevar por la magia del momento, cogieron caramelos, que después regalaron a los niños que habían conseguido menos, e hicieron fotos para guardarlas en la memoria para siempre.

Tras el desfile, subieron a la moto de Ana y se dirigieron a su piso. Ana le contó que sus compañeras iban a pasar la noche con sus familias y que estarían solas, así que nadie iba a interrumpirlas. En cuanto cruzaron la puerta le pidió que cerrara los ojos, e instantes después empezó a sonar una

seductora música de jazz. Cuando pudo mirar, Cloe se encontró con una mesa perfectamente preparada y un salón iluminado por grandes velas blancas, las preferidas de Ana. Cloe apreció el detalle, especialmente que hubiera pensado en hacer algo tan bello para ella.

—Señorita... —le dijo Ana acompañándola a su silla.

Cloe se sentó sonriente, sintiéndose como los niños a los que había visto tan felices minutos antes en la cabalgata.

Ana la ayudó a quitarse el abrigo y, tras unos instantes en la cocina, reapareció con dos platos.

—Como sabes a estas alturas, cocinar no es mi fuerte, pero te he preparado mi plato estrella: pasta al pesto con parmesano —le dijo con una timidez más propia de Cloe que de Ana.

—Seguro que está delicioso... Gracias, cariño... —le respondió Cloe mirándola a los ojos conmovida por cada uno de los gestos de su amada, que sintió un escalofrío al escuchar que la llamaba «cariño».

Cenaron relajadamente recordando anécdotas de las noches de Reyes de ambas. Ana le contó que desde pequeña era una de sus noches preferidas, y que al independizarse siempre había intentado prepararse una mañana de Reyes especial aunque estuviera sola. Se compraba regalos y se los dejaba a media noche para autosorprenderse al despertar. A Cloe le conmovió que alguien en apariencia tan fuerte tuviera esa sensibilidad que ya le había mostrado antes. Ella le confesó que, aunque le encantaba esa fecha, en su casa se vivía como un formalismo más. Sus padres sabían que había que comprarle regalos, y desde pequeña era consciente de que cualquier cosa que escribiera en su lista se la iban a regalar, así que con el paso de los años empezó a ponerles retos cada vez más complicados. Se rieron comentando los desafíos que Cloe les planteó a sus padres y se sintieron de nuevo como dos niñas ante una noche muy importante y mágica.

Querían acostarse temprano para madrugar, pero la música, la agradable cena, las velas y el hecho de estar a solas después de tantos días sin verse fueron demasiado tentadoras. Sin darse cuenta, empezaron a acariciarse bajo la mesa, y Ana se quitó los botines y alargó su pie para acariciar a Cloe con él. Ella separó las piernas para recibirla con el deseo que tanto había sentido en la soledad de su habitación, y al tenerla entre sus piernas se mordió el labio. A Ana ese gesto le pareció de lo más erótico, así que le recorrió la entrepierna con el pie y Cloe la miró con un deseo que la

invitaba a seguir. Cloe llevó una de sus manos debajo de la mesa, apartando la falda de Ana para poder recorrer sus muslos. Permanecieron en silencio mirándose retadoras, acariciándose únicamente de cintura para abajo. Entonces Ana no pudo más y se levantó decidida para apartar con un rápido movimiento de brazo los restos de la romántica cena sin importarle el ruido de la vajilla y los cubiertos al caer al suelo. Solo tenía ojos para Cloe, así que fue a buscarla, la besó abriendo la boca para sentir sus labios entre los de ella y la levantó de la silla. Pero esta vez Cloe se rebeló y decidió hacerla suya sin pensarlo, así que le metió la lengua en lo más profundo de la boca para hacerle comprender sus intenciones. Después cogió a Ana por la cintura, la giró con seguridad y la apoyó contra la mesa. Inmediatamente le subió la falda, le bajó las medias y las bragas y, al notar el deseo que Ana ocultaba entre sus piernas, se inclinó y sin darle tiempo a reaccionar le metió dos dedos, que la hicieron gemir intensamente. Ana se entregó al placer, sintiendo los dedos de Cloe en su interior y esperando ansiosa el impulso de cada nueva investida. Cloe fue acelerando el ritmo y apoyó su otra mano sobre la espalda de Ana para sentir sus espasmos. Estaba abierta completamente para ella y eso le excitaba aún más, así que fue acelerando el ritmo y penetrándola más profundamente. Ana gimió, le pidió más entre gritos una y otra vez, y Cloe, desatada al escuchar unas súplicas cargadas de deseo, no dejó de penetrarla hasta hacerla correrse de placer y caer rendida sobre la mesa.

Cloe estaba tremendamente excitada porque era la primera vez que había tomado la iniciativa así con Ana, pero quiso dejarle el tiempo necesario para que se recuperara. Permanecieron un rato en silencio sin apenas moverse, mientras una Ana absolutamente saciada reposaba sobre la mesa y Cloe apoyaba su cuerpo en su espalda con los dedos todavía dentro de ella. Después Cloe los retiró despacio y, cuando Ana se dio la vuelta para mirarla, los chupó desafiante. Aunque Ana apenas había conseguido relajarse, eran tantas sus ganas de poseer a Cloe que la cogió de la mano y la llevó a toda prisa a su habitación. La empujó sobre su cama, la besó con todo el deseo acumulado, le subió el vestido y le apartó la ropa impaciente para hacerle lo que instantes antes Cloe había hecho con ella. La penetró incesantemente sin dejar de mirarla a los ojos, gimieron juntas ante cada movimiento, y se besaron con la misma humedad que inundaba sus sexos. Cloe le susurró que no parara de follarla, y jadeó pegada a su

oído hasta llegar al orgasmo. Después, entre caricias y besos de lo más íntimos y delicados, se ayudaron a quitarse la ropa para meterse bajo el edredón y no tardaron en dormirse abrazadas.

El día de Reyes Cloe despertó con una sonrisa de felicidad grabada en el rostro. Alargó la mano buscando a Ana pero, al ver que la cama estaba vacía, recuperó su ropa interior, se puso una camiseta que encontró en el respaldo de la silla del escritorio y salió al comedor a buscarla. La luz de la mañana se filtraba por el balcón que daba a la calle, descubriéndole un sofá lleno de pequeños regalos con su nombre escrito en ellos. Se quedó allí de pie sin moverse hasta que comprendió que Ana le había organizado la sorpresa más bonita que nunca nadie le había hecho. Con dos tazas de café humeante en sus manos, la anfitriona entró en el salón.

—Creo que los Reyes Magos dejaron algo para ti... —le dijo fingiendo no saber de qué se trataba.

—Pero... ¿cómo?... ¿cuándo?... —Cloe intentaba aclarar todo lo que le venía a la cabeza.

—Son Magos... —respondió Ana subiendo los hombros y arqueando las cejas.

Cloe corrió a abrazarla con tanta alegría que casi derrama los cafés.

—Venga, ábrelos, son para ti... —le dijo Ana disfrutando al verla tan contenta.

Cloe abrió uno a uno los paquetes cuidadosamente y enseguida se dio cuenta de que, a diferencia de la frialdad con la que sus padres le compraban los regalos más impersonales, Ana había pensado los suyos con el mayor de los detalles. Todos estaban relacionados con algo de lo que habían compartido durante su reciente historia de amor: dos cervezas de la misma marca que bebieron en su primera cita, unos guantes para que no pasara frío cuando la llevara en su moto, entradas para la exposición de la que tanto le había hablado, el boceto que hizo de ella en la biblioteca el día que se conocieron, el disco que sonó la noche de Fin de Año en la habitación del hotel y una pequeña cajita con una llave dentro.

—Es la llave del piso. Para que vengas a verme siempre que quieras —le ofreció una tímida Ana. Nunca antes había hecho algo así, y al decirlo en voz alta se sintió indefensa.

—Gracias, gracias, gracias... —le dijo Cloe sin dejar de besarla.

Se quedaron sentadas junto a los regalos tomando el café, mirando al

infinito. Cloe no se podía creer lo afortunada que era en ese momento, y Ana sentía una paz y una comodidad a su lado que no había experimentado con nadie y que la hacía enormemente feliz.

—¡Espera! —exclamó Cloe levantándose de golpe del sofá al recordar algo—. Yo también tengo una cosa para ti. —Y se fue a la entrada a buscar la bolsita que había dejado la noche antes con el regalo que le había comprado—. Si llego a saber que me preparas esto, te aseguro que te hubiera llenado el sofá de sorpresas... —le dijo sintiéndose mal por no haber planeado algo especial para ella.

—Lo hice porque me apetecía, no esperaba nada a cambio —le explicó Cloe tranquilizándola.

Cloe alargó el regalo un poco avergonzada, pero Ana estaba tan encantada que lo abrió a toda velocidad. Era un precioso conjunto de lencería de color gris oscuro con algunos encajes y un ligero relleno en el sujetador que sin duda resaltaría los hermosos pechos de Ana. Cuando lo vio en la tienda, Cloe imaginó lo bien que le quedaría y se ruborizó al pensar que la dependienta se había dado cuenta de que era un regalo para su amada y amante.

—Mmmmm..., vaya con los Reyes Magos... —dijo Ana con picardía—. ¿Quieres que me lo pruebe? —añadió insinuante.

—Me encantaría... —susurró Cloe antes de besarla.

Ana se fue a su habitación a cambiarse y en ese momento sonó el móvil de Cloe devolviéndola a la dura realidad. Eran sus padres, que querían saber si iba a tardar mucho. Al ver la hora, Cloe les dijo que ya estaba saliendo, que en breve llegaría a casa. Entró corriendo en el dormitorio de Ana, que todavía no había tenido tiempo de ponerse el nuevo conjunto, y se disculpó por tener que irse tan precipitadamente.

—Te aseguro que nada me gustaría más que quedarme contigo, pero mis padres me están esperando, y si no aparezco me harán preguntas que no soy capaz de responder —le dijo sintiéndose mal por dejarla así después de los bonitos detalles que había tenido con ella.

—No te preocupes, yo también he quedado —respondió Ana intentando ocultar su decepción.

Cloe se arregló a toda prisa, recogió los regalos que poco antes había abierto con tanta ilusión y se despidió de Ana con un fugaz beso, prometiéndole que la llamaría más tarde.

Ana se quedó plantada junto a la cama sin saber cómo sería el resto de su día de Reyes. Solo tenía clara una cosa: que iba a pasarlo sola.

Cloe ha pasado el resto de la semana haciendo lo que le apetece, lo que siente. Algo, o alguien, le ha provocado un estado de lo que podría considerarse rebeldía del que ni quiere ni puede salir.

No falta al trabajo, porque allí disfruta con la nueva campaña y desconecta de todo mientras desarrolla nuevas ideas, pero al volver a casa al final del día no le presta demasiada atención a Juan y prefiere dedicarle la poca energía que le queda a su hija, que parece no notar nada distinto en ella.

Por las noches se queda en el comedor hasta tarde fingiendo estar entretenida con alguna película o trabajar con el portátil. Se mete en la cama cuando está convencida de que su marido duerme. Así evita hablar con él hasta la mañana siguiente, cuando intercambian las cuatro frases que Cloe ya se sabe de memoria y se despiden sin ni siquiera darse un beso para pasar el día separados, cada uno a lo suyo.

Sabe que no podrá alargar esta situación demasiado, que al final Juan se dará cuenta de que algo no funciona, pero mientras eso no sucede intenta mantenerse en su nube sin pensar en nada más que en ella, por más egoísta que parezca. Está cansada de hacer siempre lo que los demás esperan que haga, y el cambio que ha experimentado recientemente le ha hecho ver claro que ya no puede dar marcha atrás.

No ha sabido nada de Ana desde que le mandó el mensaje. La incerteza la mantiene inquieta y seguramente es en parte el motivo de su nuevo comportamiento.

Esta mañana, tras presentarle a su jefe los primeros bocetos para el anuncio del perfume y recibir su aprobación, Cloe se sienta en su despacho satisfecha al constatar que sus problemas personales no están afectando a su rendimiento. Cree que tal vez haberse reencontrado consigo misma está provocando todo lo contrario de lo que se podría esperar y la está haciendo más creativa. Aunque lleva días posponiendo la idea y siente pánico mientras lo hace, se carga de valor y le escribe un mensaje a Ana.

Cuando lo ha enviado, recoge sus cosas, le dice a su ayudante —ahora que es jefa de departamento, tiene a una chica en prácticas que le echa una mano— que se toma la tarde libre para hacer trabajo de campo, y sale de la oficina segura de lo que está a punto de hacer. Esta vez no necesita pasear para ordenar sus ideas porque lo tiene muy claro, así que sube a un taxi y se dirige a la galería. Llega un poco antes de la hora propuesta en el mensaje, pero decide entrar para volver a ver los cuadros. Su estado de liberación hace que descubra en ellos unos matices que no fue capaz de observar en la primera visita, y se queda embelesada ante cada uno de los retratos pintados por Ana. Al llegar al cuadro del que es la protagonista, no puede evitar sentir un nudo en el estómago. Recorre cada pincelada recordando el momento en el que Ana la captó como nadie, y sin darse cuenta extiende el brazo para tocar el lienzo y tenerla más cerca.

—No se puede tocar —le dice una voz demasiado familiar situada tras ella. Cloe puede sentir su presencia, su aroma, y por un momento es incapaz de girarse. La mano de Ana se posa sobre la suya y la aparta suavemente del cuadro. Permanecen unos instantes así, con Ana detrás de ella sujetando su mano sin sujetarla, sintiéndose sin verse.

Cloe, decidida a dar el primer paso, se gira despacio para ver a Ana. Su habitual timidez hace que baje la mirada y que lo primero que descubra sean los botines negros de tacón que lleva —sonríe al pensar que hay costumbres en ella que no han cambiado con el paso de los años— y la parte inferior de unos pantalones negros ajustados. Lentamente alza la vista, hasta perderse en una mirada que reconoce mejor que la suya. Es Ana, son los ojos en los que tantas veces se perdió hace años y a los que ahora baña el halo de nostalgia que descubrió en la foto de la exposición. Ana la mira fijamente, con intensidad, pero no dice nada y Cloe empieza a temblar ante unos sentimientos que reviven en su interior como si nunca se hubieran ido.

—Hola... —le dice a media voz, casi incapaz de articular palabra.

—Hola —responde Ana expectante con un tono que resulta incluso duro.

La tensión entre ambas es evidente, fruto de los años sin verse y de un tiempo separadas que las ha marcado a las dos profundamente. Como tantas otras veces, pueden decirse mucho sin necesitar palabras, así que permanecen frente a frente con los ojos clavados. A Cloe le resbala una

lágrima por la mejilla que desearía poder ocultar, y eso suaviza un poco a Ana, que instintivamente se la retira con su mano porque es incapaz de verla llorar.

—¿Por qué querías verme precisamente ahora? —le pregunta con semblante serio.

—Porque nunca te olvidé —responde Cloe sincera mientras le cae otra lágrima.

Ana quisiera abrazarla y calmar su dolor, pero todavía está herida por el rechazo que sintió la última vez que se vieron. No es rencor lo que la mueve, sino el miedo a volver a sufrir.

Cloe sabe que debe ser ella quien tome la iniciativa esta vez, que ella concertó el encuentro y no puede alargar indefinidamente este momento. Le propone ir a un bar cercano para poder hablar a solas y Ana acepta a pesar de no estar demasiado convencida. Antes de salir, se despiden de la chica que lleva la galería, en la que Cloe ni siquiera se fijó al entrar.

Tras un breve y tenso paseo, entran en una cafetería del Borne y se dirigen a la planta superior. Es un pequeño local de diseño que por las noches suele estar lleno, pero ahora solo ellas ocupan el reducido espacio. Se sientan en una de las mesitas que da al paseo y, consciente de que Cloe todavía no pudo articular palabra, Ana pide cerveza para las dos, como la primera vez que salieron juntas. Ese recuerdo resuena en ambas y, aunque cada una lo revive de un modo muy distinto, les provoca una leve sonrisa que las ayuda a relajarse un poco.

—Me alegra que todo te vaya tan bien —dice Cloe refiriéndose a la exposición.

—Bueno, ha habido momentos de todo... Pero no me puedo quejar — responde Ana sin dar demasiada información para que, si desea saber algo, se lo pregunte directamente.

—Yo... me casé y tengo una hija preciosa, Amanda —le dice Cloe compartiendo lo primero que se le ocurre.

—Lo sé; te felicité antes de la boda, pero no respondiste... —le recuerda Ana sin esperar que se justifique—. Durante un tiempo te seguí la pista. Supe de tu entrada en el bufete de tu padre, de tu gran boda y del nacimiento de tu hija. Es lo que tiene pertenecer a una buena familia y que la prensa se interese por vuestra vida. Pero dejé de hacerlo porque dolía demasiado —añade con crudeza.

—Lo siento —se disculpa Cloe.

—Era lo que querías, ¿no? —le pregunta Ana desafiante.

—No —responde Cloe segura.

—Pues entonces es lo que decidiste. Por esto renunciaste a nosotras... La última vez que me dejaste me propuse olvidarte, pero esperé tu llamada y nunca llegó. ¿Qué quieres ahora, Cloe? —Ana necesita comprender el encuentro, porque todo esto le remueve unas heridas que están más abiertas de lo que pensaba.

Cloe permanece un rato en silencio incapaz de expresar lo que desea decirle. Que la sigue amando, que nunca debió perderla, que no es feliz con su vida, que sin ella no se reconoce. Pero para Ana el silencio se hace eterno y se levanta sin esperar una respuesta que no llega.

—Tengo que irme —le dice sin mirarla y recogiendo su bolso.

—¡Espera! —le pide Cloe—. Sé que estás enfadada conmigo, pero si has venido es por algo. Ana... nunca he dejado de pensar en ti. Intenté ocultar mis sentimientos y vivir aceptando lo que decidí en su momento, pero ahora tengo muy claro que me equivoqué. Puede que no me creas y que no te sirvan mis explicaciones, pero sabes que nunca te he mentado. Si hice lo que hice fue por miedo, pero me he cansado de seguir fingiendo. Eres la única persona que me conoce, que sabe quién soy, y cuando te dije que te querría siempre lo dije de verdad. Nunca he dejado de quererte.

Ana, que sigue de pie con el bolso en la mano, la ha escuchado atentamente. Cada una de sus palabras ha despertado en ella una mezcla de rabia, dolor y decepción pero, si es sincera consigo misma, también le ha provocado ternura, amor y deseo. Todo esto la supera: aceptó el encuentro movida por el recuerdo de un pasado del que nunca ha conseguido librarse, pero en este momento no sabe cómo lidiar con la situación.

—No puedo. —Y, mientras niega con la cabeza, se aleja sin mirarla.

Cloe quisiera ir tras ella, implorarle que se quede un rato más, que escuche lo que todavía no le ha dicho, pero es incapaz de hacerlo. Su mirada cargada de reproches le ha quedado grabada y sabe que en el fondo es lo que podía esperar. Le hizo mucho daño, y aunque nunca se atrevió a contactar con ella para preguntarle cómo estaba, la conoce lo suficiente como para saber que le rompió el corazón.

Cloe se queda un buen rato en el bar, bebiéndose su cerveza y la que Ana no ha llegado a probar. Rememora cada una de las palabras que le ha dicho

y sabe que no ha logrado transmitirle todo lo que siente. Pero ya es tarde, Ana se ha ido.

Sale a la calle perdida, sin saber dónde está ni adónde debe ir. Intentando serenarse, pasea sin rumbo y rompe a llorar bajo sus grandes gafas de sol. Hacía años que no lloraba con tanta desesperación, pero hace esfuerzos para no llamar la atención. Está tan al límite que le pasan por la cabeza los pensamientos más destructivos y entonces se da cuenta de que ha tocado fondo. Sin fuerzas para seguir avanzando, se sienta en un banco y cierra los ojos porque ya no puede más. No puede entender cómo ha permitido anularse así durante tanto tiempo, y se culpa porque sabe que debió luchar por ella en vez de aferrarse a cualquier excusa para no plantarle cara a la vida con valentía. Más calmada pero sin poder ver con claridad, localiza una boca de metro y descifra la combinación para llegar a casa. Es el último lugar al que le apetece ir, pero allí la espera su hija, y solo por eso sabe que tiene que volver.

Cuando cruza la puerta, deja caer sus cosas en la entrada, respirando aliviada al ver que no hay nadie. Como una sonámbula, se va desnudando mientras avanza por el pasillo que la lleva al baño de su dormitorio y se mete en la ducha completamente perdida entre sus pensamientos. Sigue sin quitarse la imagen de Ana de la cabeza, el frío tono con el que le ha hablado, el dolor que transmitía su mirada, la tensión en su espalda al alejarse de ella. De nuevo rompe a llorar porque es consciente de que el daño que causó seguramente es irreparable, y se agacha bajo el chorro de agua caliente sintiéndose indefensa. Lo único que tiene claro es que sus decisiones, sus equivocadas decisiones, la han llevado a una situación que no sabe cómo enmendar y, aunque el agua empieza a quemar, cree que es parte de un castigo merecido y no se permite moverse. No sabe cuánto tiempo lleva allí cuando escucha la tierna voz de su hija llamándola desde el comedor, y al reaccionar ve que su piel está roja debido al calor y al dolor.

Se reincorpora de prisa, cierra el grifo y sale de la ducha casi sin fuerzas. De repente se siente un poco mareada y ve que su reflejo en el espejo empieza a ser borroso. Sin darse cuenta todo se funde a negro.

Cloe despierta tumbada en la cama con Juan y Amanda a su lado mirándola muy preocupados. Al principio está un poco desconcertada pero, pasados unos instantes, recuerda lo ocurrido y para tranquilizarlos les dice que le ha bajado la tensión porque no ha tenido tiempo de comer y los

anima a que le preparen la cena. Juan no parece demasiado convencido por sus explicaciones pero, al ver a la niña contenta ante la idea de cocinar para su madre, se va con ella dejando que Cloe se recupere sin sentirse presionada.

Cloe no se movería de la cama hasta mañana, pero no quiere decepcionar también a su hija. Cuando se encuentra mejor, se levanta y ve que todavía está desnuda. Nunca antes le había pasado, pero ahora la idea de que Juan la haya visto así le provoca tal rechazo que se apresura a ponerse el pijama y sale del dormitorio para intentar calmar un poco el tenso ambiente que se respira en casa. Al entrar en la cocina, ve que Juan y Amanda están preparando pasta para los tres y los observa en silencio forzando una sonrisa cada vez que la niña busca su aprobación con la mirada. Cloe no tiene hambre pero, cuando se sientan juntos en la mesa, aparenta que todo va bien. Con los dibujos preferidos de Amanda de fondo, cenan y comentan con falsa normalidad las aventuras del mono que aparece en pantalla. Cloe no es capaz de terminarse su plato y, cuando la pequeña dice que está cansada, se ofrece enseguida a acostarla. Tras leerle su habitual cuento, se dirige a su habitación deseando que su marido esté dormido, pero como temía la está esperando sentado en la cama con un semblante serio. Juan le pregunta qué le pasa, le dice que hace días que la siente distante, pero Cloe es incapaz de enfrentarse a él en este momento y le dice que no se encuentra bien y que necesita descansar.

Sin darle ninguna opción a alargar la conversación, se tumba a su lado dándole la espalda con la intención de quedarse dormida cuanto antes, pero su encuentro con Ana resuena con fuerza en su mente y eso solo consigue desvelarla. Cuando finalmente empieza a relajarse y siente que le pesan los ojos, su teléfono empieza a vibrar sobre su mesilla de noche y ve que ha recibido un mensaje.

Yo tampoco he dejado de quererte.

Al terminar las vacaciones navideñas el curso empezó para ambas con aparente normalidad, y Cloe retomó sus clases con el único aliciente de encontrarse furtivamente con Ana en la universidad.

Había aprobado todos los exámenes excepto uno, el que hizo siendo incapaz de concentrarse al pensar en ella, pero incluso ese suspenso la hacía sonreír. Merecía la pena tener que recuperar la asignatura al finalizar el curso solo por el hecho de haberla conocido. No se lo dijo a su padre porque hubiera puesto el grito en el cielo y porque sabía que no tendría ningún problema en aprobarla más adelante.

Por las tardes, después de asistir a la última de sus respectivas clases, Cloe y Ana se citaban en la biblioteca y se sentaban en la misma mesa donde todo empezó. En silencio, aparentaban repasar sus apuntes lanzándose miradas y buscando el roce de sus manos sigilosamente para que nadie supiera el secreto que ocultaban. Era una situación excitante para ambas, y vivieron el reencuentro como una nueva etapa de su relación, jugando a estar juntas sin que nadie se enterara. A veces una de las dos fingía necesitar un libro de uno de los rincones más apartados y la otra la seguía para poder compartir momentos de intimidad sin miedo a ser descubiertas pero con la tensión de que alguien pudiera acercarse inesperadamente. A escondidas, se dejaban llevar por un deseo que parecía no tener fin y se besaban y acariciaban hasta que no les quedaba más remedio que separarse para no hacer el amor allí mismo.

Al llegar la noche, se iban al coche de Cloe dando un largo paseo, aprovechaban para hablar de sus sentimientos y de sus sueños, y siempre que podían esperaban hasta que el aparcamiento quedaba vacío para dar rienda suelta a sus instintos más viscerales a pesar de las limitaciones del reducido espacio. En esas puntuales y afortunadas veladas, esquivando el freno de mano, el volante y un techo que limitaba sus movimientos, se las ingeniaban para disfrutar de sus cuerpos y lograban arañar algún que otro orgasmo. E independientemente del tiempo que hubieran tenido para estar a solas, Cloe, como la damita educada que era, acompañaba a Ana hasta la puerta de su casa y se despedían entre besos recordándose lo mucho que se

amaban.

Lo más difícil para Cloe era tener que disimular su felicidad cuando se sentaba a cenar con sus padres, pero por suerte su querida Rosa se había reincorporado al trabajo y tenerla cerca la hacía sentirse acompañada cuando Ana no estaba a su lado. Había sido la sirvienta de la familia desde antes de que ella naciera y la había cuidado como si fuera la hija que no pudo tener. Durante la semana, Rosa dormía en un pequeño cuarto con baño propio situado junto a la cocina y, aunque era extremadamente prudente, se había encargado de compensar el afecto que no le daban sus padres. Cloe se lo contaba todo porque estaba más unida a ella que a su propia madre, pero lo que estaba viviendo con Ana era algo tan nuevo que esperaba el momento perfecto para hacerla cómplice de sus sentimientos.

Una noche, al entrar en su dormitorio, Cloe se encontró con una bonita caja de cartón sobre su cama acompañada por una nota con la letra de Rosa. «*Sé que querrás tener estos bonitos recuerdos*», le decía. Cloe la abrió intrigada y se emocionó al ver que le había guardado los adornos navideños con los que ella y Ana decoraron la casa. Comprendió entonces que era la única que se había dado cuenta de que ya no era la misma y, aunque cuando coincidieron al día siguiente no hablaron del tema, Cloe se sintió aliviada al saber por el modo en el que la miró a los ojos que se alegraba de verla tan ilusionada.

A diferencia del resto del mundo, Cloe no esperaba impaciente la llegada del fin de semana porque eso implicaba tener menos tiempo para estar con Ana, y al ver que cada vez se les hacía más larga la espera hasta su siguiente cita en la biblioteca empezó a buscar excusas para salir o pasar la noche fuera. Sin la frecuencia que hubiera querido para que sus padres no sospecharan, se inventaba encuentros con sus compañeras de facultad y entonces iba al bar donde trabajaba Ana, la observaba desde la barra y aprovechaba los momentos en los que los clientes le daban un respiro para charlar con ella. De madrugada, a la hora del cierre, compartían un rato íntimo en el coche y después Cloe acompañaba a Ana y se iba a casa feliz de haberla visto. Excepcionalmente, Cloe arriesgaba un poco más y al salir del bar les mandaba un mensaje a sus padres diciendo que se quedaba en casa de una amiga para poder dormir con Ana. Sus compañeras de piso solían dejarlas a su aire porque comprendían que querían privacidad y, si coincidían, se encerraban generosamente en sus habitaciones para dejarlas

a solas. Así, Cloe y Ana no tenían que ocultar sus sentimientos y se rendían ante una pasión que las quemaba por dentro. Antes de cerrar los ojos fundidas en un abrazo, fantaseaban con la idea de que ese era su espacio, ajeno a todo y a todos, y les gustaba imaginar que vivían bajo el mismo techo como una pareja más. El domingo por la mañana, Cloe se encargaba de preparar el desayuno, de comprar la prensa y de despertar a Ana muy dulcemente cuando calculaba que había descansado lo suficiente. Desayunaban en la cama, leyendo el periódico o jugando a los pasatiempos, y no sin cierta amargura, cuando se acercaba la hora de comer, Cloe se iba intentando que ese momento no estropeará el precioso espacio de tiempo en el que todo había sido posible.

Así aguantaron varias semanas, incluso meses, pero los ratos juntas siempre les sabían a poco. Por suerte los padres de Cloe anunciaron un improvisado viaje a Roma en Semana Santa, y eso les permitiría estar a solas durante cinco días con sus noches. Ana preparó una pequeña bolsa con lo imprescindible, y cuando Cloe la llamó para decirle que sus padres habían salido hacia el aeropuerto cogió la moto y se dirigió a su casa a toda velocidad. Posiblemente se saltó algún semáforo en rojo debido a la impaciencia de disfrutar de ella sin prisas, pero no le importó que la pudieran multar. Aunque el camino se le hizo eterno, todo cambió al ver a Cloe esperándola nerviosa en la entrada.

Nada más cerrarse la puerta, Ana dejó caer su bolsa en el suelo, se lanzó a los brazos de Cloe y, sin poder esperar ni un segundo, la llevó a la cama. Conocía bien el camino, así que en esta ocasión fue ella quien la cogió de la mano y la guio escaleras arriba. Al llegar a su dormitorio la besó una y otra vez con el ansia de quien lleva demasiado tiempo sin poder disfrutar con plenitud de la persona a la que ama. No dejó de mirarla para asegurarse de que lo que estaban compartiendo era real, que tenían todo el tiempo del mundo para estar juntas sin miedo a las interrupciones de compañeros de piso, padres o estudiantes de la biblioteca. Le quitó la ropa despacio a pesar del enorme deseo que ambas sentían porque quería alargar el momento, acariciar y besar cada rincón de su cuerpo a medida que la iba desnudando. Cloe hizo lo mismo a su turno, la miraba y la desvestía lentamente, como descubriendo los regalos que pocos meses antes había abierto con tanto cuidado. Ya desnudas, se dejaron caer sobre la cama y, como si se tratara de una coreografía ensayada previamente, se acariciaron siguiendo el ritmo de

su respiración, del latir de sus corazones, y acercaron sus sexos húmedos para sentirse con intensidad. Se movieron sin perder el contacto, rodando sobre la cama para que primero Ana y después Cloe pudieran estar encima de la otra y controlar la situación. El deseo fue creciendo al acelerar el ritmo de sus caderas y, aunque intentaron alargar su estado de enorme excitación tanto como pudieron, no tardaron en llegar al orgasmo gimiendo y gritando sin miedo.

Exhaustas, se tumbaron abrazadas sintiendo cómo el placer seguía palpitando entre sus piernas. Cloe apoyó su cabeza sobre el pecho de Ana, notando el sudor de su cuerpo y su aliento serenándose junto a su oído. Era el mejor de los sonidos posibles y sonrió feliz por un reencuentro perfecto.

Se quedaron dormidas en esa posición, hasta que un ruido demasiado cruel, demasiado real, les hizo abrir los ojos. La madre de Cloe había entrado decidida en la habitación para anunciarle que su vuelo había sido cancelado, y antes de empezar su explicación descubrió algo que cambió el destino de su hija. Tras escuchar un grito mezcla de sorpresa y desaprobación, y a pesar del *shock* del momento, Cloe y Ana se taparon tan deprisa como les fue posible. Antes de que Cloe pudiera reaccionar, su madre llamó a su marido intentando que pusiera remedio a algo que le resultó una ofensa aberrante. El padre de Cloe apareció enseguida y, en cuanto comprendió lo que estaba ocurriendo, ordenó a Ana con mucha dureza que abandonara su casa antes de que llamara a la policía. Cloe deseaba enfrentarse a ellos, decirles que Ana era la persona a la que amaba, quien mejor la conocía y la única capaz de hacerla feliz, pero no pudo y, sentada en la cama, vio como en plena humillación Ana se agachaba para recuperar su ropa y se encerraba en el baño. El momento se hizo eterno. Hasta que Ana apareció vestida y recogió su bolsa para irse, nadie articuló palabra, pero Cloe pudo intuir el rechazo y el asco en los ojos de sus padres. Ana se fue sin mirar ni siquiera a Cloe, cabizbaja y sintiéndose una intrusa en un mundo al que no pertenecía.

Bajó al piso inferior sin que nadie la acompañara, pegó un portazo y se marchó en su moto a la misma velocidad con la que había llegado horas antes. Hubiera querido que Cloe luchara por ella y les plantara cara a sus padres, pero había visto con demasiada claridad que no estaba dispuesta a hacerlo, lo que le provocó un dolor que nunca antes había sentido.

Los padres de Cloe siguieron un buen rato en silencio en su habitación

observándola mientras ella intentaba cubrirse con una sábana que no era suficientemente grande para tapar tanta vergüenza. Cuando su padre por fin consideró haber dejado bien claro su mensaje con su mirada de desprecio, le dijo que ya hablarían al día siguiente y la dejaron sola. Cloe rompió a llorar con un desespero que nadie podía calmar. No solo le dolía la actitud de sus padres sino, sobre todo, haber traicionado a Ana y haber permitido que la menospreciaran así delante de ella. En la misma cama donde poco antes había sido la mujer más feliz del mundo, ahora era la más desdichada. Lloró durante horas en posición fetal escondida en su cama, y aunque quería llamar a Ana para disculparse y recordarle que la amaba con locura, fue incapaz de moverse.

En algún punto de la madrugada el agotamiento hizo que se durmiera, pero el dolor seguía allí cuando se despertó por la mañana. Se metió en la ducha por miedo a que sus padres pudieran oler los restos del deseo de Ana en su cuerpo y bajó a la cocina dispuesta, aunque no preparada, a enfrentarse a ellos. Los encontró a ambos de pie, hablando de algo que interrumpieron al verla entrar. Tras un largo silencio y una nueva tanda de miradas de desaprobación, su padre le dijo con la rotundidad con la que solía hablar en los juzgados que tenía dos opciones: olvidar esa aventura sin sentido y seguir con su carrera y con su vida como si no hubiera pasado nada, o irse de casa en ese preciso instante y olvidarse de ellos.

Cualquiera de las dos opciones implicaba algo que sabía que no sería capaz de hacer. Olvidar.

Cloe despierta y permanece en la cama rememorando el mensaje que horas antes le ha enviado Ana. Juan sigue a su lado profundamente dormido, y al ver que todavía faltan algunos minutos para empezar una nueva jornada desearía estar sola y no tener que cruzarse con él. Sin hacer ruido, cambia de postura buscando acercarse a su móvil e instintivamente escribe a Ana.

Quiero volver a verte.

Después se queda quieta esperando una respuesta que no llega y, cuando finalmente suena el despertador de Juan, finge estar dormida hasta que escucha que se ha metido en la ducha. Entonces se levanta y se va a la habitación de su hija, porque necesita abrazarla con todas sus fuerzas. La niña abre los ojos ante la muestra de afecto desproporcionado de su madre, y Cloe le dice con dulzura que hay que prepararse para ir a la escuela, que hoy le hará su desayuno favorito: chocolate a la taza. Amanda, saltando de alegría sobre la cama, la abraza con la ingenuidad de la niña que es, y Cloe siente una culpa que le pellizca el corazón. Mientras su hija se viste como hace poco aprendió a hacerlo, Cloe se dirige a la cocina a cumplir con lo prometido. Juan aparece recién duchado y, antes de que le pregunte nada, ella le dice que quería hacerle algo especial a la pequeña porque ha estado tan liada con el trabajo que casi no ha tenido tiempo para ella. A Juan ya no le encajan tantas excusas seguidas, pero llega tarde a una cita con un cliente y ahora no le apetece tener que enfrentarse a otra crisis existencial de su esposa. Se despide fríamente y Cloe en el fondo se siente aliviada al verle cerrar la puerta. Entre sonrisas, comparte con Amanda el chocolate que normalmente desayunan los domingos, y cuando ve que está entretenida mirando dibujos animados se va a arreglar a toda prisa.

Vestida con una falda de tubo gris oscuro y una camisa blanca entallada —uno de sus *looks* habituales cuando va a trabajar— y con unos zapatos de tacón altos pero cómodos, sale de casa con su hija. La acompaña a la escuela, donde la pequeña Amanda entra con la alegría de saber que le espera un día divertido con sus amigos, y a continuación Cloe se va a la agencia con la

tensión de saber que le espera un día duro en el que no podrá compartir lo que siente con sus compañeros.

Cuando entra en su despacho Ana todavía no ha respondido a su mensaje, y Cloe empieza a impacientarse. Sin darse cuenta, imagina las posibles situaciones: que no lo ha visto porque la noche antes quedó con alguien y todavía duerme, que lo ha visto pero no responde porque no quiere verla, que lo ha visto pero no sabe qué decirle, que la está haciendo sufrir y esperará un poco para decirle algo... Cada una de las opciones le genera más ansiedad, así que decide encender el ordenador e intentar centrarse en su trabajo para silenciar así sus pensamientos.

Cuando lleva un par de horas perfilando detalles del anuncio para la firma de perfumes, el bolso de Cloe empieza a vibrar. Con los nervios ha olvidado volver a activar el sonido del teléfono, pero está tan pendiente de tener noticias de Ana que el sutil ruido no le pasa desapercibido. Deja lo que está haciendo y se apresura a mirar la respuesta que tanto ha ansiado, pero, ironías de la vida, ve que es un mensaje de publicidad de su compañía de seguros. Si no fuera porque espera saber de Ana, estamparía el móvil contra la pared de su despacho, pero consigue reprimir el impulso y se siente tan ridícula que vuelve al trabajo.

Al llegar la hora de comer, Ana todavía no ha respondido y Cloe no sabe qué pensar. Uno de sus compañeros llama a su puerta para proponerle salir a comer juntos y comentar temas de trabajo, pero Cloe le dice que está muy liada y declina la invitación. Se queda unos minutos más en silencio en su oficina y, todavía sin respuesta de Ana, decide ir a comer sola. No tiene hambre pero, como no le apetece que su ayudante le haga preguntas, recoge sus cosas y se planta en la calle como hizo días atrás, sin un destino claro.

Cuando lleva un buen rato dando vueltas sin que ningún restaurante le llame la atención, su teléfono anuncia la llegada de un mensaje y se le acelera el corazón. Esta vez es ella, es Ana.

Te espero en 15 minutos donde tuvimos nuestra primera cita.

Cloe no necesita pensar demasiado para saber adónde debe ir, así que coge el metro en dirección a la Barceloneta. Hace el recorrido de un modo mecánico, intentando anticipar cómo será el encuentro, y cuando consigue volver al presente se da cuenta de que se ha pasado de parada. Tras dar

media vuelta y acertar al segundo intento, camina deprisa hasta llegar al lugar que guarda tantos recuerdos.

Han pasado muchos años desde la última vez que estuvo aquí, pero enseguida comprueba que todo sigue igual: la única diferencia es que, al ser verano, no hay estufas en la terraza. Busca a Ana en cada una de las mesas y, al ver que no está, se sienta en la que tiene más cerca y pide dos cervezas. El camarero no tarda demasiado en servir las, y lo único que desea Cloe en ese momento es no tener que tomárselas sola. Cada latido de su corazón le marca el paso de los segundos en los que Ana sigue sin aparecer. Se le está haciendo eterno y cada vez está más nerviosa, pero en el fondo sabe que ahora le toca a ella esperar. Cuando casi se ha terminado su cerveza y está por empezar la de Ana, esta finalmente aparece y se planta delante de ella.

El reflejo del sol le impide ver bien su expresión, pero conoce perfectamente los ojos desafiantes con los que la mira. La imagen de Ana, espectacular con su conjunto de camiseta y pantalón negro ceñido y sus botines de tacón, le corta la respiración. Cloe es incapaz de decirle nada, así que alarga la mano y le acerca su cerveza a modo de invitación. Tras pensarlo durante unos segundos, Ana se sienta a su lado.

De nuevo, después de tantos años, están en el mismo lugar, frente al mismo mar. Pero la situación y las circunstancias son completamente distintas. Cloe piensa en su familia, Ana en su dolor. Silencio.

—Por un momento pensé que no vendrías —le dice Cloe sin mirarla.

—Todavía no sé qué hago aquí —responde Ana dando un trago a su cerveza.

Permanecen un buen rato sin decirse nada, mirando a los bañistas que disfrutan de un día de playa. Parece que no ha pasado el tiempo y que siguen en su primera cita, pero lo cierto es que para ambas han pasado demasiadas cosas desde entonces.

—Hagamos una cosa. Si quieres nos quedamos calladas hasta que necesitemos decirnos algo, ¿te parece? —pro-pone Cloe.

Los recuerdos invaden de nuevo a Ana, y acepta con un leve gesto afirmativo la misma sugerencia que ella hizo al poco de conocerse.

Cloe se pide otra cerveza mientras Ana sigue con la primera. Ninguna de las dos parece dispuesta a romper el silencio, así que siguen observando ese mar que tantas veces les sirvió de escudo frente al mundo. Cuando Ana se termina su cerveza, Cloe le hace un gesto al camarero para que le sirva

otra. Espera que las dos estén en igualdad de condiciones para dejarse llevar.

Cloe recuerda el mensaje en el que Ana le confesó que también la ama, y eso le da las fuerzas necesarias para actuar de una vez por todas. Saca su teléfono del bolso y llama al trabajo diciendo que no volverá por la tarde porque tiene una reunión con unos clientes. Durante toda la llamada no deja de mirar a Ana, que parece estar pensando en sus cosas. Cloe hace una segunda llamada y reserva una habitación en el mismo hotel donde pasaron la noche de Fin de Año que nunca ha olvidado. Entonces Ana, que fingía no estar pendiente, la mira a los ojos sorprendida. Al colgar, Cloe pide y paga la cuenta, se levanta y le coge la mano a Ana, que está tan descolocada que no opone ninguna resistencia.

El hotel está muy cerca, así que sin necesitar hablarlo se dirigen hacia allí dando un paseo. Ana le ha soltado la mano y mantiene un poco la distancia, pero camina al mismo ritmo que Cloe para hacerle saber que por ahora está más o menos convencida de querer ir con ella. Durante los pocos minutos que dura el trayecto, Ana no deja de pensar que está cometiendo un error, y Cloe solo espera que no dé media vuelta y se vaya corriendo. Cuando finalmente llegan al *hall* del hotel, la sensación del paso del tiempo las azota con fuerza y les recuerda lo mucho que han cambiado desde la última vez que estuvieron aquí. Cloe está tan nerviosa que se le olvida preocuparse por si coincide con algún conocido, y le pide a Ana que la espere mientras va a recepción a hacer el protocolario registro. Después suben en el ascensor hasta la planta donde se encuentra la habitación asignada y, sin cruzar palabra, Cloe inserta la tarjeta en la puerta con la mano temblorosa, dejando que Ana sea la primera en entrar.

No es la misma habitación de la otra vez y parece que han actualizado la decoración, pero hay muchos elementos que las llevan a momentos más felices. La puerta se cierra de golpe haciendo un ruido fuerte y seco y de repente se dan cuenta de que están solas las dos. Si se dejara llevar por su instinto, Ana se lanzaría a los brazos de Cloe porque la valentía con la que se ha enfrentado a la situación le resulta irresistible, pero el dolor del pasado sigue pesando demasiado. Cloe permanece un buen rato junto a la puerta sin ser capaz de actuar, pero por miedo a que Ana decida irse se acerca a ella despacio.

—Nunca debí dejar que nos separaran. Sé que te hice mucho daño, pero

espero que sepas que no ha habido un solo día en el que no me haya arrepentido —le dice sin poder mirarla a los ojos.

Ana da media vuelta y se sitúa frente a los grandes ventanales, que le muestran un mar tan quieto que podría ser un cuadro. Ahora mismo es lo único que le aporta la serenidad que necesita para no dar media vuelta y escapar antes de que sea demasiado tarde. Cloe es muy consciente de las ganas de huir de Ana, así que se acerca sigilosamente y se coloca detrás de ella. Cierra los ojos para sentir su olor, esa mezcla de colonia infantil y lavanda capaz de llevarla a otro mundo y que tanto ha echado de menos. Con mucha ternura alarga sus brazos y rodea su cintura con cuidado, esperando no ser rechazada. Lentamente la abraza y apoya su cabeza en su hombro, cerca del cuello. Se quedan así mientras sus respiraciones y los latidos de sus corazones se van acompasando. Ana está muy tensa y Cloe lo sabe, pero necesita tenerla cerca y hacerle sentir cuánto la ama. Quiere que sepa que, a pesar de los años, siguen siendo las mismas que tuvieron que separarse de un modo tan injusto y cruel, las mismas que se enfrentaron a una ruptura que las marcó a las dos para siempre.

Cloe la abraza cada vez más fuerte y sin poderlo evitar gira su cabeza para besar su cuello, el que tanto ha deseado en silencio. La besa como si fuera una pieza del cristal más frágil y recorre su cintura con sus manos. Aunque quisiera apartarla y preguntarle qué está haciendo, Ana va aflojando su cuerpo y siente el poder de los besos de Cloe, que le dicen más que las pocas palabras que han intercambiado. Emite un leve gemido de placer porque no lo puede remediar: sigue provocando en ella lo que ninguna de sus amantes le ha conseguido despertar. Cloe sigue avanzando por su cuello con suaves besos y desliza sus manos hacia sus pechos con delicadeza, tomándose su tiempo. Al alcanzarlos puede sentir la involuntaria excitación de Ana debajo del sujetador, y eso la anima a meter una de sus manos por debajo de su camiseta y acariciarla muy lentamente. La respiración de Ana se acelera cuando siente los dedos de Cloe rodeando uno de sus pezones e inclina el cuello buscando su aliento. Aunque sigue enfadada, la situación la supera y se da la vuelta para besarla en la boca. Sujeta su cara entre sus manos bien fuerte y funde sus labios con los de ella con rabia. Cloe tarda un breve instante en reaccionar, pero enseguida se deja llevar y le devuelve el beso con la pasión que ha reprimido durante más de una década. Sus bocas se reconocen y se encuentran, como también

lo hacen sus lenguas, que se entrelazan una y otra vez. Es un beso eterno que ninguna de las dos quiere que termine. Se besan ansiosas haciendo que la excitación de ambas vaya creciendo. Cloe empieza a deslizar de nuevo sus manos por el cuerpo de Ana, pero entonces esta se separa abruptamente.

—No puedo, lo siento —le dice recolocándose la ropa e intentando recuperar el aliento.

Cloe se queda petrificada, sabe que ha perdido el control y que cualquier cosa que diga podría empeorar las cosas. Se quedan frente a frente con la respiración acelerada, pero entonces Ana niega con la cabeza varias veces y vuelve a lanzarse a los brazos de Cloe. Ahora ya no hay marcha atrás.

Sin dejar de besarla, Ana le desabrocha la camisa arrancando alguno de los botones porque la impaciencia se ha apoderado de ella. Después se quita la camiseta y la tira al suelo mientras con sus besos guía a Cloe hacia la cama, donde esta cae de espaldas emitiendo un gemido de placer al anticipar lo que le espera. Ana baja la cremallera del lateral de la falda de Cloe y se la quita sin dejar de mirarla. Sus ojos están cargados de reproches pero también del deseo por poseerla y demostrarle lo que no debió perderse. La tiene a su disposición, y solo la ropa interior le impide ver su cuerpo al completo, pero lo sigue recordando perfectamente. Sin poderlo evitar, hunde la cabeza entre sus piernas y lame sus bragas sintiendo sus labios hinchados a través de la fina tela. Mientras los muerde suavemente, Cloe emite un jadeo que es casi un grito. Ana aparta con sus dedos las bragas hacia un lado y recorre con su lengua el sexo de Cloe despacio pero apretando fuerte para sentirla y que la sienta. Cloe le sujeta la cabeza para acercarla todavía más, pero entonces necesita besarla y se inclina hacia a ella buscando su boca. Se comen los labios mutuamente y sus lenguas chocan una vez más mezclando ahora el sabor del sexo de Cloe con sus salivas. Cloe se levanta decidida y se quita la ropa interior ante la mirada impaciente de Ana, que la espera tumbada sobre la cama. Completamente desnuda, se acerca a ella, le quita el resto de la ropa de un modo desafiante y se estira encima suyo para volver a besarla. Siente sus pechos duros contra los suyos y necesita lamerlos, tenerlos en su boca, así que baja recorriéndola con la lengua y se dirige a su pecho izquierdo mientras con la mano aprieta el derecho con fuerza. Lame su pezón y recorre el otro con los dedos, notando la humedad de su sexo contra el suyo. Ana le sujeta el

culo con ambas manos para acercarse más a ella y se mueve despacio marcando el ritmo perfecto con el que rozarse. Cloe sigue centrada en sus pechos: ahora lame el derecho y se lo mete en la boca mientras con su mano juega con el izquierdo. Ana acelera el movimiento de sus caderas y le aprieta las nalgas para que su amante cabalgue sobre ella. Cloe se separa un momento de sus pechos para mirarla a los ojos mientras se muerde los labios al pensar en lo mucho que la desea ahora mismo. Entonces, sin darle tiempo a reaccionar, la penetra con dos dedos y la mira retadora sabiendo cómo está disfrutando. Ana gime entregada y arquea la espalda ante tal estallido de placer. Cierra los ojos y, al sentirla en su interior con tanta la intensidad, le pide que siga, que no se detenga, que la folle más fuerte, algo que Cloe hace encantada. Entonces Cloe se arrodilla a los pies de la cama para poderse comer el sexo de Ana mientras la penetra a un ritmo cada vez más acelerado, y ella gime sin cesar y le coloca las piernas en los hombros para sentirla más adentro. Cloe está tan excitada al ver cómo Ana la busca que podría correrse en ese mismo instante, pero quiere darle más placer y acelera el movimiento de sus dedos y de su lengua. Está tan abierta esperándola que le mete otro dedo, que se desliza deprisa en su interior. Ana coge la almohada y se la pone sobre la cara para amortiguar sus gritos y no alertar a los vecinos de planta, pero sus gemidos ahogados lo único que consiguen es excitar más a Cloe y hacer que acelere el ritmo. Cuando no puede reprimirlo más, Ana se corre en la boca de Cloe, que siente su orgasmo y cómo su sexo atrapa sus dedos en su interior. Se queda quieta disfrutando de la escena, viendo cómo Ana retira la almohada y respira fuerte con los ojos cerrados. Cloe nunca la había visto tan hermosa como ahora, con la luz del sol reflejada en su cuerpo sudoroso y todavía tenso tras el orgasmo. Su cara está por fin relajada y no quedan señales de rencor. Lentamente saca los dedos de su interior y se queda de rodillas frente a ella observándola hasta que Ana abre los ojos y la mira con la ternura que tanto anhelaba.

Movida por un sentimiento visceral, Cloe sube encima de Ana y, sin darle opción a nada, se sienta sobre su cara para que pueda comprobar lo excitada que está. Ana la mira con la boca entreabierta, revelando la sorpresa que le provoca un descaro que le parece de lo más apetecible y sexy. Al tenerla así encima de su boca, Ana no duda ni un segundo lo que Cloe espera de ella, así que inclina ligeramente la cabeza hacia arriba y se

come su sexo como si se acabara el mundo. Cloe gime con el primer roce de la lengua de Ana, y no deja de hacerlo ante cada uno de los lametazos que recorren sus labios y su clítoris. Ana la chupa despacio, se recrea en cada rincón de su sexo, y Cloe está tan excitada por lo que ha presenciado poco antes que le anuncia gritando que está a punto de correrse. Eso excita a Ana todavía más y hace que intensifique los movimientos de su boca y de su lengua, que busque aumentar su placer para llevarla al límite. Cuando lo consigue, los gritos de Cloe la excitan tanto que la chupa fuerte para sentir cómo se corre en su boca. Es un orgasmo largo e intenso, y Cloe la coge de la cabeza para que no se mueva y aprieta sus rodillas contra sus sienes atrapándola en esa posición. Tras unos instantes así, las piernas de Cloe empiezan a perder fuerzas y cae rendida junto a Ana.

Tumbadas la una al lado de la otra recuperando el aliento, Cloe no es capaz ni siquiera de abrir los ojos. No sabe cuánto tiempo permanecen así, pero cuando tiene la energía suficiente, se gira y besa a Ana con dulzura. Después se abrazan con fuerza y se miran intentando decirse lo que ninguna de las dos se atreve a verbalizar en voz alta. Lo único que rompe ese momento mágico es el sonido de la nevera del minibar, que se activa para devolverlas a una realidad a la que no se quieren enfrentar. Cloe sabe que debe regresar con su marido y su hija, y Ana sabe que de nuevo va a sufrir al sentirse abandonada. A pesar de eso, se quedan en la cama durante más de una hora, compartiendo miradas y caricias con un cariño sincero. En más de una ocasión, Cloe la sujeta muy fuerte porque no quiere volver a alejarse de ella, y Ana reconoce el significado de sus abrazos.

Empieza a oscurecer y, muy a su pesar, saben que deben retomar sus vidas. Ana no le confiesa que esa noche ha quedado con su amante más reciente, con la que lleva meses citándose y compartiendo cama puntualmente, y mucho menos le dice que cancelará la cita porque necesita estar sola y aclarar las ideas. Cloe prefiere no contarle qué le espera al llegar a una casa vacía a pesar de la presencia de su hija y su marido. Se visten sin mirarse para evitar la tentación de olvidarse de todo y volver a entregarse al placer. Con la nostalgia de tener que abandonar una habitación donde hace unos instantes todo era posible para ellas. Cloe consigue disimular que le faltan un par de botones en la camisa y se estremece al pensar cómo han sido arrancados.

Después de pasar por recepción, salen a la calle y se miran con una

tristeza cómplice. Ya casi es de noche, la brisa del mar aumenta la sensación de bochorno, y Cloe piensa cuánto le gustaría ir con Ana a la playa y bañarse desnudas, pero no pueden, por más que eso la atormenta en estos momentos. Se despiden con un suave beso en los labios y avanzan en direcciones opuestas; Ana se va paseando a por su moto y Cloe coge un taxi para llegar a casa antes de que la llame Juan preguntando dónde está.

Durante el camino, Cloe revive con los ojos cerrados las últimas horas con Ana y se siente absolutamente removida por dentro. En más de una ocasión se plantea pedirle al conductor que dé media vuelta para ir a buscarla, pero no sabe dónde vive ni si tiene pareja, y eso la obliga a convencerse de que está haciendo lo correcto. Cuando finalmente llega al portal de su edificio, se recoloca la ropa e intenta disimular cualquier rastro de Ana. Aunque sabe que desprende un sutil aroma a sexo, no ha querido ducharse antes de salir del hotel porque es incapaz de borrar el olor a Ana de su cuerpo, ya que hoy necesita dormirse pensando que está a su lado.

Al cerrar la puerta y dejar las llaves en el mueble de la entrada, la invade una enorme sensación de soledad. Sabe que debería sentirse afortunada por tener a la familia perfecta esperándola, pero es una perfección incompleta porque le falta algo: le falta Ana. Hoy no besa a Juan al verle por miedo a que descubra el sabor de Ana en su boca, y la culpa hace que tampoco bese a su hija. Sabe que si no actúa con cierta normalidad podría perderlo todo, pero ya nada es normal desde su reencuentro.

Aunque se da cuenta de que no ha comido en todo el día, cuando su marido le sirve la cena remueve la comida intentando que se le abra el apetito y no tener que justificarse, pero eso solo logra provocarle unas náuseas que le cierran el estómago. Juan la mira con ojos reprobatorios, y si no le dice nada es porque Amanda está con ellos y no quiere que la niña sepa que algo no va bien. Es evidente que tienen una conversación pendiente y, aunque no tiene ni idea de cómo enfrentarse a ella, Cloe se repite que ha llegado el momento.

Mientras su esposo acuesta a la pequeña, Cloe aprovecha para servirse una copa de vino que le dé la valentía que tanto necesita ahora. Sabe que, cuando Juan vuelva a la cocina, le planteará lo que hasta hoy han estado evitando, y eso es algo que la aterra. Bebe con la mirada perdida, rememorando cada rincón del cuerpo de Ana y sonriendo ante las imágenes de su tarde juntas en la cama. Cuando Juan aparece minutos más

tarde, ella da un largo trago y cierra los ojos para coger fuerzas. En silencio, él se sirve una copa y también bebe esperando descifrar qué le oculta su esposa. Sabe que la situación entre ellos es insostenible, pero en el fondo teme que lo que pueda decirle ponga fin a una relación en la que él se siente feliz y seguro. Finalmente se arma de valor y le pregunta sin mirarla si todavía le quiere.

Cloe no sabe qué responder. Piensa que por supuesto le quiere, que ha sido su compañero durante los últimos años, que es el padre de su hija y que siempre la ha tratado con respeto y la ha hecho sentirse amada. Pero no es capaz de confesarle la verdad completa: que aunque se siente querida no está enamorada de él, que a quien ama es a Ana, la mujer a la que nunca debió dejar. Juan desconoce la existencia de Ana, pues Cloe nunca le ha hablado de ella y está convencida de que sus padres tampoco, porque es algo que borraron de su memoria para que un hecho tan escandaloso no formara parte de los recuerdos de una familia que siempre ha buscado la perfección. Cloe sabe que está tardando demasiado en responder y coge aire para soltar algo que lo cambiará todo, pero en ese preciso instante la pequeña Amanda entra en la cocina llorando porque ha soñado con un terrible monstruo.

Cloe corre a abrazarla y la consuela diciéndole que los monstruos no existen, pero está tan alterada que ni ella ni su marido consiguen calmarla y se miran preocupados porque nunca antes la habían visto así. Está tan agotada que, para intentar dormirla, la llevan a su dormitorio y la meten en su cama para que se sienta protegida. Tumbados cada uno a un lado de la niña, Cloe y Juan la acarician en silencio hasta que, pasados unos minutos, se le cierran los ojos y empieza a respirar profundamente. Al ver que Amanda les sujeta las manos a los dos con fuerza, Cloe se plantea si los miedos de la niña son un reflejo de algo que haya podido intuir en los últimos días. Ha hecho grandes esfuerzos para que no se diera cuenta de nada, pero quizá pecó de ingenua y le rompe el corazón pensar que su hija pueda estar sufriendo por su culpa.

Con lágrimas en los ojos y tal vez en un acto de cobardía, Cloe se da cuenta de que no puede dar el paso que la hubiera hecho feliz, no a costa de la felicidad de su hija. Al levantar la vista ve que Juan la mira esperando a que responda a su sincera pregunta, y por más que desearía hablar con franqueza le dice a media voz, para no despertar a Amanda, que los quiere mucho y lamenta haber estado tan estresada por temas de trabajo. Sin

demasiada efusividad, le cuenta que la han ascendido, que no se lo dijo antes porque sabía que estaba muy ocupado con su último caso. Juan respira aliviado y le dice que solo quiere lo mejor para ella y que se alegra por su nuevo logro porque sabe que se lo ha ganado. Cloe puede intuir que desearía abrazarla, pero por suerte la presencia de su hija le impide acercarse. Juan se incorpora para besarla, pero en un acto reflejo Cloe se gira para apagar la luz de la habitación y evita así traicionar el recuerdo de los labios de Ana. En la más completa oscuridad y sin soltarle la mano a su hija, escucha el largo suspiro de su marido y cierra los ojos sabiendo que el monstruo de sus mentiras no la dejará dormir.

A altas horas de la madrugada sigue dando vueltas en la cama sin dejar de pensar en Ana, en un encuentro que ha sido lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. De repente necesita estar sola y, sin importarle si Juan está tan desvelado como ella, se levanta y se dirige a la cocina buscando un poco de privacidad. Al ver la copa de vino que dejó a medias le da un largo trago imaginando cómo hubieran cambiado las cosas de haberse permitido ser sincera a pesar de todo, y tiembla al pensar que, más allá del rechazo de su marido, ahora posiblemente estaría entre los brazos de la mujer a la que tanto ama. Vacía el resto de la botella en su copa y bebe para convencerse de que ha hecho lo mejor por el bien de su hija, pero por más que se repite que debe asumir que su historia de amor es imposible no puede negar sus sentimientos y no sabe si sacrificarse es la herencia que le quiere dejar. Empieza a amanecer y sigue dándole vueltas a lo mismo una y otra vez, y con la mente un poco nublada por los efectos del alcohol sumada al cansancio y a un estómago vacío, se libera de cualquier sentimiento de culpa y se reencuentra con su verdadero yo. Y entonces, solo entonces, coge el teléfono y escribe a Ana sin pensar en nada.

No puedo quitarme de la cabeza tu cuerpo, tu olor, tu sabor. Necesito más. Te necesito.

Ana responde enseguida y Cloe permanece en línea para leer lo que le escribe.

Te espero mañana al mediodía en el hotel.

El ultimátum de los padres de Cloe fue claro: o se olvidaba de Ana o renunciaba a ellos. Intentó que entraran en razón, hacerles ver que su amor era sincero y que no había nada malo en querer a una mujer pero, a pesar de sus llantos y sus gritos desesperados, ellos mantuvieron su postura y le mostraron la puerta amenazantes.

De haber sido valiente hubiera apostado por Ana, la mujer a la que amaba con locura, pero optó por lo seguro porque en ese momento no era capaz de arriesgar todo aquello por lo que había luchado durante tantos años. Y aun sabiendo que se arrepentiría de por vida, cuando finalmente pudo excusarse y esconderse en su habitación, escribió a Ana.

Lo siento. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras pero tengo que decirte adiós.
Sé que me odiarás por esto pero es lo que debo hacer. Por favor, no intentes contactar conmigo.
Te querré siempre.

Tras mandar el mensaje, Cloe rompió en un llanto que parecía arrancarle la vida. De repente no tenía lo que más amaba y sabía que le estaba causando a Ana un dolor del que no era merecedora. Podía visualizar cómo le había roto el corazón, pero tenía demasiado miedo para dar marcha atrás.

Esa noche no durmió ni un segundo fantaseando con un mundo en el que se había enfrentado a sus padres. Pero la realidad era otra, y acababa de apartar de su lado a la única persona que una vez le preguntó si era feliz. Ana no llegó a responder a su mensaje, y Cloe interpretó su silencio como un gesto más de su amor por ella, sabiendo que, aunque posiblemente se planteó intentar convencerla, no le dijo nada para respetarla. Eso la hizo llorar más profundamente, sintiéndose egoísta y despreciable por haberla abandonado y porque desde el silencio Ana aceptaba una decisión que les arruinaba la vida a las dos.

Al día siguiente Cloe permaneció en la cama sin poder dormir, comer o ni siquiera levantarse. No le importó lo que sus padres podían estar pensando, porque al fin y al cabo tenían lo que habían pedido y los odiaba por eso. Su madre se acercó a su puerta al mediodía pero Cloe la echó gritándole que la dejara tranquila, que una vez más habían conseguido

hacerla infeliz.

Cloe pasó el resto de la bendita Semana Santa en su habitación evitando cualquier contacto con sus padres y, cuando a media noche sabía que ellos ya se habían acostado, bajaba a la cocina y se preparaba una infusión, lo único que era capaz de ingerir. Después volvía a su cuarto y se tiraba en la cama sin llegar a ducharse para no borrar el recuerdo de Ana de su cuerpo. Muchas veces deseó mandarle un mensaje o llamarla, decirle que había cambiado de opinión y que la esperara en su casa, pero la amenaza de sus padres pesaba tanto como sus miedos.

Sin darse cuenta llegó la hora de volver a la facultad, y no tuvo más remedio que prepararse para retomar unas clases que le provocaban un rechazo absoluto. Rosa se reincorporó al trabajo y la cuidó sin llegar a preguntarle el motivo de su tristeza, pero había tal conexión entre ellas que Cloe sabía que podía sentir su dolor como si fuera propio. Cumplía con sus horarios sin cuestionarse nada, y frenó cualquier impulso de ir a la biblioteca que tantos recuerdos le traía. Al finalizar cada jornada volvía a casa, estudiaba y cenaba con sus padres en el más absoluto de los silencios. A esas alturas eran conscientes de que su hija había tomado la decisión que ellos consideraban acertada, pero Cloe cada día tenía más claro que había elegido el peor de los caminos.

Con el paso de las semanas, Cloe perdió mucho peso y empezó a tener fuertes ataques de ansiedad que le impedían seguir estudiando con normalidad. A veces se ocultaba en el baño de la facultad y conseguía calmarse antes de volver a clase, pero en otras ocasiones el sudor frío, la taquicardia y la falta de aire la obligaban a refugiarse en su coche hasta que lograba tranquilizarse. A su madre le empezó a preocupar —por lo menos de eso sí que se dio cuenta— ver que su hija cada vez parecía más ausente, que estaba muy desmejorada y que llegaba antes de la hora prevista, así que le concertó una cita con un psicólogo que le recomendaron unos amigos. Aunque Cloe rechazaba someterse a terapia y sabía los motivos de su ansiedad, aceptó ir porque los ataques eran cada vez más seguidos e intensos y temía perder la cabeza.

En su primer encuentro con el psicólogo, un hombre mayor con una imagen tan antigua como la decoración de su despacho, Cloe casi no habló porque no le despertó la más mínima confianza. Escuchó atenta sus teorías mientras analizaba los libros de sus estanterías y los títulos que colgaban

de las paredes, y después fue a ver al psiquiatra de la misma consulta, que le recetó unas pastillas que supuestamente aliviarían sus síntomas.

Cloe siguió con sus clases tomando apuntes de temas que no le interesaban en absoluto y, al notar la más mínima reacción en su cuerpo, recurría a su pastillero esperando el milagro. Una vez por semana regresaba a la consulta del psicólogo sin demasiadas ganas, pero cuando ese desconocido intentó convencerla no muy sutilmente de que lo que había vivido con Ana no era lo normal y que podía ayudarla a corregir ciertos instintos, Cloe se negó a volver.

Para evitar tener que darles explicaciones a sus padres, Cloe fingió estar «curada» y sentirse mejor gracias a la terapia. Por lo menos así la dejaron tranquila sufriendo en silencio un dolor que no podía compartir con nadie.

Pasaron los meses, los cursos, y Cloe logró sacarse la carrera de Derecho con muy buenas notas. Al fin y al cabo era una chica inteligente y lo único que había hecho durante todo ese tiempo era estudiar, refugiarse en su cuarto evitando al máximo el contacto con sus padres y esquivar la ansiedad con una medicación que a veces la dejaba aturdida, pero nunca olvidó que sus logros eran el resultado de sus renunciaciones.

Cuando se licenció, su padre organizó una gran fiesta en su honor y, aunque Cloe hubiera preferido ausentarse, hacía demasiado tiempo que vivía con el piloto automático activado. Brindó con falsos amigos y con los pocos familiares que tenían y aceptó regalos que no compensaban su infelicidad.

Al día siguiente de la gran celebración, su padre la citó en su despacho y le propuso orgulloso que se incorporara a su bufete como reconocimiento a su gran esfuerzo, pero Cloe le dijo que prefería irse al extranjero para hacer un máster y perfeccionar su inglés. En realidad, lo único que quería era alejarse de ellos, perderlos de vista y vivir en un estado de semilibertad antes de volver a someterse a unas exigencias que la estaban ahogando, pero fue lo suficientemente astuta como para saber venderlo bien.

A su padre le pareció una gran idea y no tardó en matricularla en una de las más prestigiosas universidades privadas de Londres para que mejorara un currículum del que a la larga se iba a beneficiar. Cloe preparó un par de maletas con sus pertenencias y viajó a la gran capital británica con el alivio de saber que durante dos años no vería a sus padres a menos que decidieran visitarla, cosa que no deseaba y que tampoco parecía demasiado probable.

Al poco de aterrizar, se instaló en el piso que le habían alquilado en el centro de Londres y allí empezó una nueva etapa de su vida. Pero para Cloe no era del todo nueva porque había un elemento de continuidad, algo que la retenía en el pasado: Ana. Hacía casi tres años que no sabía de ella, y en todo ese tiempo no se la había quitado de la cabeza. No había salido con nadie ni había mostrado el menor interés cuando alguno de sus compañeros de promoción había intentado seducirla porque, a pesar de su terrible decisión, su corazón seguía estando ocupado. Desde el día en el que le mandó el durísimo mensaje del que tanto se arrepentía, Ana no volvió a ponerse en contacto con ella, pero eso no impidió que no dejara de recordarla y de revivir cada uno de sus encuentros.

Cloe se adaptó enseguida a la vida londinense y al finalizar sus clases pasaba por el apartamento a dejar los libros y salía a recorrer la ciudad. Sus padres solían llamarla una vez por semana, no más, para saber de sus avances en el máster y para asegurarse de que sus necesidades estaban cubiertas, y en cada una de las llamadas Cloe fingía estar perfectamente. Pero lo cierto era que al llegar la noche se metía en la cama y lloraba al sentirse atrapada por una soledad que la ahogaba. En más de una ocasión se planteó renunciar a todo e intentar localizar a Ana, pero el vértigo hacia lo desconocido la superó y siguió cumpliendo con lo que se esperaba de ella. Pasó el primer año como pudo y, ocultando su dolor, superó cada uno de los exámenes con nota. Era una de las mejores de la promoción y el idioma no le suponía ningún problema porque lo hablaba a la perfección, pero ni los halagos de sus profesores le hicieron sentir que encajara en ese mundo.

Al llegar el verano prefirió no volver a España porque la idea de convivir de nuevo con sus padres le provocaba el mayor de los rechazos, así que les dijo que iba a aprovechar las vacaciones para seguir estudiando y se quedó en la ciudad. Asistió a varios seminarios e hizo alguna escapada en solitario para descubrir pueblecitos cercanos, pero la mayor parte del tiempo lo pasó encerrada en su apartamento recordando a Ana. Para mitigar el dolor, a veces le escribía cartas que luego quemaba, y por lo menos de ese modo sentía que había podido expresarle todo lo que sentía por ella. A menudo imaginaba qué habría sido de Ana, si terminó la carrera de Bellas Artes, si seguía en Barcelona, si la habría perdonado, si estaba con alguien... pero esto último era demasiado doloroso, así que intentaba revivir el tiempo compartido y soñar que, como ella, Ana seguía deseando

volver a verla.

Pasadas unas semanas, Cloe se reincorporó al máster con la única idea de superar el último curso antes de ser esclava de su propio padre. Estaba convencida de que le pagaría un buen sueldo cuando trabajara para él, y ya le habían prometido que al regresar a Barcelona compensaría su esfuerzo regalándole un piso, pero eso solo la hacía sentirse sucia por aceptar que la compraran. Y si no se enfrentó a ellos fue porque vivía como una sonámbula que deambulaba sin rumbo y prefería no juzgarse más para no caer en una depresión.

Con las clases volvió la rutina, y por lo menos el hecho de estar ocupada estudiando la ayudó a no pensar tanto. Al caer la noche todo le resultaba mucho más duro, pero acabó acostumbrándose al silencio y a la soledad.

Un sábado de principios de otoño aprovechó que la lluvia constante parecía tomarse un respiro para salir a pasear por el barrio de Notting Hill, donde tantas horas había perdido recorriendo sus calles. Al pasar por una pequeña galería de arte en la que se exponían obras de artistas internacionales, entró movida por un impulso repentino. Gracias al recuerdo de Ana se había hecho una gran amante del arte contemporáneo y le gustaba visitar exposiciones para estar al día. Recorrió cada una de las paredes observando las obras hasta que una de ellas le removió las entrañas. Enseguida reconoció los trazos y, al leer el nombre de la autora, confirmó sus sospechas: era un cuadro de Ana. Se giró deprisa por si estaba allí, pero ella y el encargado de la galería eran los únicos presentes. El mundo empezó a darle vueltas al ver que Ana podía estar cerca, y cuando consiguió calmarse preguntó por la autora. El chico le dijo que era una española que vivía en Londres y que empezaba a despuntar gracias a sus atrevidos retratos, pero a pesar de las preguntas inquisitorias de Cloe no consiguió darle más información porque no sabía ni dónde vivía ni cuándo iba a aparecer por la galería.

Cloe llegó a su apartamento con el cuadro de Ana, que había comprado sin dudarlo ni cuestionar su precio. Lo puso encima de su mesita de noche y se durmió analizando con detalle el retrato de un desconocido con el que Ana seguramente habría compartido largas charlas antes de plasmarlo en el lienzo. Al día siguiente volvió a la galería, pero de nuevo no había rastro de Ana. Cloe no se rindió y siguió presentándose en la galería cada tarde al terminar sus clases intentando coincidir con ella, como años atrás había

hecho en la biblioteca.

A veces entraba y revisaba la obra de los otros artistas, pero en la mayoría de las ocasiones se sentaba en la cafetería de enfrente con la mirada clavada en la puerta de la galería esperando verla entrar. Si alguien se había dado cuenta de sus constantes visitas, pensaba Cloe, creería que era una acosadora o que estaba obsesionada con alguno de los cuadros, pero cuando uno está en una ciudad extranjera tiene menos miedo a ser juzgado, y por eso siguió presentándose allí una y otra vez. Pasaron varias semanas y solo faltó cuando tenía que entregar trabajos o preparar algún examen, porque era incapaz de tirar la toalla.

Al acercarse la Navidad sus padres le propusieron celebrar las fiestas juntos en Ibiza, pero Cloe rechazó su oferta escudándose en sus estudios. Además, sabía que tampoco a ellos les apetecía especialmente verla y que se lo habían dicho para no sentirse mal por no elegir Londres como destino.

Esas fechas tan señaladas y cargadas de recuerdos fueron las más difíciles para Cloe, que decidió no hacer nada especial ni en Navidad ni en Fin de Año y se esforzó para que las luces y los adornos que decoraban las calles y los escaparates de las tiendas no la arrastraran a un estado de profunda tristeza.

A primeros de enero, habiendo ya retomado las clases, una tarde entró nuevamente en la galería, cuya obra se sabía de memoria, y saludó al encargado con esa extraña familiaridad que da coincidir con alguien a menudo. Para su sorpresa, había un nuevo cuadro ocupando el espacio vacío que quedó al comprar el de Ana, el que ahora reposaba en su mesita de noche.

Esbozos de «Tú». Así firmaba Ana una serie de láminas en las que había una sola protagonista: Cloe. Eran los mismos apuntes que Ana había hecho sin dejar de mirarla años atrás, y Cloe sintió un pinchazo en el alma al reconocerse. Se quedó inmóvil frente a los dibujos con un sentimiento mezcla de halago y nostalgia, y decidió comprarlos porque sabía que en el fondo le pertenecían, pero cuando se giró para notificárselo al encargado chocó de bruces con ella. Ana finalmente estaba allí.

Cloe no sabe cómo se las ingeniará para poder estar en el hotel al mediodía, pero tiene muy claro que no renunciará a Ana una vez más. Desde que ha recibido el mensaje, es incapaz de dormir, así que pasa la noche en vela tramando un plan para escaparse de sus obligaciones del día siguiente y acudir a la cita. Después de valorar y descartar varias opciones, la que le resulta más apropiada para no levantar sospechas es ir a la agencia y decirle a su ayudante que al mediodía tiene una reunión con unos posibles clientes. Es una excusa que ya ha utilizado en los últimos días pero, tal vez cegada por su deseo de ver a Ana, le parece la más convincente, y eso consigue relajarla un poco. Ahora solo le queda esperar que amanezca para intentar aparentar una normalidad que hace días que dejó de serlo.

Cuando finalmente suena el despertador, Juan ya se está arreglando en el baño para afrontar un nuevo día, ajeno a los planes su esposa. Ella se despereza y observa a su hija dormida a su lado, y teme que sus elecciones puedan afectarla pero, para reafirmarse, decide que algún día lo único que valorará Amanda será ver que su madre es feliz. La despierta con suavidad para que inicie un nuevo día con su sonrisa habitual, y cuando la niña abre los ojos le recuerda que debe prepararse para ir a la escuela. Mientras Juan sigue con lo suyo, Cloe se ocupa de su hija y se tranquiliza al ver que está de buen humor y que ha olvidado la pesadilla. Juan aparece enseguida oliendo a *aftershave*, Cloe le besa en la mejilla, les desea a ambos un feliz día y se retira a la habitación para arreglarse.

Sabe que no es un día cualquiera, así que elige su ropa con esmero para su nuevo encuentro con Ana. Tras descartar varios conjuntos, opta por un pantalón de tallo alto negro que resalta su cintura, una camisa roja de seda con un pronunciado escote y unas sandalias negras de tacón que muestran sus uñas perfectamente esmaltadas en tono granate. Después se da una ducha rápida porque el tiempo apremia, se deja el pelo suelto para que se seque al aire y se maquilla un poco para disimular la falta de sueño.

Hoy no le apetece meterse en el metro y mezclarse con la gente, por eso se permite el lujo de coger el primer taxi libre, indicándole al conductor la

dirección de la agencia. Por suerte para Cloe, el dinero nunca ha sido un problema, pero siempre que puede intenta ir en metro para estar al día de las tendencias de la calle y, por supuesto, para ahorrarse atascos. Cuando llega, su ayudante la piropea por su estilismo, y eso la hace sonrojarse porque teme que sea demasiado evidente que se ha arreglado para una ocasión especial, pero acepta el halago con timidez y se oculta enseguida en su despacho.

Revisa las propuestas de sus colaboradores para el anuncio del perfume al que tanto tiempo ha dedicado y que mañana debe presentar ante los clientes, pero hay detalles que no la convencen y le comunica por mail a su equipo que espera algo diferente y tentador. Sabe que se juega mucho y que debería quedarse trabajando hasta tarde, pero la idea de la campaña está clara y, de no ser así, ahora tiene otras prioridades. Desearía mandar un mensaje a Ana para hacerle saber lo impaciente que está por verla, pero ya se han escrito un par de veces para concretar la cita y prefiere tomarse las cosas con calma.

A la hora de comer, Cloe le comenta a su ayudante que tiene una reunión por la tarde con unos clientes —men-tira— y que no volverá al despacho hasta el día siguiente. Después recoge sus cosas, apaga el ordenador y sale del edificio con prisas. De nuevo opta por coger un taxi y se dirige al hotel, el lugar donde hubiera querido estar desde que recibió el mensaje de Ana.

Cuando entra en el *hall*, avanza decidida hacia el ascensor para no tener que dar explicaciones y, al llegar a la habitación donde la espera lo que más desea en el mundo, se detiene y no se atreve a moverse. Se queda un buen rato observando el número grabado en la puerta y piensa en lo que está en juego si la cruza. No sabe si llamar con fuerza, si rozarla con los nudillos o si debería salir corriendo antes de que sea demasiado tarde, pero entonces su teléfono anuncia la llegada de un mensaje.

¿Dónde estás?

Pregunta Ana.

Aquí.

Responde Cloe como puede, porque está temblando.

Los pasos de Ana se acercan a la puerta, que se abre para recibirla. Cloe

baja la cabeza como si estuviera haciendo algo malo, y Ana es consciente de lo mucho que le ha costado llegar hasta allí. Le coge la mano y la ayuda a entrar dejando que la puerta se cierre automáticamente tras ellas. Cloe es incapaz de mirarla: solo ve la cama al fondo de la habitación, y eso la hace temblar todavía más. Por un instante se plantea decirle que ha cometido un error y que tiene que irse, pero algo la mueve a lanzarse a los brazos de Ana y a sujetarla bien fuerte. Ana le devuelve el abrazo e intenta tranquilizarla acariciándole la espalda despacio, y Cloe empieza a relajarse y deja caer su bolso al suelo para poder sentirla mejor. Es el primer momento del día en el que por fin se reconoce, en el que no hay nada que la impida sentirse feliz, y respira hondo para librarse de todas las cargas que ha acumulado hasta ahora.

Por fin no tiene prisa, por fin todo encaja en su mundo y en su interior, así que, sin querer ocultarlo más, le susurra al oído que la ama. Ana es incapaz de decir nada porque está conmovida por la sinceridad de Cloe, y simplemente la aprieta entre sus brazos confesándole lo que siente por ella con ese gesto. Siguen allí la una contra la otra durante un buen rato. Finalmente Ana decide tomar la iniciativa y la coge de la mano y la acerca a la cama. Aunque la desea muchísimo, en ese momento lo único que quiere es tumbarse a su lado y abrazarla fuerte, y al hacerlo Cloe rompe a llorar completamente vulnerable y frágil. Ana sabe cómo se siente y, acariciándola con mucha ternura, le susurra que no tema, que están juntas y que todo irá bien. Sus palabras solo consiguen que Cloe lllore con más intensidad, y a Ana le duele hacerla sentirse tan culpable.

—Cariño... no pasa nada... Solo quiero verte feliz, y si crees que esto es demasiado podemos olvidarnos de todo, retomar nuestras vidas... —le dice con una honestidad que le resulta incluso amarga.

—No, no... —responde Cloe entre sollozos.

Entonces la besa mientras le repite que la ama, que si de algo se arrepiente es de no haberla buscado antes. Ana la sujeta con todas sus fuerzas, pero Cloe sigue llorando y es incapaz de parar. Por fin ha conseguido desatar el nudo que tanto le apretaba el esófago y el corazón y, aunque siente una tristeza inmensa, se siente extrañamente liberada.

Lentamente se va tranquilizando y respira como una niña indefensa, con pequeños espasmos que Ana suaviza acariciándola y besándola en la frente.

Reposan juntas, la una con la otra, la una en la otra. No necesitan decirse

nada porque saben a qué se enfrentan. No necesitan hacer el amor para sentirse más cerca íntimamente porque lo más importante para ambas en este momento es el tiempo precioso que pueden compartir ajenas a todo y a todos.

Sin que ninguna haya sido consciente del paso de las horas, empieza a oscurecer en la habitación. Solo entonces piensan en tener que volver a despedirse, en separarse, pero ninguna es capaz de moverse y romper el abrazo. Cloe está agotada y no puede ni pensar; sabe que debería volver a casa con su marido y su hija, pero no tiene fuerzas para mirarles a los ojos y seguir mintiendo. Ana sabe que la familia de Cloe la estará esperando y que ella tiene una cita con su actual amante —no la considera algo tan formal como una novia— y no debería cancelarla como hizo la última vez. Eso es lo que les dicta su cabeza, lo que deberían hacer, pero su corazón sigue en la habitación.

—Quédate conmigo esta noche —le susurra Cloe al oído.

A Ana se le corta la respiración al ser consciente de las posibles consecuencias de sus palabras.

—¿Estás segura? —le responde a media voz.

—Nunca he estado más segura de nada —le dice girándose para mirarla a los ojos.

Entonces Ana la besa apasionada pero lentamente, para agradecerle el gesto, para recompensar su valentía, para hacerle saber lo mucho que la ama. Cloe le devuelve el beso y recorre su cara con los dedos, mirándola a los ojos para asegurarse de que realmente está aquí con ella. La acaricia despacio, recordando con las manos y la mirada un rostro que casi no ha cambiado. Tiene dos pecas nuevas y alrededor de sus ojos empiezan a asomar pequeñas arrugas, como las que ella también luce desde hace un par de años, pero son únicamente visibles a muy corta distancia, como la que ahora las separa. Cloe siente una leve punzada en el estómago al pensar que alguien más pueda haberlas descubierto antes que ella, y sin poderlo remediar aparta la mirada por un momento para alejar los celos. Ana se da cuenta pero prefiere no preguntar qué le preocupa: sabe que en estos momentos Cloe se enfrenta a demasiadas cosas y que es mejor no remover las heridas.

Pasados unos instantes prudenciales, Ana la busca de nuevo con sus manos y acerca la cara de Cloe a la suya para volver a besarla. No puede

evitar hacerlo ahora que está entre sus brazos. Ella también ha deseado durante demasiado tiempo tenerla así, y esta vez le da un beso suave pero húmedo y la sujeta por la nuca para sentirla más cerca. Cloe se deja llevar y le devuelve el beso metiendo su lengua en la boca de Ana. Todavía se siente débil y muy frágil, pero necesita su contacto como nunca. Sin darse cuenta, el beso va creciendo y con él el deseo que sienten de hacer el amor. Cloe se desliza hasta estar encima de Ana, y por primera vez se da cuenta de que lleva un vestido negro escotado y que en algún momento se ha descalzado. La sigue besando y la acaricia despacio, pasando su mano izquierda por el lateral de sus costillas y apartando con la derecha su pelo para poder lamerle el cuello. La piel de Ana se eriza ante el roce de sus dedos y su excitación va creciendo ante cada caricia y cada beso. Cloe le muerde el labio con más fuerza de la que pretendía y Ana emite un ligero quejido, pero enseguida le coge la cara con sus manos para que no se detenga. Cloe la besa entonces con intensidad y vuelve a meter la lengua entre sus labios para indicarle lo mucho que la desea, y Ana desliza las manos por su espalda y empieza a retirarle la blusa roja que ahora no hace más que entorpecer. Cloe se aparta un poco para subirle el vestido buscando sus pechos. Los lame y los acaricia con una mano mientras con la otra se libra del vestido, y vuelve a acercarse a Ana y la mira peligrosamente, con esa mirada de deseo que Ana tanto conoce y que tanto la excita. Cloe se relame el labio inferior mientras Ana, que necesita volver a perderse en sus labios, le sujeta la cara con ambas manos para que no vuelva a alejarse. Ruedan por la cama enlazadas en un abrazo hasta que Ana se coloca encima de Cloe, apretando sus caderas contra las de ella. Cloe quiere sentir su cuerpo, así que se desabrocha el pantalón y se lo quita sin dejar de besarla. Ya solo separadas por la ropa interior, se siguen besando y recorriendo sus cuerpos con las manos mientras se les acelera el pulso y la respiración empieza a mezclarse con leves gemidos que solo consiguen retar al apetito de ambas. Se acarician los pechos mutuamente sin separar sus labios, se recorren la espalda, el culo, lamen sus cuellos, y Ana la sujeta por los muslos para que la rodee con sus piernas y poder así acercar más sus sexos. Ana empieza a moverse encima de Cloe, que le coge las nalgas y la aprieta contra ella. Las dos se mueven acompasadamente, todavía besándose, lamiéndose, chupándose los labios e incluso a veces mordiéndose los labios. Ana le quita el sujetador a Cloe sin demasiado problema, después hunde su cara entre sus

pechos y los recorre con su boca y su lengua. Se ayuda con la mano para meterse el pecho izquierdo de Cloe en la boca y chuparlo muy fuerte, y ella no puede evitar gemir de placer. Ana cambia entonces de pecho y hace lo mismo, y de nuevo Cloe gime deseando más. Mientras Ana devora sus pechos, Cloe le quita el sujetador un poco más torpemente y finalmente es ella quien le come los pechos con un ansia que no puede calmar a pesar de metérselos en la boca cada uno a su turno. Ahora es Ana la que gime, y Cloe la imita al escuchar su sonido, porque eso la excita tanto como sentir sus manos en su cuerpo. Ana empieza a bajarse las bragas para quitárselas y, al verla, Cloe hace lo mismo con las suyas. Por fin están completamente desnudas y ahora es Cloe quien coge a Ana y la ayuda a incorporarse indicándole que se siente encima de ella. Entonces acerca su sexo al de Ana y busca un contacto lo suficientemente íntimo como para que las dos puedan notar la humedad de la otra. Cloe se mueve despacio levantando su cadera para intensificar el roce, y Ana lo agradece con sus gemidos. Se mueven las dos intentando alargar el momento, aunque lo que desearían es acelerar el ritmo. Ana se acerca a Cloe para besarla y ella apoya su espalda en el cabecero de la cama para poder recorrer con sus dedos el cuerpo de Ana mientras vuelven a besarse con una pasión que empieza a desbordarlas a ambas. No tienen suficientes manos para tocarse lo que quisieran y se precipitan moviéndolas de un lado a otro. Ana se separa por unos instantes que a Cloe se le hacen eternos y le levanta la pierna derecha para pasar la suya por debajo y permitir que sus sexos encajen mejor. Cloe se inclina un poco hasta que el roce es perfecto, y se mueven a la vez para frotar sus sexos y sentir un placer que ninguna ha sentido en mucho tiempo. Aceleran más el ritmo, apoyando las manos en la cama para no perder el equilibrio y poderse acercar más y aumentar un gozo que está haciendo crecer los gemidos que resuenan en una habitación completamente a oscuras. Y cuando están a punto, se buscan las bocas y se besan apasionadamente hasta llegar al orgasmo gritando sus nombres. Alargan el momento tanto como pueden, y después permanecen quietas en silencio completamente abrazadas.

Cuando sus respiraciones empiezan a recobrar el ritmo normal, rompen a reír al unísono y se sujetan muy fuerte. Están completamente sudadas y sus cuerpos se pegan y se acoplan como nunca. Reposan un rato así, sonriendo, riendo, acariciándose y besándose. Después, separan despacio las

piernas mirándose con la tentación de seguir, pero están agotadas y Ana se estira sobre Cloe. Todavía tienen el corazón acelerado y les falta el aliento, pero siguen sonriendo y se acarician y besan a menudo.

Pasado un tiempo, Cloe tiene la suficiente fuerza para hacer algo que le sale del alma. Le coge a Ana la cara con ambas manos y, tras asegurarse de que la mira a los ojos, le confiesa lo que siente con una seguridad absoluta.

—Te quiero, y esta vez no te voy a perder.

Ana cierra los ojos e intenta reprimir las lágrimas, pero no lo consigue. Nunca se ha mostrado tan vulnerable con nadie, pero Cloe tiene este efecto en ella. Con los ojos húmedos, y tras intentar evitarlo por miedo a volver a sufrir, no puede remediar decirle la verdad.

—Yo también te quiero, y esta vez no voy a permitir que te vayas.

Entonces juntan sus labios y los aprietan profundamente, sellando la promesa. Saben que ahora ya no hay marcha atrás.

El teléfono de Cloe empieza a sonar desde el interior de su bolso. No sabe si lleva tiempo haciéndolo, pero en el fondo no le importa y por primera vez en años decide olvidarse de todos. Al ver que las llamadas son cada vez más insistentes, Ana le pregunta si está segura de no ir a cogerlo, y Cloe le dice que esta noche es suya y de nadie más.

Aunque resulte extraño, Cloe no se siente mal por no responder: su intuición le dice que la niña está bien y sabe que seguramente es Juan preguntándose dónde está, pero hoy se siente egoísta y se permite serlo.

Después de un silencio incómodo, Cloe intenta retomar el buen ambiente y propone pedir algo para cenar. Están hambrientas y deciden centrarse en eso y olvidarse del resto. Rememorando tiempos pasados, optan por el sushi, y mientras esperan a que llegue, Cloe prepara un baño en el que poder relajarse las dos. Sonríe al pensar las horas que han debido de pasar juntas en una bañera desde que se conocen, y eso le transmite una sensación de familiaridad que la reconforta. Ana la observa desde la cama y también se le dibuja una sonrisa al verla preparar algo especial, y aunque por un instante la invade el dolor del tiempo en el que sufrió por la ausencia de Cloe, decide vivir el momento y se queda obnubilada ante su presencia y la alegría con la que se mueve.

Cuando llaman a la puerta, Cloe se pone uno de los albornoces que reposan en la encimera del baño y sale a abrir. El camarero finge no ver que Ana aparece completamente desnuda y se estira sobre la cama, y

entrega el pedido con tanta incomodidad que se le olvida esperar propina. Al cerrar la puerta, Cloe mira a Ana cómplice.

—Veo que te gusta provocar... —le dice sugerente.

—Solo a ti... —responde Ana con una mirada que es una invitación.

Cloe deja la bandeja de una cena que no importa si se enfría, se quita el albornoz y se queda plantada mirando a Ana desafiante.

—¿Vienes o voy? —le dice descarada.

Ana alarga el dedo índice y lo mueve hacia a ella para que Cloe se acerque a la cama.

—¿Sabes lo mucho que te he echado de menos? —le pregunta con cierta ingenuidad al tumbarse frente a ella.

—No —responde Ana sincera y sin rencor.

Cloe se acerca y la besa con mucha ternura.

—No ha habido día en el que no haya pensado en ti, y en este preciso instante soy la mujer más afortunada y feliz del mundo —le dice Cloe sin dejar de mirarla a los ojos.

Ana la conoce perfectamente y sabe que no miente, así que la besa y le susurra al oído que ella también es muy feliz. Después la ayuda a darse la vuelta para hacer que sus cuerpos encajen y la rodea con sus brazos. Ana acaricia a Cloe a menudo y la besa en el cuello, y ella responde besándole la mano e inclinando la cara para recibir sus besos. Están tan a gusto que, para evitar quedarse dormidas y desaprovechar su noche, Cloe se levanta a por la cena. Comen en la cama sin dejar de mirarse, intercambiando a veces algunos trocitos de sushi mojados en salsa de soja con un toque de wasabi. Juegan con la comida y con las miradas, y se divierten en un acto de intimidad que va más allá de la cena. Al terminar, retiran la bandeja de la cama y brindan con dos cervezas, que aunque están un poco calientes les resultan deliciosas por el motivo del brindis.

—Por nosotras —dicen dando un sorbo mirándose a los ojos.

Se quedan bebiendo y charlando. Cloe le habla de su hija Amanda, de lo especial que es y de lo bien que se caerán cuando se conozcan. Le habla también de cómo llegó al mundo de la publicidad, pero prefiere no mencionar a su marido en ese momento, porque sabe que sería demasiado. Ana le habla de su exposición y de la historia de los cuadros, que se venden a buen ritmo. El único que no está en venta es el suyo, al que llamó *Tú*, como Cloe sabe perfectamente a estas alturas. A ella le parece un gesto

muy tierno y, como hasta ahora nunca se lo ha podido decir, la besa para agradecerse. Están agotadas pero demasiado emocionadas para dormir, así que Cloe se levanta a preparar dos copas de whisky y vuelve a la cama. Cloe toma un trago y apoya la cabeza en una de las almohadas mirando a Ana, cuyas curvas y movimientos le resultan de lo más embriagadores. La observa con detalle, recorriendo con los ojos hasta el último poro de su piel. Ana sabe lo que está pensando y bebe disfrutando de ser el centro de su atención.

—Hoy no voy a volver a hacer el amor contigo —le dice insinuante—. Sé que lo deseas, créeme que yo también, pero quiero que te vayas con esta necesidad de mí —afirma Ana convencida.

—Me parece bien... —dice Cloe sincera—. Me conformo con mirarte para recordarte mejor mañana.

Siguen bebiendo, mirándose, deseándose y frenando cualquier impulso como dos adolescentes. Cuando han vaciado sus copas, la tentación es muy grande, pero saben que deben esperar. Cloe recuesta la cabeza sobre el pecho de Ana, que la besa en la cabeza e inspira profundamente.

—Cómo he echado de menos tu olor —le confiesa.

Cloe la besa con delicadeza y vuelve a dejarse caer sobre su pecho. Tras un largo silencio, se quedan dormidas en esa posición. Durante la noche baja la temperatura y Ana se encarga de taparlas para no pasar frío, pero en ningún momento dejan de abrazarse y de besarse instintivamente cuando alguna se desvela.

Los primeros rayos de sol de la mañana despiertan a Cloe, que se separa despacio de Ana después de darle un suave beso en los labios, se levanta para consultar la hora en su teléfono y ve que por suerte llegará a tiempo al trabajo si se da una ducha rápida. La pantalla del móvil le indica que tiene varias llamadas perdidas de Juan, pero ahora no es el momento de preocuparse por eso. Tras volver a la cama, colma a Ana de tiernos besos, pasando sus manos por debajo de las sábanas y recorriendo sus curvas despacio, hasta que finalmente Ana despierta.

—Buenos días, cariño... tengo que irme —le dice susurrando Cloe—. Me meto en la ducha y me voy, aunque lo que cubre esta tela me apetece más que cualquier campaña publicitaria... —le insinúa.

—Espera un momento... —dice Ana todavía despertando—. ¿Una nueva campaña? —pregunta desconcertada.

—Hay mucho de mí que todavía no sabes —le dice—. Pero tendremos tiempo de eso y de mucho más —añade, besándola ahora intensamente.

Ana le devuelve el beso e intenta retenerla en la cama, pero entonces recuerda lo que le dijo anoche y decide dejarla ir a ducharse.

Minutos después, Cloe sale envuelta en una toalla y le pide que le preste su vestido para que en la oficina no se den cuenta de que no ha dormido en casa. A Ana le parece una buena idea y además le resulta excitante imaginar a Cloe con su ropa todo el día, así que se lo acerca y observa mientras se lo pone. Nunca la había visto tan bella y radiante, y esa imagen le provoca un deseo irrefrenable de besarla.

Tener a Ana desnuda entre sus brazos no le facilita las cosas a Cloe, pero hoy tiene la reunión con los clientes de la marca de perfumes y no puede faltar.

—Hoy será un día complicado, pero te llamo luego, te lo prometo —le dice Cloe mirándola a los ojos.

Ana asiente con la cabeza y se estremece al pensar que está a punto de ser abandonada de nuevo, pero no dice nada para no estropear el momento. Cloe es consciente de los sentimientos de Ana, así que para tranquilizarla la abraza fuerte y le susurra que la quiere.

Después recoge su bolso y se va mirándola fijamente antes de dejar que la puerta se cierre tras ella. Coge el ascensor con una sonrisa que es incapaz de disimular y, al salir a la calle y notar el calor del nuevo día, se siente más fuerte que nunca.

Desde el taxi que la lleva a la oficina, llama a Juan y, antes de poder decir nada, él pregunta dónde estaba y le dice que ha pasado la noche en vela preocupado por ella. Cloe le escucha en silencio y, cuando finalmente su marido hace una pausa para coger aire, siente el valor suficiente para responder.

—Ahora voy a la oficina, tengo una reunión importante, pero cuando llegue a casa esta noche tenemos que hablar. —Y, sin darle opción a réplica para no echarse atrás, le cuelga el teléfono.

Al ver a Ana en la galería londinense después de tanto tiempo, a Cloe se le heló la sangre. Era incapaz de decir nada e incluso se sintió tentada de salir corriendo y fingir que no se habían encontrado. Pero, tras una larga pausa, al fin reaccionó.

—Hola... —dijo sin poder pronunciar una sola palabra más.

—Hola —respondió Ana, todavía sorprendida.

—He visto tu obra —añadió Cloe torpemente.

—Lo sé. Me han dicho que has venido a menudo —dijo Ana poniendo las cartas sobre la mesa.

Cloe bajó la mirada al sentirse descubierta, y fue entonces cuando la situación la superó y decidió salir de la galería sin decir nada.

—¿Eso es todo? ¿Vas a volver a huir? —le dijo Ana enfadada al ir tras ella.

Y Cloe frenó sus pasos, quedándose allí de pie sin poder girarse, porque ni siquiera sabía la respuesta a sus preguntas. Podía comprender su enfado, pero no sabía cómo aliviarlo.

—Vine aquí huyendo de tu recuerdo, así que si no tienes nada que decir será mejor que te vayas y que no vuelvas nunca más —dijo Ana rotunda.

Cloe quería salir corriendo y negar haberla visto, pero lo que sentía por ella era demasiado fuerte para ocultarlo. Se quedó de pie recibiendo el impacto de cada una de sus palabras en la espalda, y cuando consideró que Ana había terminado con los reproches se giró despacio.

—Sé que te hice daño, que te rompí el corazón, pero si he venido a la galería casi a diario es porque soy incapaz de olvidarte. Puedes odiarme, pero no he dejado de pensar en ti —le dijo mirándola a los ojos sin saber si su confesión despertaría más la furia de Ana.

—¿Qué quieres, Cloe? —le preguntó molesta.

Tras unos instantes pensando la mejor respuesta, a Cloe solo se le ocurrió una.

—Ven a tomar un café conmigo —le pidió con miedo.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Ana sin darle tregua.

—Porque te lo pido de corazón —dijo Cloe sincera, y por suerte eso hizo

que Ana se calmara un poco.

La siguió observando desafiante, rabiosa, pero, ante la mirada indefensa de Cloe, Ana no pudo hacer otra cosa que aceptar.

—Si quieres espérame en esa cafetería —le dijo Ana señalando la misma en la que Cloe había pasado tantas tardes—. Yo iré enseguida, antes tengo que resolver algunas cosas en la galería —añadió con frialdad.

Aunque era demasiado temprano para tomar alcohol, al entrar en el local Cloe se pidió una cerveza porque una infusión o un café no la hubieran ayudado a relajarse ante lo que la esperaba. Por suerte, el camarero no pareció juzgar su elección y, cuando le sirvió su bebida, Cloe tomó dos tragos seguidos para calmarse un poco. No sabía cuánto tardaría en llegar y aprovechó para pensar qué le diría y cómo hacer que la perdonara, pero después de darle muchas vueltas supo que lo mejor que podía hacer era hablarle con franqueza, como siempre hizo con ella.

Aunque a Cloe le pareció una eternidad, Ana solo tardó un cuarto de hora en aparecer, el tiempo suficiente para que ella se hubiera terminado la cerveza. Ana se sentó a su lado, y con un gesto le indicó al camarero que les sirviera dos más.

—Aquí me tienes. ¿Qué me querías decir? —le dijo sin darle tiempo a pensar.

—¿Cómo estás? —murmuró Cloe.

—¿En serio? —replicó Ana despechada y con ganas de irse.

—¡Espera! —se precipitó a decir Cloe mientras sujetaba su brazo.

Ana observó en los ojos de Cloe una súplica que la obligó a quedarse, y ella respiró aliviada y agradecida pero sabiendo que, si no decía nada, no la podría retener.

—Fui una cobarde, te dejé a pesar de ser lo mejor que me había pasado en la vida. Sé que te rompí el corazón, pero dudo que sufrieras tanto como he sufrido yo. No tengo excusa, me escudé en los deseos de mis padres para no apostar por los míos, y me he odiado por eso mucho más de lo que me habrás odiado por renunciar a ti. Si supieras cuánto lo siento...

—Nunca te he odiado —le dijo Ana tras una larga pausa—. No se puede odiar a quien amas como yo te amé —añadió sin poder mirarla.

—Pues yo sí, me he odiado a diario por no haberme enfrentado a mis padres. Estoy en Londres porque necesitaba estar sola, y me apunté a un máster para alejarme de ellos. Nunca les he perdonado que me obligaran a

dejarte, pero como te digo fui una cobarde y opté por el camino aparentemente más fácil. Ahora sé que fue la peor elección posible —le confesó Cloe con absoluta sinceridad.

Ana se cubrió la cara con las manos intentando aclarar las ideas. Quería irse y olvidarse de Cloe y de sus excusas, pero reconocía su honestidad y había algo en ella que la retenía allí a pesar del dolor que sentía en su presencia.

Cloe observó cada uno de sus movimientos consciente de que estaba a un paso de salir corriendo. La conocía muy bien por muchos años que hubieran pasado, pero no sabía qué hacer para convencerla de que se quedara.

—Ana... mírame... —le pidió casi implorando—. Me conoces mejor que nadie y sabes leerme a la perfección. Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí. Porque podría decirte muchas cosas y justificarme una vez más, pero si apartas tu rabia verás que te sigo queriendo...

Ana tenía muchas cosas en la cabeza, en ella resonaban las horas que pasó llorando por Cloe, lo rechazada que se sintió y lo que le costó volver a retomar su vida. Pero al mirarla de nuevo se sintió hechizada por ella y, al ver sus manos temblorosas, no pudo reprimir el instinto de sujetarlas. Sabía que una vez más estaba perdida.

Sin soltarle las manos, la observó de reojo intentando tomar alguna decisión. Podía huir y no mirar atrás o creer lo que le estaba diciendo y darle la oportunidad que ella nunca tuvo y por la que en el fondo nunca luchó. En ese momento se sintió culpable por no haber insistido, por aceptar el mensaje en el que Cloe le dijo que la dejaba y no intentar convencerla de lo contrario. Y seguramente fue esa sensación de culpa la que la retuvo allí, junto a una Cloe completamente rota.

Sin decirle nada, se bebió su cerveza y pidió otra ronda para las dos porque sabía que la iban a necesitar.

Mientras esperaban al camarero fueron incapaces de hablar o mirarse. Ana intentaba decidir qué hacer y Cloe repasaba cada una de las palabras que le había dicho y que ahora se le antojaban inútiles.

Cuando llegaron las cervezas, Ana cerró los ojos, cogió aire y por fin se sintió capaz de perdonar algo de lo que sabía que Cloe en el fondo no era responsable.

—Por los reencuentros —propuso Ana mirándola a los ojos a modo de tregua.

—Por ti —respondió Cloe brindando con ella.

—Me hiciste mucho daño —dijo Ana con la voz rota.

—Lo sé... y lo siento —respondió Cloe sujetándole las manos.

Entonces se miraron y el dolor quedó muy lejos: lo único que importaba era que finalmente se habían reencontrado. De no ser capaces de olvidar, de nuevo ganaría el mismo miedo que en su día las apartó. Ana empezó a aflojar la tensión de sus manos y a aceptar las caricias de Cloe, que no dejaba de mirarla intensamente. Enlazaron los dedos en silencio, bajo la mesa, no por vergüenza sino porque querían que fuese un gesto íntimo. La ternura en sus ojos hablaba por ellas, y cualquier extraño que las viera imaginaría que eran amantes. Por lo menos lo habían sido y ahora todo volvía a ser posible, pero las dos estaban asimilando lo que sentían y prefirieron no hablar más.

El camarero se acercó pasado un rato con semblante serio, tal vez molesto porque llevaban tiempo sin consumir y ocupaban una de las mejores mesas, y Ana propuso ir a dar un paseo.

Al salir del bar, Cloe se agarró del brazo de Ana y se dejó guiar por los rincones de unas calles que la artista conocía mejor que ella. Esa familiaridad la hizo sentirse bien, en casa a pesar de estar a kilómetros de distancia del que nunca consideró su hogar. Dicen que el hogar es donde dejas el sombrero, pero para Cloe eran los brazos de Ana, y por fin estaba allí. Charlaron mientras miraban escaparates y edificios singulares con pequeñas puertas de los colores más vivos. Cloe le contó brevemente, porque tampoco le apetecía recrearse en los detalles, que, tal y como le había dicho antes, al terminar la carrera se apuntó al máster para poder estar sola antes de incorporarse al bufete de su padre. Ana no la juzgó ni valoró sus decisiones, pero se sorprendió al saber que había sido capaz de ser libre aunque fuera algo temporal. Cloe también le confesó que en los últimos años no había tenido pareja porque, aunque se sintió indefensa al decirlo, le pareció justo hacerle saber que nadie había ocupado su corazón desde que la abandonó. Ana le contó que consiguió una beca y terminó la carrera en Londres, donde se instaló huyendo de ella. Al licenciarse se buscó la vida, y no le iba mal del todo porque su obra gustaba a los descubridores de nuevos talentos. Sin pretender hacerle daño le dijo que cuando la dejó pasó una temporada muy mala y bebió y salió para olvidar, para olvidarla. Estuvo con varias chicas cuyos nombres no recordaba debido

al estado de embriaguez en el que las conoció, pero con eso intentó no pensar en ella. Aunque no lo consiguió. Cloe aguantó estoicamente las explicaciones imaginando a Ana con otras en un sinfín de imágenes que se agolparon en su cabeza y le cerraron el estómago. Ana pudo sentir la tensión en el brazo de Cloe y decidió cambiar de tema. Le habló de su pequeño apartamento y descubrieron que vivían a pocas calles de distancia y que, de no haberse encontrado en la galería, podrían haberse cruzado por sorpresa en el momento más inesperado.

Era la hora de comer y Ana sugirió ir a un restaurante cerca de su casa que sabía que le gustaría, así que cogieron el metro y bajaron en la parada que tan bien conocían las dos. De repente el barrio era más bonito y especial para Cloe, que alquiló su apartamento tras verlo en internet porque, aunque era muy pequeño para el alto precio que pedían, estaba muy cerca del centro y eso le permitiría ir a muchos sitios a pie. De nuevo se agarró al brazo de Ana y dejó que la llevara al lugar del que tan bien le había hablado. Al llegar a la puerta, Ana dejó pasar primero a Cloe y al entrar saludó a la propietaria, una mujer robusta de pelo corto que parecía conocerla. Era un local pequeño y acogedor y Ana eligió una mesa junto a la gran ventana que daba a la calle. Se sentaron la una frente a la otra, nerviosas pero sonrientes, con la sensación de que el tiempo no había pasado para ellas. Ana le recomendó que dejaran que la dueña les sirviera lo que quisiera, porque estaba convencida de que a Cloe le iba a encantar todo. La especialidad de la casa era la comida de fusión, platos ligeros de distintos lugares del mundo para picotear y así poder degustar varios sabores. Cloe no tenía mucho apetito, pero cuando llegó la comida empezó a picar y poco a poco consiguió relajarse. Tzatziki, un tartar de atún, fideos chinos con verduras y unas brochetas de pollo a la menta fueron los platos de su menú de reencuentro y, aunque no pudieron terminárselo todo, disfrutaron y charlaron evitando reproches o recuerdos dolorosos.

Cuando les limpiaron la mesa volvieron las miradas de complicidad y el silencio. Cloe alargó su mano para coger la de Ana, que se dejó acariciar y sintió cómo los muros que había levantado tiempo atrás para protegerse de ella se iban derrumbando. Entonces Ana acercó la mano de Cloe a su cara, buscando una caricia y oliendo el perfume que tanto había echado de menos. No sabía la marca pero era su olor, y cuando alguna vez se había cruzado con alguien que usaba el mismo se había sentido enormemente

removida. Acercó su nariz a la muñeca de Cloe y, tras olerla con los ojos cerrados, le besó la palma de la mano con dulzura.

—Cómo he echado de menos tu olor —le dijo todavía inspirando su aroma.

A Cloe se le aceleró el corazón y acercó la mano de Ana a sus labios para devolverle un beso que hubiera preferido darle en la boca. Se lo pensó unos instantes y, consciente de que no podía dejar escapar el momento, alargó su mano por debajo de la mesa y acarició la pierna de Ana, que, sorprendida, sonrió e inclinó la cabeza indicando que comprendía lo que estaba buscando. Ana se dejó seducir y Cloe aceptó el reto, así que siguió acariciándola despacio hasta donde su mano logró alcanzar. Cloe la miró a los ojos durante un buen rato sin dejar de recorrer su pierna, y entonces abrió ligeramente la boca y pasó el dedo índice de la otra mano por encima de su labio inferior sin dejar de observar a Ana, que intentó mantener la compostura para no ponérselo fácil, aunque empezó a sentir un leve calor en su interior. Todavía mirándola, Cloe entreabrió un poco más la boca y se chupó muy sutilmente —de modo que ninguno de los presentes pudiera darse cuenta— la punta del dedo y eso hizo que Ana cerrara por un momento los ojos al notar cómo se le aceleraba el pulso. Cloe la siguió acariciando por debajo de la mesa y jugó seductoramente con su dedo y sus labios, y cuando Ana ya no pudo más la cogió decidida de la mano, la ayudó a levantarse y le indicó que cogiera sus cosas. Ana le dijo a la dueña que ya pasarían cuentas en otro momento y salió del restaurante a toda prisa sin soltar a Cloe.

Durante el camino, Ana decidió no mirarla porque de hacerlo no hubiera podido dar un paso más sin besarla. Por suerte vivía cerca, así que en dos minutos estaban frente a la puerta de su edificio.

Ana marcó el código de seguridad requerido para poder acceder al portal y, tras dejar pasar a Cloe, entró pegada a su cuerpo. Cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, Ana cogió a Cloe por la cintura y la empujó contra la pared. La miró un segundo mordiéndose los labios y se lanzó a sus brazos para besarla con toda la pasión reprimida. Cloe le devolvió el beso con la misma fuerza y se comieron la una a la otra al mismo tiempo que recorrían sus cuerpos con las manos, apurando cada curva y casi pellizcándose para asegurarse de que realmente estaban juntas. Necesitaban sentirse sin miedo a cruzarse con algún vecino, así que Ana

guió a Cloe por los dos tramos de las estrechas escaleras que llevaban a su piso, sin poder evitar detenerse a cada pocos peldaños para besarse y abrazarse ansiosas. Al llegar a su apartamento, Ana buscó las llaves en el bolso mientras Cloe le besaba el cuello por detrás y le acariciaba los pechos. Le costó encontrarlas al no poder concentrarse movida por las caricias de Cloe, pero cuando lo consiguió abrió de prisa, y esta vez entró la primera para enseguida estirar a Cloe por el brazo y hacerla pasar. Por fin estaban a solas, así que Ana se acercó y la empujó contra la puerta, que se cerró ante el contacto de su espalda. Ana la volvió a besar y no esperó ni un segundo para empezar a desnudarla. Le quitó la camiseta de prisa y la tiró al suelo, y después le subió el sujetador con la mano y le chupó los pechos impaciente. Cloe gimió ante cada lametazo y, mientras se dejaba llevar, le quitó también la camiseta y el sujetador. Siempre le encantaron los pechos de Ana, pero esta vez se le hicieron más apetecibles que nunca, así que, incorporándola de golpe, la apoyó ahora a ella contra la puerta para poder recorrer sus pezones con la lengua. Ana le sujetó la cabeza para acercar más la boca de Cloe a sus pechos y, cuando no pudo aguantar más, la acercó a su boca y la besó con locura sabiendo que había perdido los papeles como tantas otras veces tiempo atrás. Mientras la besaba le quitó el sujetador, le susurró que se desnudara del todo para ella, y Cloe se quitó la ropa a toda prisa mientras Ana hacía lo mismo. Cuando ya estaban completamente desnudas, la dirigió sin dejar de besarla y tocarla hacia una cama situada en un rincón del apartamento. Una vez allí, se dejaron caer sobre las sábanas y se besaron sin parar recorriendo sus cuerpos con las manos. Ana sintió de repente una imperiosa necesidad de hacerla suya, así que se levantó fugazmente de la cama ante la mirada de intriga de Cloe y regresó con un pañuelo de seda. En un tono serio pero tremendamente erótico, le pidió que juntara sus manos y las colocara sobre su cabeza; entonces se acercó despacio y, tras sentarse sobre el vientre de Cloe, la ató a uno de los barrotes del cabecero metálico. Apretó el nudo con fuerza para que no pudiera soltarse, pero le dejó un poco de espacio a fin de no hacerle daño. Aunque Cloe se sentía desprotegida, sabía que estaba en buenas manos; un escalofrío recorrió su cuerpo al ver a Ana sentada encima de ella atándola y sentir la humedad de su sexo en su abdomen. Cuando terminó con el nudo, Ana se apartó y salió de la cama para poder ver mejor la escena.

Cloe sintió un ataque de timidez y dobló las rodillas inclinándose hacia

un lado para cubrir su cuerpo tanto como pudo.

—No... Quédate como estabas, por favor —le pidió Ana mirándola con deseo. Querría pintarla en ese momento, pero sabía que esa imagen quedaría grabada en su memoria para siempre y necesitaba tocarla de nuevo, así que se acercó a los pies de la cama y la sujetó por los tobillos decidida.

—Separa las piernas para mí, para que pueda ver si estás mojada —le propuso casi pidiéndoselo.

Cloe, que seguía bailando entre la timidez y el deseo, acató las órdenes consciente de lo que su sexo iba a desvelar.

—Ufff... —dijo lamiéndose el labio superior—, estás hinchada y empapada, y no sabes lo mucho que me pone eso... —añadió alargando el momento.

—Cómeme, por favor, cómeme, Ana —le pidió Cloe, desesperada por sentir su lengua en su sexo.

Pero Ana se hizo esperar; no pretendía torturarla ni vengarse por los años que pasó deseando tenerla así de nuevo, sino prolongar un juego que le causaba una enorme excitación que también ella podía sentir entre sus piernas. Entonces se inclinó sobre los pies de Cloe y empezó a lamer sus tobillos, subiendo despacio por el interior de una de sus piernas. Al llegar a su sexo, alargó la punta de la lengua y lo rozó despacio de abajo arriba y después de arriba abajo sin casi tocarla. Cloe gimió del gusto y levantó la pelvis intentando acercarse más a su boca. Quiso mover las manos para cogerle la cabeza y hundírsela en su sexo, pero enseguida se dio cuenta de que estaba atada y que era Ana quien controlaba la situación. Ana empezó a bajar por la misma pierna recorriendo su piel muy despacio con la lengua hasta llegar a su tobillo. Después cambió de pierna e hizo lo mismo en sentido ascendente y, al llegar a su sexo, lo volvió a rozar con la punta de la lengua, haciendo que Cloe gimiera ante el placer del contacto. Ana estaba muy excitada y quería llevar a Cloe al límite más absoluto, así que, muy despacio, empezó a mover la lengua en círculos siguiendo el ritmo que la respiración de Cloe le marcaba. Separó sus labios con los dedos para poder acceder a su clítoris mejor y lo chupó y lamió muy despacio. Cloe le puso las piernas sobre los hombros y las apretó para acercarle más la cabeza. Ana sonrió y la miró desafiante porque sabía lo que Cloe quería, aunque todavía no había llegado el momento de dárselo. Cuando los gemidos de

Cloe empezaron a crecer, Ana fue disminuyendo el ritmo porque no quería que llegara al orgasmo. Cloe le suplicó que no parara; le dijo que estaba a punto de correrse, pero Ana tenía otros planes y la observó con picardía.

Fue separando su lengua lentamente para que Cloe disfrutara del contacto hasta el último instante y después se levantó de nuevo para verla desde los pies de la cama. Cloe negó con la cabeza y se rio sabiendo que ese era un juego en el que ella no marcaba las reglas.

—Ven aquí —le dijo insinuante.

—¿Quieres que vaya? —respondió Ana en el mismo tono.

—Sí, tengo que decirte algo al oído. Ven —le susurró sugerente.

Aunque Ana estaba pensando en otra cosa, aceptó la propuesta y se acercó a ella gateando, dejando sus rodillas entre las piernas de Cloe, con las manos apoyadas bajo sus axilas. Acercó el oído a la boca de Cloe, que separó los labios fingiendo ir a decirle algo y jadeó mientras le lamía la oreja. Eso excitó tremendamente a Ana, que emitió un largo suspiro. Movida por unos jadeos que la volvían loca, la besó con la boca muy abierta. Cloe pudo sentir el sabor de su sexo en su lengua. Mientras la besaba, Ana acercó una de sus rodillas al sexo de Cloe y la empezó a mover despacio para recorrer con ella unos labios completamente abiertos y húmedos. Los gemidos de Cloe resonaban en todo el apartamento, y eso puso más caliente, si era posible, a Ana. No podía aguantar más, así que separó sus rodillas y se sentó sobre el vientre de Cloe, a la distancia justa para poderle coger los pechos. Apoyó su sexo mojado sobre su abdomen y, mientras recorría sus pezones con las yemas de los dedos, empezó a cabalgar despacio encima de ella. Cloe intentó una vez más librarse del pañuelo, soltar sus manos para poder tocarla, pero el nudo estaba hecho a conciencia y no tenía escapatoria. Ana fue acelerando sus movimientos y le cogió los pechos fuerte, juntándolos y comprobando lo duros que estaban sus pezones.

—Muévete así —le dijo Cloe mirando el cuerpo excitado de Ana, que a veces cerraba los ojos para sentirla mejor entre sus piernas—. Córrete para mí, Ana —añadió mirándola fijamente.

Ana, que estaba a punto de llegar al clímax, aumentó la velocidad de sus movimientos, cabalgando sobre ella sin soltarle los pechos. Las dos gemían ante un placer desbordante, y finalmente Ana llegó al orgasmo y se dejó caer sobre Cloe, que la rodeó con sus piernas y la besó en la cabeza.

Permanecieron quietas un rato hasta que Ana pudo empezar a respirar con normalidad. El olor a sexo inundaba el ambiente, y eso las mantuvo a ambas en un constante estado de deseo. Ana recobró un poco las fuerzas; se fue incorporando despacio para besar a Cloe con suavidad, metiendo su lengua en su boca sugerentemente, y esta devolvió el beso con mucha ternura. Entonces Ana se puso de cuatro patas y muy lentamente, sin dejar de mirar a Cloe, fue retrocediendo hasta volver a situarse entre sus piernas. Se las separó despacio, notando cómo Cloe se estremecía ante el contacto de sus manos. Le acarició los muslos observando cómo cada roce le ponía la piel de gallina y volvió a hundir la cabeza en su sexo descubriendo que estaba más húmedo que antes. De nuevo alargó la lengua y empezó a recorrerla despacio para saborearla bien. Cloe respondió doblando las rodillas y gimiendo cada vez que la tocaba con su lengua. Para Ana era un sabor familiar, que, como tanto tiempo atrás, conseguía remover sus instintos más profundos. Conocía perfectamente los puntos más sensibles del sexo de Cloe, y se perdió en ellos con su boca consciente de lo mucho que estaba disfrutando. Le gustaba darle placer y saber cuánto la deseaba. Con la ayuda de los dedos de ambas manos le separó los labios y de nuevo chupó su clítoris con suavidad, pasando a veces la punta de la lengua en círculos. Cloe empezó a perder el control y los gemidos y jadeos fueron subiendo de intensidad. Ana sabía que iba a aguantar poco más, así que empezó a mover la lengua deprisa hasta que finalmente Cloe se corrió en su boca gritando de placer.

Ana se quedó un momento de rodillas mirándola: le pareció tan hermosa en ese instante... Cloe tenía una sonrisa dibujada en el rostro y los ojos cerrados. Ana se acercó despacio a ella y con mucho cuidado aflojó el pañuelo con el que le había atado las manos. Entonces Cloe la abrazó muy fuerte y Ana se tumbó encima de ella y la besó en los labios muy despacio. Sin darse cuenta, se quedaron dormidas en esa posición, plenamente felices.

Cuando despertaron, la habitación estaba a oscuras. Ana besó suavemente a Cloe y se levantó a encender algunas velas. Cloe, todavía medio dormida, la observó con los ojos entreabiertos disfrutando de la visión de una Ana desnuda solo para ella.

—Ven... —le dijo a media voz.

—¿Otro secreto? —respondió Ana divertida.

Cloe asintió con la cabeza y Ana se acercó despacio a la cama, se tumbó a

su lado y la besó con mucha delicadeza.

—Te quiero —le dijo Cloe al oído.

Ana cerró los ojos saboreando esas palabras que tanto había anhelado oír. Después, acarició con dulzura la cara de Cloe, besó sus párpados y se acercó a su oído.

—Yo también te quiero.

Cloe llega a la agencia enfundada en el vestido de Ana y con el recuerdo de una noche perfecta. Es consciente que más tarde tendrá que enfrentarse a Juan, pero ahora necesita centrarse en el trabajo.

Tiene dos horas antes de la reunión, y ya en su despacho repasa la campaña a la que le ha dedicado tantas horas. No puede negar que ella y el equipo han hecho grandes avances, pero al anuncio le falta algo que lo diferencie de los demás. Conoce lo suficientemente bien el mundo de la publicidad como para saber que la idea es lo más importante y que si quieren causar sensación deben ir un paso más allá.

En su mesa tiene los diseños y el *storyboard* del anuncio, para el que esperan contratar a alguna actriz famosa que sea la imagen del perfume, pero, por más que mira la propuesta, no está del todo convencida. Sigue dándole vueltas a la idea, a los conceptos que quieren vender: pasión, olor, deseo... Entonces, sin darse cuenta, vuelve a estar entre los brazos de Ana y recuerda cada detalle de la velada. Siente cómo le late el corazón; empieza a excitarse al pensar en el cuerpo de Ana, en sus caricias y sus besos. Saca el teléfono del bolso y con una sonrisa en los labios le escribe un mensaje.

No puedo dejar de pensar en ti. Me vuelves loca...

Tras enviarlo, apoya su espalda en el respaldo de la silla y cierra los ojos para sentirla más cerca.

Entonces su ayudante llama a la puerta para anunciarle que los clientes han llegado. Cloe se incorpora de golpe y se recoloca el vestido de Ana, que no deja de acompañarla ni un solo instante en su pensamiento. Coge los diseños y respira tres veces para serenarse antes de salir del despacho.

Al llegar a la sala de reuniones, Antonio la piropea, le dice que la ve diferente. Cloe sabe el motivo, pero no quiere ni puede compartirlo. Antes de que puedan comentar la propuesta a la que el jefe ya le dio el visto bueno, la ayudante de Cloe entra en la sala con los clientes. Cloe y Antonio los saludan efusivamente y, tras un silencio expectante, todos los ojos se fijan en ella. Cloe empieza a hacer la presentación y parece que está gustando, pero cuando está a punto de acabar de exponer una idea que

posiblemente aceptarán, se detiene y mira al infinito. Antonio y los clientes no entienden por qué no concreta los últimos detalles, pero entonces Cloe coge aire y les dice que esa propuesta no la convence, que tiene una mejor. Ante la sorpresa de Antonio, Cloe les aclara a los clientes que, si eligen la campaña que acaban de ver, conseguirán unas ventas decentes pero cree que no deben conformarse con eso, que deben arriesgar. Les pide firmemente que confíen en ella y les dice que espera que apuesten por una campaña que tiene en mente y que, aunque todavía está por pulir, está convencida de que es lo que necesitan. Les sugiere hacer un anuncio distinto al que hacen las otras marcas, un anuncio capaz de dejar la misma huella que su perfume y con una seguridad que la sorprende incluso a ella les describe un *spot* protagonizado por dos mujeres —que si quieren pueden interpretarlas dos actrices famosas— que se encuentran en un bar y se sientan en silencio en una mesa apartada. Tras algunas miradas, una de ellas alarga el brazo y le coge la mano a la otra para acercársela a la cara. Entonces le besa la mano, le huele la muñeca a la otra, que la mira con deseo, y le susurra: «Cómo he echado de menos tu olor». Y en ese momento aparece la marca del perfume.

Se hace un gran silencio, nadie reacciona ante lo que acaba de narrar. Antonio mira a Cloe con un aire reprobatorio que le indica que después quiere verla en su despacho. Ella ve que ha arriesgado demasiado y teme haberse equivocado y haber puesto en peligro un contrato que supondría un gran ingreso para la agencia. Pero finalmente los clientes reaccionan y se muestran encantados con la nueva propuesta. Le dicen que ha captado como nadie lo que estaban buscando, algo sexy y que no deje indiferente, y la felicitan por su trabajo. Están impacientes por saber más detalles de la campaña, que sin duda alguna es suya. Cloe respira aliviada y Antonio, sorprendido por una reacción que no esperaba, se cuelga medallas diciendo que ya les había prometido que contaban con la mejor publicista de la agencia. Los clientes se levantan dando por zanjada la reunión y saludan a Cloe mostrándole una vez más su satisfacción.

Cuando Cloe y Antonio se quedan a solas, él reconoce que por un momento pensó que había perdido la cabeza y le dice que no sabe de dónde se ha sacado la idea, pero que ha vuelto a demostrarle que merecía el ascenso. En lugar de estrecharle la mano como suele hacer cuando la felicita por algo, esta vez Antonio le da un fuerte abrazo que también sirve

de disculpa por haber dudado de ella.

Cloe sale hacia su despacho pisando con fuerza, sintiéndose más valiente que nunca, y se deja caer en su silla orgullosa y aliviada. Disfruta unos minutos de su éxito y entonces escucha el sonido de su teléfono indicándole que ha recibido un mensaje.

Hoy soy incapaz de centrarme en nada. Solo puedo pensar en ti y en las ganas que tengo de verte.

Es Ana, y Cloe se estremece al leer cada una de sus palabras. Sin pensarlo dos veces, la llama y le cuenta animada lo ocurrido en su reunión sin concretar demasiado, porque quiere que vea el anuncio cuando esté terminado. Le da las gracias por ser su fuente de inspiración y le confiesa lo mucho que desea verla. Quisiera salir ahora mismo de la oficina para ir a buscarla, pero le dice que tiene que ponerse a trabajar en la nueva idea y que después debe ir a casa para hablar con Juan. Ana le dice que lo entiende y le pide que no se precipite, que no haga nada de lo que se pueda arrepentir, pero Cloe le asegura que está convencida y le promete que la llamará en cuanto pueda. Se despiden confesándose su amor, y Cloe cuelga sintiéndose liberada.

Ya no tiene miedo, sabe que durante demasiado tiempo ha dejado que el temor al rechazo y a no encajar condicionaran su vida, y no está dispuesta a volver a pasar por eso. La noche que ha compartido con Ana y el éxito de su campaña le han dado las fuerzas que tanto necesitaba y quiere aprovechar esta sensación.

Sin dejar de pensar en Ana ni un solo instante, le da vueltas a la nueva idea y le encarga a su equipo que empiece a diseñar el anuncio que sabe que causará furor. A última hora de la tarde, recoge sus cosas y sale a la calle decidida y feliz.

En el metro repasa lo ocurrido en la reunión y sonrío porque el proyecto le hace muchísima ilusión. Consigue no anticipar lo que le espera al volver a casa; eso la ayuda a tener un viaje tranquilo.

Cuando finalmente abre la puerta, ve que está sola, deja el bolso en la entrada y se sirve una copa de vino para celebrar un gran día. Sigue en un estado de euforia del que se siente incapaz de salir, olvidándose incluso de preparar la cena.

Media hora después llegan Juan y Amanda, y la niña corre a abrazarla. No le pregunta por la noche anterior e imagina que su marido justificó su ausencia de un modo suficientemente convincente. Cloe les dice que hoy cenarán pizza y Amanda salta de alegría porque es uno de sus platos favoritos. Juan, en cambio, no se muestra tan contento, pero sabe que no es el momento de hacerle preguntas. Cloe le evita aparentando una falsa normalidad y llama a su pizzería habitual.

Cuando el motorista le entrega el pedido, le da una propina acorde a su buen humor y se sienta junto a su supuestamente feliz familia frente al televisor. Después de cenar, Cloe acompaña a Amanda a su habitación y le lee un cuento con más entusiasmo que noches atrás. La niña parece disfrutar de su renovada madre, pero antes de escuchar el final se queda dormida.

Cloe sabe que lo que viene a continuación será la parte más complicada del día, pero algo en ella hace que hayan dejado de importarle las consecuencias. Al entrar al dormitorio, Juan la espera sentado en la cama y la mira con ojos inquisitorios. Cloe le dice que necesita ducharse porque no quiere tener la importante conversación llevando el vestido de Ana y se da prisa para no alargar el momento. Ya con el pijama, sale a la habitación y ve que Juan no ha cambiado de postura ni de actitud.

Tras un largo silencio, Juan le pide una explicación. Cloe siente la tentación de volver a mentir y buscar excusas, pero entonces recuerda lo vivido la noche anterior y, en un acto de sinceridad sin precedentes, le confiesa que no le ama. Le duele profundamente hacerle daño porque sabe que es un buen hombre y que la quiere, pero es incapaz de seguir mintiendo. Cloe le cuenta que años atrás se enamoró de Ana y que renunció a ella en dos ocasiones por las amenazas sus padres. Le dice que hace unos días se reencontró con ella por sorpresa y que no puede negar lo que siente. Se disculpa una y otra vez sabiendo el dolor que le está causando, pero le asegura que nunca ha pretendido herirle y que, aunque sabe que con él tiene una buena vida, no es feliz a su lado. Su marido recibe cada una de las palabras de Cloe como una puñalada porque nunca sospechó que su esposa era tan infeliz a su lado y se siente estúpido por no haberse dado cuenta. Pero de repente todo le encaja: su falta de energía, su mirada triste, las lágrimas el día de su cumpleaños...

Juan se siente superado por las circunstancias y es incapaz de hablar.

Podría aceptar una infidelidad, un momento de locura, pero saber que Cloe está enamorada de otra persona es demasiado para él, y el hecho de que sea una mujer le rompe todavía más los esquemas. Ya no reconoce a su esposa, así que coge su almohada y sin decirle nada abandona la habitación. Cloe se queda de pie y no intenta retenerle porque, aunque le preocupa pensar qué hará Juan cuando asimile lo que acaba de soltarle, está muy cansada y no puede pensar con claridad.

Agotada, se mete en la cama deseando que llegue un nuevo día. Se plantea mandarle un mensaje a Ana para contarle que ya lo ha hecho, que ha confesado lo que siente, pero antes de poder hacerlo se queda profundamente dormida.

El despertador suena estridente y Cloe se despierta de golpe sin saber dónde está. Ha soñado con Ana y por un momento cree que está con ella en el hotel, pero al abrir los ojos reconoce su dormitorio y ve que Juan no está a su lado. Es entonces cuando recuerda lo sucedido y siente un escalofrío. Se levanta sin demasiada energía y, al llegar al comedor, ve que su marido, que por lo visto ha dormido en el sofá, se ha ido antes de lo previsto. Respira aliviada porque no se sentía con fuerzas de volver a enfrentarse a él, aunque ve que le ha dejado una nota.

Si es lo que quieres, ya hablaremos en los juzgados.

Después de su primera y apasionada noche juntas en Londres, Cloe y Ana se hicieron inseparables y disfrutaron encantadas de su reconciliación. Cuando a primera hora de la mañana Cloe se iba al máster, Ana aprovechaba para pintar nuevos cuadros, la mayoría de ellos con Cloe como protagonista. Era su musa y conseguía inspirar sus mejores trazos; así, al sentarse frente a un lienzo en blanco, recordaba su cuerpo y su mirada y la pintaba de memoria con todo tipo de detalle. Al salir de clase, Cloe corría a buscar a Ana y le agradecía con besos cada uno de los retratos que tan bien la captaban. A continuación comían juntas en casa o en algún restaurante, pasaban la tarde recorriendo las calles de la ciudad cogidas de la mano sin miedo a ser descubiertas y se perdían visitando mercadillos, museos y parques. Cada pocos minutos intercambiaban un beso furtivo o una caricia, y esperaban impacientes a que llegara la noche para entregarse la una a la otra en el apartamento que les quedaba más cerca cuando el deseo era demasiado grande como para refrenarlo.

A veces dormían en casa de Ana y en otras ocasiones lo hacían en la de Cloe, especialmente cuando al día siguiente tenía examen. En ese caso Ana la ayudaba a repasar unos temas que le resultaban de lo más densos y aburridos, pero estaba con su amada y se quedaba embelesada viendo cómo era capaz de recordar tantos datos. En la intimidad podían dar rienda suelta a sus instintos, a la pasión que se despertaban, y declararse su amor sin miedo. Sentían que estaban teniendo una nueva oportunidad para estar juntas y querían aprovecharla, pues el hecho de estar tan lejos de lo que podía hacer peligrar su relación aumentaba su sensación de libertad.

A finales de junio, Cloe terminó su máster con notas sobresalientes y salieron a celebrarlo. Tras una romántica cena en el restaurante donde comieron el día de su reencuentro, fueron a un bar de chicas y se dejaron llevar sin temer ser juzgadas. Bailaron insinuándose la una a la otra en cada canción y se besaron entre una multitud que no se extrañó en ningún momento ante sus muestras de afecto.

Estaban eufóricas por la buena noticia de Cloe y porque era la primera vez en muchos días que salían de fiesta. Poder demostrar su amor por Ana

de un modo tan íntimo delante de extraños era algo tan nuevo para Cloe que lo vivió con más alegría que al recibir su nuevo diploma. No podía quitarle las manos de encima mientras bailaban, y hacerlo públicamente le provocaba incluso morbo. A Ana le gustaba ese nuevo descaro de Cloe y bailó con ella de forma seductora, metiendo sus rodillas entre las de Cloe y levantando sus manos para apartarse el pelo mientras movía sus caderas al ritmo de la música. Cloe la miraba y se perdía en ella, dejando que su cuerpo la guiara. No era tan hábil como Ana porque no había salido tanto y estaba un poco oxidada, pero tenerla delante le hacía perder la timidez.

Avanzada la noche, habían bebido bastante y Cloe le gritó al oído a Ana que se iba un momento al baño, que se quedara allí esperándola. Cloe se puso en la larga cola impaciente porque apuró tanto para no separarse de Ana que no se podía aguantar y, cuando finalmente llegó su turno, entró en uno de los cubículos a toda prisa, cerró y consiguió aliviarse. Después abrió el pestillo y, al ir a salir del servicio, Ana se abalanzó sobre ella ante los gritos de ánimo de alguna de las presentes. Ana cerró la puerta enseguida, cogió a Cloe por la cintura y la empotró contra la pared con fuerza. Haberla visto bailando así tan cerca le había resultado irresistible, y no podía esperar más. La besó con un deseo tan húmedo como sus bragas, y Cloe se dejó llevar como en la pista de baile. Movieron sus lenguas con las bocas muy abiertas y Ana bajó su mano y la metió en el interior del pantalón de Cloe para poder tocarla. La sintió tan mojada que de repente le faltó el aire y empezó a acariciarla deprisa. Cloe intentó no gemir para no llamar la atención, pero se le escapó algún jadeo más fuerte de lo que pretendía. Ana la siguió tocando cada vez más deprisa, pero empezaron a llamar a la puerta con insistencia y tuvieron que parar. Cloe se colocó la ropa y salieron cogidas de la mano sin mirar a nadie hasta que, ya en la calle, se echaron a reír conscientes de que su descaro sería comentado por las demás chicas.

Después se fueron corriendo a casa de Cloe, y allí finalmente pudieron terminar lo que habían dejado a medias. Ni siquiera esperaron a llegar a la cama: hicieron el amor en el suelo como dos animales en celo.

A primera hora de la mañana, cuando el frío pudo con ellas, Cloe acompañó a Ana a la cama y durmieron muy pegadas debajo del edredón. Un poco más tarde, al despertar abrazadas y completamente desnudas, Cloe le dijo a Ana que se quedara en la cama mientras preparaba el desayuno. Lo

poco que tenía en la nevera se había estropeado tras días sin aparecer por allí, así que Cloe se vistió con lo primero que cogió de su armario y bajó a la calle a comprar dos cafés y algo para comer. Cuando regresó a su casa, Ana se había vuelto a quedar dormida. Cloe se sentó en una silla junto a la cama y pasó dos horas allí en silencio, observándola. En más de una ocasión pensó en besarla y despertarla con sus caricias, pero estaba tan bella que fue incapaz de romper ese momento.

De repente, él móvil de Cloe empezó a sonar y corrió a cogerlo para que la estridente melodía no despertara a Ana. Al ver en la pantalla que eran sus padres, se le heló la sangre pero respondió y se encerró en el baño para que Ana no escuchara su conversación. El padre de Cloe, que se había olvidado de la hora de diferencia, llamaba para saber si ya tenía las notas, y ella le respondió que podía estar tranquilo porque había obtenido calificaciones excelentes y, como una autómatas programada para decir lo que se espera de ella, acató sus órdenes cuando le dejó muy claro que esperaba que volviera a casa cuanto antes para incorporarse al bufete. Cloe sabía que ya no tenía ninguna excusa para alargar su viaje, por lo menos ninguna que pudiera confesar.

Al colgar, sintió un enorme dolor en el estómago y se quedó un buen rato escondida en el baño, porque era incapaz de acercarse a Ana y mirarla a los ojos. Cuando finalmente hizo acopio del coraje suficiente, regresó a la cama y se tumbó junto a ella.

Ana seguía dormida. Cloe la miró y rompió a llorar. Los sollozos despertaron a Ana, que se asustó ante la idea de que hubiera pasado algo grave.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupada.

—Que estoy a punto de volver a romperte el corazón.

Cloe relee el mensaje de Juan y sabe que le ha hecho mucho daño y que está dispuesto a devolverle el golpe quitándole lo que más quiere, a Amanda.

Ante un juez, ella tiene las de perder: podrían acusarla de arriesgar la estabilidad de su familia por un estilo de vida inadecuado, por estar con otra mujer. En el fondo, es consciente de que, aunque todo el mundo finge aceptar que dos mujeres se amen, es algo que todavía provoca mucho rechazo, especialmente si hay niños implicados. La angustia la invade y empieza a sentir que la ansiedad se está apoderando de ella. Aunque no le gusta la idea, busca en su bolso las pastillas que sabe que conseguirán calmarla en un momento tan delicado como este, y las traga con la ayuda de un vaso de agua.

Cuando empieza a sentir su efecto, Cloe prepara a su hija fingiendo que todo va bien y la lleva a la escuela. Antes de dejarla en su clase, le da un fuerte abrazo y le dice que pase lo que pase la querrá siempre. Amanda no parece entender nada y se aleja diciéndole que ella también la quiere mucho.

Cloe sale de la escuela llorando y camina desorientada. No sabe adónde ir ni qué hacer, así que coge el teléfono y llama a Ana.

—Anoche se lo conté todo a Juan. No dijo nada pero hoy me ha dejado una nota diciendo que nos veremos en los tribunales... y tengo miedo de que me quite a mi hija —le dice llorando completamente indefensa.

—Cariño, lo siento, lo siento mucho... No quiero que sufras para estar conmigo. Debí aceptar que estás casada y no permitir que lo arriesgues todo... lo siento... —le dice Ana con un sentimiento de culpa que la ahoga.

—Tú no has hecho nada malo... —afirma Cloe sin poder dejar de llorar.

—¿Dónde estás? —le pregunta Ana.

—No lo sé

—Te voy a mandar mi dirección. Ven a casa. Intenta calmarte y llama al trabajo diciendo que estás enferma. En cuanto llegues, vemos qué podemos hacer. ¿Vale? —le dice Ana muy preocupada.

—Sí... —añade Cloe, y después cuelga esperando el mensaje para poder ir con ella.

Cuando finalmente sabe dónde vive Ana, coge el primer taxi libre y le da las señas al conductor. Haciendo un esfuerzo, llama al trabajo y su voz rota convence a su ayudante de que está enferma y que es mejor que se quede en casa. Pocos minutos después, Ana responde al interfono a la primera llamada y Cloe sube mecánicamente al antiguo ascensor de la finca sin dejar de llorar. Al llegar al rellano, Ana está esperándola y la abraza con fuerza.

—Tranquila, estoy aquí —le dice al oído al mismo tiempo que le coge la mano para acompañarla a su casa.

Ana cierra la puerta despacio y vuelve a abrazar a Cloe, que sigue llorando completamente desbordada.

—Lo siento tanto... Todo irá bien —le susurra.

Cloe se desploma y se deja caer al suelo rota de dolor. Ana, que se siente impotente viéndola así, la levanta despacio sintiendo su peso y su fragilidad, y la lleva al comedor, donde consigue sentarla en el sofá. Allí, la abraza y acaricia tratando de calmarla.

—Cloe, esto es demasiado para ti, y aunque te quiero con locura entenderé que intentes recuperar a tu marido para no perder a tu hija —le dice Ana sincera pero sintiendo un enorme dolor al proponérselo.

Cloe llora con más intensidad que antes ante la generosidad de Ana.

—Es que no puedo... No puedo... —le dice Cloe entre sollozos.

—Lo sé... no pasa nada... —la tranquiliza Ana, destrozada ante sus palabras.

Sin darse cuenta, Ana también rompe a llorar y, aunque intenta que Cloe no se dé cuenta, sus lágrimas son demasiado evidentes y Cloe la mira y la besa para tratar de consolarla.

—Ana... lo que no puedo es dejarte de nuevo... —le asegura todavía llorando—. ¿No ves que te quiero como nunca he querido a nadie? —le confiesa con el corazón en carne viva.

Ana la besa agradecida y emocionada. Por un momento ha pensado que debía aceptar que lo suyo es imposible, pero la seguridad en el tono de Cloe le demuestra que ambas sienten lo mismo y están dispuestas a todo para estar juntas.

—No permitiré que pierdas a tu hija, te lo prometo —le dice Ana rotunda.

Cloe la aprieta muy fuerte entre sus brazos para hacerle saber que ha

escuchado sus palabras, porque el llanto le impide hablar.

Se quedan allí abrazadas durante un buen rato hasta que consiguen relajarse y Cloe se queda dormida. Viéndola tan indefensa y vulnerable, Ana se siente responsable de su sufrimiento y la acaricia y le susurra de forma inaudible que no dejará que nada les impida ser felices.

Cuando Cloe despierta, Ana la besa y le dice una y otra vez que la ama, y ella responde diciéndole lo mismo y la besa con todas sus fuerzas. Ana no sabe qué hacer; nunca se había sentido tan torpe al tenerla entre sus brazos, pero Cloe tiene muy claro lo que necesita y empieza a desnudarla sin decir nada. Ana está desconcertada y le pregunta si está segura, a lo que Cloe responde besándola mientras le quita la camiseta con la que seguramente ha dormido. Ana sigue sorprendida ante la situación pero se deja llevar y empieza a desnudar a Cloe, consciente de su fragilidad en ese momento. Pero esta siente una rabia y frustración que la llevan a bajarse los pantalones y las bragas sin esperar que Ana lo haga por ella y, sentada en el sofá con los pantalones en los tobillos, le suplica que la folle como nunca la ha follado. Lo dice segura y desafiante y, aunque Ana está perdida y un poco bloqueada, Cloe insiste y le coge la mano acercándosela a su sexo. Ana nota enseguida que está excitada y sin poder pensar la besa y le mete la lengua en la boca completamente hasta que Cloe separa más sus piernas invitándola a entrar en ella. Ana se levanta, se arrodilla frente a ella y la penetra con dos dedos. Cloe se reclina hacia atrás y apoya su espalda y su cabeza en el sofá mientras Ana le da un placer capaz de hacerle olvidar cualquier dolor. Cloe gime con todas sus fuerzas, con gritos que resultan desgarradores, y Ana acelera el ritmo de su mano y la penetra una y otra vez tan profundamente como puede. Ante cada una de sus embestidas, Cloe grita más y más fuerte mientras las lágrimas se deslizan por su rostro. Ana siente una mezcla de excitación y dolor, pero conoce a Cloe muy bien, sabe que necesita sentirla, así que sigue follándola con todas sus fuerzas. Cuando Cloe le pide que no se detenga, Ana acelera los movimientos y acerca su cara a su sexo para comérsela mientras la penetra. Es entonces cuando Cloe, ante el contacto de la lengua de su amada unida al placer que le provocan sus dedos, estalla en un orgasmo intenso. Ana se aparta enseguida para mirarla y comprender qué pasa por su cabeza; las lágrimas de Cloe le rompen el corazón. Ana retira sus dedos y se siente mal viéndola así, pero Cloe le sujeta la cara con ambas manos y le repite sin cesar lo mucho que la

quiere.

Ana se sienta a su lado, acercando la cabeza de Cloe a su pecho para que repose apoyada en ella. Vista desde fuera, la imagen de Cloe con los pantalones a medio bajar podría resultar patética, pero a Ana le parece de lo más tierna y llena de significado y la abraza con todas sus fuerzas. La acaricia intentando serenarla, le susurra que todo se arreglará, y Cloe responde con un dulce beso. Tras un tiempo en silencio, se sube las bragas y los pantalones e intenta recomponerse.

Ambas están desnudas de cintura para arriba, pero la escena ha dejado de ser erótica para ellas. Ana acerca de nuevo la cabeza de Cloe a su pecho para acariciarle el pelo, cuyo aroma la lleva a revivir instantes que la hacen sonreír. Pasan unos minutos calladas, intercambiado caricias y tiernos besos que le recuerdan a Cloe que todo irá bien.

—He creado mi mejor campaña pensando en ti... —le dice inesperadamente, sin reparar en que ya se lo avanzó por teléfono.

Ana no sabe qué responder, así que simplemente la besa con un amor que demuestra todo lo que siente por ella. Quisiera decirle tantas cosas... pero no encuentra las palabras: sabe que en estos momentos se expresaría mejor con un pincel entre sus dedos, así que permanece a su lado en silencio intentando que sus caricias sean capaces de transmitirle lo que siente.

De nuevo los conceptos de tiempo y espacio se desdibujan; permanecen en la misma postura sin hablarse pero con una enorme sensación de paz. Cuando deben de haber pasado varias horas en las que no han sentido ni sed ni hambre, el teléfono de Cloe empieza a sonar insistentemente. Aunque querría no atender la llamada, sabe que se juega demasiado como para alejarse de su realidad una vez más. Al recuperar el móvil del interior de su bolso, ve que es su padre quien la espera al otro lado de la línea.

Cloe responde y escucha atentamente unas amenazas tan sangrantes que lo único que le despiertan es la convicción de haber tomado la mejor decisión. Con la misma valentía que recientemente ha descubierto en ella, Cloe le recuerda a su padre que también es abogada y que está harta de vivir sometida a sus reglas. Le dice que al único al que tiene que darle explicaciones es a Juan, y que si quieren ir a las malas se verán en los juzgados pero que por el bien de su hija espera que no le pongan las cosas difíciles porque ya se ha cansado de fingir. El padre de Cloe recibe cada una de sus palabras como parte de una venganza y le dice que será mejor que

valore lo que está haciendo porque tiene las de perder. Después de amenazarla, cuelga sin darle opción a responder y Ana la mira expectante y asustada ante lo que pueda ocurrir.

Cloe se queda callada durante varios minutos asimilando la conversación y su reacción visceral, y entonces le dice a Ana que no permitirá que nadie ni nada las vuelva a separar.

21

Tras empaquetar sus cosas y contratar una empresa de transportes internacionales, Cloe regresó a Barcelona sin mirar atrás y completamente rota de dolor.

Sus padres se encargaron de reservarle el billete de avión. A pesar de las súplicas de Ana pidiéndole que se quedara con ella, de nuevo apostó por la opción más fácil.

Consciente del daño que le estaba causando pero incapaz de hacer lo contrario, Cloe abandonó la ciudad sin despedirse de ella. Le hubiera resultado imposible hacerlo.

Al despegar se sintió sucia y vacía, pero sabía que ese era el precio que debía pagar por seguir los pasos impuestos por sus padres, por someterse a ellos sin plantarles cara. Era una cobarde y debía aprender a convivir con ello. Lloró durante todo el vuelo a «casa» pensando en el dolor tan injusto que una vez más le estaba causando a Ana. En el aeropuerto, sus padres la esperaban con aparente alegría. En el fondo no entendía por qué la querían cerca si en los dos años que había pasado en Londres habían evitado visitarla con la excusa de estar muy ocupados, por lo menos para ella, su propia hija. Cloe cargó sus cosas en el maletero del coche de su padre y subió al asiento trasero en un estado hipnótico, como si todo lo que sucedía a su alrededor no fuese con ella. Sus padres achacaron el silencio y la apatía de Cloe al cansancio del viaje y a que posiblemente la noche anterior habría salido para despedirse de sus amigos londinenses. Ignoraban con quién había pasado las últimas semanas su hija, porque de ser así no se habrían molestado en pedirle que volviera. Cloe sabía que hasta para eso había sido una completa cobarde, y esta vez ni siquiera había intentado hacerles entrar en razón porque conocía la respuesta.

Durante el camino al frío y emocionalmente vacío hogar familiar, Cloe revisó varias veces su teléfono esperando recibir un mensaje de Ana que la animara a dar media vuelta, pero solo llegó un enorme silencio por su parte. Sabía que no podía reprocharle nada teniendo en cuenta que era ella quien se había ido sin decirle adiós, sin darle opciones, así que permaneció callada hasta que llegaron.

Cloe entró con sus maletas y saludó a Rosa, la única que parecía alegrarse realmente de verla y que la había llamado y escrito regularmente para saber cómo estaba. La mujer le dio un fuerte abrazo que casi la hace romper a llorar y le dijo también emocionada que le había preparado una comida especial con los platos que sabía que habría echado de menos en Londres. Para no hacerle un feo, Cloe se aseó un poco y se sentó en la mesa con sus padres. Enseguida sintió rabia hacia ellos al ver que todo seguía igual, que eran capaces de comer en el silencio más absoluto y que, a pesar de haber estado tanto tiempo fuera, no parecían demasiado interesados en ella o en lo que hubiera vivido. Lo peor de todo era que había renunciado a Ana por esto y por lo que le esperaba en los días siguientes.

Cloe probó todo lo que Rosa había pensado y cocinado con tanto cariño: tortilla de patatas, pan con tomate, almejas a la marinera, gambas al ajillo, el queso manchego viejo que tanto le gustaba, jamón ibérico y sus deliciosas croquetas. Imaginó que Rosa habría logrado convencer a su madre de que por una vez hicieran algo diferente y esbozó una leve sonrisa valorando el bonito detalle. Al ver lo hambrienta que estaba, se dio cuenta de que llevaba días sin apenas comer. Eso le recordó el dolor que sintió cuando tuvo que decirle a Ana que sus padres le habían pedido que volviera a casa y que lo iba a hacer. Recordó las lágrimas, las súplicas, los abrazos, la desesperación de ambas y la espalda de Ana al salir por la puerta de su apartamento. Esa imagen le cerró el estómago de nuevo, así que felicitó a la cocinera, se excusó alegando cansancio y por fin hizo lo que había deseado hacer desde su llegada: encerrarse en su habitación.

Al entrar, enseguida vio que todo estaba tal y como lo recordaba. Colocó su equipaje junto al armario y se acercó al escritorio, donde sus padres le habían dejado un montón de regalos que pretendían compensar todas las fechas señaladas que ni se habían molestado en celebrar con ella. Sintió la tentación de tirarlo todo por la ventana o de salir y devolvérselo aclarándoles que eso no compensaba sus carencias, pero estaba demasiado agotada como para enfrentarse a ellos. Sabía que en el fondo eso implicaría tener que confesarles algo que, aunque era su verdad y la mejor parte de su vida, pondría en peligro el futuro por el que tanto había trabajado.

Sin deshacer las maletas y sin fuerzas para ducharse, se metió en la cama y se durmió sintiendo el calor de sus lágrimas deslizándose incesantemente por sus mejillas.

Cloe no fue muy consciente de lo que ocurrió los siguientes días. Esta vez no pudo evitar caer en una fuerte depresión, pero solo ella lo sabía porque hizo grandes esfuerzos para ocultarlo. Dormía mal y poco, comía solo cuando sus padres estaban delante para ahorrarse explicaciones, lloraba por todo cuando nadie la veía, tenía fuertes crisis de ansiedad que calmaba con las más que conocidas pastillas que tiempo atrás le recetó el médico al que se negaba a volver a ver, y era incapaz de dejar de pensar en Ana. ¿Qué estaría haciendo? ¿La perdonaría algún día? ¿Volverían a verse? Estas preguntas la torturaban, y en más de una ocasión se planteó acabar con todo. Pero incluso para eso fue demasiado cobarde.

Sus padres, ajenos a su dolor, cumplieron con su palabra y le regalaron un piso en la zona alta de Barcelona, el barrio en el que Cloe se había criado. Ni siquiera en eso opuso resistencia. Aceptó el piso elegido por su madre, que ni por un momento imaginó que su hija hubiera preferido vivir en el casco antiguo de la ciudad. Con las llaves en la mano, lo único que reconfortó a Cloe fue la idea de no compartir techo con ellos. La impaciencia por alejarse de sus padres y tener una cierta independencia hizo que sacara fuerzas de donde no las tenía para empaquetar sus cosas y organizar la mudanza.

Aprovechó lo que quedaba del verano para arreglar el piso, y por lo menos tuvo el valor de decirle a su madre que quería decorarlo a su gusto. Con la tarjeta de crédito que la unía a su familia más que cualquier otro vínculo, compró lo imprescindible para poder instalarse antes de empezar a trabajar a primeros de septiembre. Su padre parecía muy ilusionado con su incorporación e incluso le regaló un maletín con sus iniciales, pero Cloe sabía que de lo que realmente se alegraba era de haber conseguido que su hija siguiera sus pasos, o mejor dicho, sus órdenes. Por suerte quedaban algunos días antes de tener que cruzar la puerta del bufete, así que Cloe dedicó sus pocas energías a su nueva vivienda. No compró demasiadas cosas porque nada la inspiraba y sabía que tendría tiempo de decorarla más adelante, aunque solía pasar horas allí para alejarse de todo.

Rosa anunció que creía que le había llegado la hora de jubilarse y, aunque sus padres intentaron convencerla egoístamente de que siguiera con ellos porque sabían que no encontrarían a nadie con la experiencia y la paciencia de la mujer que se había ocupado de todo con absoluta discreción, Cloe se alegró por ella y quiso hacerle algo especial para despedirla. No

necesitaron hablarlo porque se conocían demasiado para que hiciera falta hacerlo, pero ambas sabían que Rosa no se había jubilado antes para cuidar de ella y que con su independencia llegaba también la de la sirvienta.

La tarde antes de abandonar la casa donde habían convivido durante tantos años, Cloe se acercó a su habitación y le regaló un precioso colgante de plata en el que había hecho grabar las iniciales de las dos. Rosa, que sabía más de lo que Cloe imaginaba, la abrazó emocionada y con lágrimas en los ojos le pidió que le prometiera que sería feliz, y ella lloró al pensar que no podría cumplir con su palabra.

El día de la mudanza, sus padres no le hicieron ninguna despedida especial —tampoco la esperaba—. Al salir de la habitación en la que tantas cosas había vivido lo único que le dolió fue el recuerdo del tiempo que compartió allí con Ana.

Esa noche la pasó en su nuevo piso, donde los pocos muebles sin colocar y las cajas por abrir se acumulaban en un rincón del comedor. Ni siquiera había tenido ganas de organizar sus cosas, así que cogió el colchón que estaba todavía por estrenar, lo dejó caer al suelo y, tras apartarle el plástico que lo cubría, se sentó encima. Mirando a su alrededor, Cloe se sintió completamente perdida. No reconocía el espacio y le faltaba el motor de su vida, su ancla, le faltaba Ana. Y, justo cuando pensaba en ella, descubrió entre los paquetes la caja que guardaba su tesoro máspreciado: los adornos de la Navidad que vivieron juntas. Buscando sentirla más cerca, abrió la caja y viajó a esos días felices en los que ingenuamente creyó que nada podría separarlas, y lloró con la amargura de saber lo equivocada que estaba entonces. Después, con la mirada perdida en una de las paredes desnudas, dejó pasar el tiempo con la mente bloqueada, completamente en blanco. Al amanecer, todavía sin dormirse, por fin lo comprendió: esa sensación de tristeza que la ahogaba era lo que le deparaba un futuro sin ella. Esta vez ni siquiera lloró ante tal revelación, simplemente siguió mirando a una pared tan vacía como ella.

Cloe ha pasado la noche en casa de Ana, que con mucha dulzura la llevó a su cama de madrugada. Apenas han conseguido dormir un par de horas, y al amanecer despiertan abrazadas incapaces de decir nada.

Ana se levanta y va a la cocina a prepararle una infusión pensando que la cafeína no la ayudará a relajarse, y al volver a la cama se encuentra a Cloe sentada con la mirada perdida. Acepta la bebida caliente sujetándola con ambas manos porque le tiembla el pulso. Ana se sienta junto a ella apoyando la cabeza en su hombro para recordarle que está a su lado, en todo. Cloe la besa en la frente y, todavía con los ojos clavados en el infinito, intenta dar un trago pero está demasiado caliente y deja la taza sobre la mesilla de noche. Entonces alarga la mano y acaricia a Ana buscando la serenidad que tanto necesita en estos momentos.

Unas caricias después, Ana puede sentir que la respiración y las pulsaciones de Cloe van bajando de ritmo y se queda quieta a su lado para no despertarla. Ella también está muy cansada pero no consigue dormirse pensando en cómo ayudarla, qué puede hacer para que no pierda a su hija. Baraja varias opciones e incluso se plantea abandonarla para facilitarle las cosas. En su mente escribe la carta que le dejaría junto a la almohada para que la encontrara al despertar. En ella le diría que, aunque la ama con locura, no puede cargar con la responsabilidad de hacer que renuncie a Amanda; le diría que se va de viaje y que no intente localizarla porque no responderá a sus llamadas y que tal vez es el momento de aceptar que no pueden estar juntas como desean. Al imaginar su letra grabada en el papel, no puede evitar llorar. Lloro porque la idea de perderla es demasiado dolorosa, y llora también porque es incapaz de hacer algo así a pesar de lo que eso podría suponer para Cloe y su hija. Pero sabe que abandonarla le rompería el corazón, como a ella, y que, aunque seguiría adelante con su vida, la pena se instalaría en su interior de un modo que no le desea. Ana se seca las lágrimas para que Cloe no la vea así y la abraza fuerte para autoconvencerse de que quedarse es lo mejor que puede hacer. Está agotada y sabe que ahora mismo no puede tomar decisiones de las que se arrepentiría toda la vida. Finalmente el cansancio se apodera de Ana y se

duerme abrazada a Cloe, inconsciente de lo cerca que ha estado de despertarse sola junto a una carta desgarradora.

Cloe se despierta de un sobresalto al escuchar su teléfono. No sabe qué día es y se levanta de prisa por miedo a llegar tarde al trabajo. Cuando se pone de pie, mira a su alrededor y entonces recuerda lo que ha ocurrido durante las últimas horas. Se da cuenta de que no está en su casa sino en una habitación que no le es familiar. Ana, que se ha despertado cuando Cloe se ha apartado bruscamente de su lado, la mira intentando saber si ha ocurrido algo mientras dormía. Cloe se siente superada por las circunstancias y abandona la habitación para ir a buscar su teléfono, que imagina que estará en el comedor, aunque ahora todo se le hace borroso. Camina perdida por un espacio que no conoce y mira alrededor sin poder fijar la vista en nada, hasta que localiza el móvil sobre el sofá. Al cogerlo ve que tiene varias llamadas perdidas de su padre, la más reciente de hace unos instantes. En la pantalla ve que es sábado, así que por lo menos se siente aliviada por no tener que ir a la oficina, pero se le rompe el corazón cuando imagina a su hija buscándola al despertar y no sabe si Juan le dirá algo que la niña es incapaz de comprender. Ante tal idea, se cubre la boca con la mano y empieza a llorar desconsoladamente.

Ana no se ha movido de la cama para respetar el espacio de Cloe, pero escuchar sus sollozos desde la habitación le rompe el alma. Se levanta para ir con ella y, cuando la ve de espaldas intentando ahogar su llanto, se acerca y la abraza por detrás.

—Cloe, háblame, por favor, háblame —le pide apretándola con todas sus fuerzas.

Cloe le pasa el teléfono y Ana ve la insistencia con la que su padre la ha estado llamando. Deja el móvil sobre la mesa para poder abrazar de nuevo a Cloe, que sigue llorando sin parar. De repente recuerda las muchas veces que ha tenido que consolarla y le arde el estómago al pensar en el dolor que ha causado haberse encontrado un buen día en una biblioteca. Le faltan las palabras, pero sabe que en ese momento debe ser fuerte por las dos.

—Cloe, mírame... tienes que intentar calmarte. No te rindas ahora, tienes mucho por lo que luchar. Piensa en tu hija y sé valiente por ella —le dice sin saber si ha conseguido lo que pretendía.

Cloe levanta despacio la cabeza y la mira a los ojos para que sepa que la ha escuchado. Ana le seca las lágrimas, le da un beso suave, muy tierno, y

Cloe siente que le fallan las piernas y se deja caer en el sofá. Ana la mira sintiendo una pena enorme que la conmueve profundamente; se sienta a su lado esperando a que se tranquilice un poco. Cuando considera que ha llegado el momento, le acerca el teléfono y se va al dormitorio para darle privacidad.

Cloe respira hondo y desbloquea el móvil para hacer la llamada que desearía no tener que hacer. Le suda la mano y le tiembla el pulso, pero vuelve a coger aire y marca el número de su padre, que responde enseguida. Sin dejarla hablar, empieza a reprenderla con dureza una vez más. La acusa de ser una viciosa, de traicionar su confianza y de haberles mentido durante todos estos años. Le dice que es una mala madre y que él personalmente se encargará de que el juez le retire la custodia de su hija, y la amenaza con contarle a todo el mundo el tipo de persona que es si no vuelve con su marido. Cloe recibe estoicamente cada uno de los ataques, pero por lo menos sabe que lo último que le ha dicho no es cierto. Sabe que nunca reconocerá públicamente que su hija es una enferma a la que le gustan las mujeres y que intentará resolver el problema sin hacer demasiado ruido.

Cuando su padre finalmente deja que responda, Cloe toma aire y le dice que no quiere volver a hablar con él. Le pide, o mejor dicho le ordena, que no vuelva a contactar con ella y le asegura que ya no le tiene miedo y que si han llegado a esta situación es por su culpa, por haberla obligado a vivir una vida que no era la suya. Cada palabra le da más fuerzas, así que, libre de temblores, le dice que si es lo que quiere ya le dejó muy claro que se verán en los juzgados. Después le cuelga sin darle opción a añadir nada.

Enseguida recibe una nueva llamada, pero Cloe deja que suene el teléfono y se niega a responder. Está más segura que nunca de lo que ha decidido, y por fin sabe que nadie podrá con ella, que nada podrá separarla de su hija. Cargada de un coraje que no creía tener, se levanta del sofá y va a la habitación. Cuando abre la puerta, ve la cama vacía y, al oír el sonido de la ducha, entra al baño despacio para no asustar a Ana, que, apoyada en la pared con ambas manos, permanece quieta bajo el chorro del agua que cae por su espalda. Cloe la mira a través de la mampara mientras se quita la camiseta y las bragas para meterse con ella en la ducha. Se acerca lentamente, la rodea por detrás con sus brazos, y Ana, girándose para poder mirarla, descubre en los ojos de Cloe algo que no esperaba encontrar.

Temía verla rota de dolor, temía que viniera a decirle que se iba y que todo había sido un error en un momento de locura, pero comprende por su mirada que se ha enfrentado a su padre y que se siente valiente. Entonces la besa intensamente y Cloe le devuelve el beso. Se quedan un rato besándose bajo el agua caliente y después, en un acto de normalidad que tanto necesitan las dos, empiezan a enjabonarse la una a la otra intentando apartar así cualquier dolor. Cuando han terminado, cierran el grifo y se dedican una enorme sonrisa.

Desde que se conocieron, Cloe y Ana han tenido que superar obstáculos ante los que acabaron cediendo, pero nunca nadie les pudo arrebatarse lo más importante: saber que su amor es algo puro, un regalo que solo puede suponer una amenaza para quienes no saben lo que es amar.

Ahora, abrazadas en la cama tras una ducha reconfortante que ha logrado limpiar el disgusto de la última llamada, sonríen porque saben que, a pesar del sufrimiento y de que queda mucho a lo que enfrentarse, ha merecido la pena. Deciden no salir para nada en lo que queda de fin de semana, ser prisioneras la una de la otra en casa de Ana. Allí se sienten protegidas por una burbuja donde el dolor, la tristeza o la culpa no tienen cabida.

A medida que avanzan las horas, Cloe intenta no pensar demasiado, pero a veces se queda callada cuando su hija Amanda le viene a la cabeza. Ana, que suele darse cuenta, le deja su espacio e intenta no preguntar. Apenas salen de la cama, donde comen, duermen y hacen el amor con la mayor de las delicadezas. Es en esos momentos cuando Cloe se siente completamente segura de amar a Ana, de querer estar con ella. Y al tenerla entre sus brazos, en su boca, en su interior, sabe que nada malo puede salir de un amor así. Ana se entrega a ella sin reservas, y al tener su cuerpo desnudo junto al suyo siente un placer que la supera en todos los sentidos. Pasan horas sin vestirse, mirándose, acariciándose, recorriéndose en silencio la una a la otra, encontrando la paz en sus cuerpos.

Sin que se den cuenta llega la noche del domingo y, al ponerse el sol, los nervios empiezan a apoderarse de ellas. Cloe conoce bien la sensación, recuerda que desde que era pequeña nunca le gustó ese momento del fin de semana porque anunciaba la vuelta inminente a la escuela, al instituto, a la universidad o a una rutina que la alejaba de quien realmente era, de aquella niña o adolescente que empezaba a asomar al sentirse libre de tantas normas y ataduras. Esta noche se vuelve a sentir como entonces y lo comparte con Ana, que le coge la mano y se la besa.

Aunque ha estado posponiendo pensar en ello, Cloe sabe que mañana tiene que regresar al trabajo y, sobre todo, debe hacer algo para resolver la

situación con Juan. Ana podría cogerse el día libre e intentar pintar y desconectar un poco, pero hace mucho que no pasa por la galería y tiene pendiente hablar con su agente. No pueden seguir en su burbuja, pero les da miedo romperla.

Para ocupar su mente, Cloe le dice que ella se encarga de la cena, que se quede en la cama esperándola. Busca en los armarios y en la nevera de Ana algo con lo que sorprenderla, pero al no haber salido a comprar hay poco entre lo que elegir. Al final opta por preparar un plato de la tan recurrida pasta, en esta ocasión con aceite picante y unas gambas que ha encontrado en el congelador. Cocina impaciente por volver a la cama y, cuando todo parece estar en su punto, lo sirve en una gran fuente, coge dos tenedores y va a la habitación. Ana le da las gracias con un beso, y Cloe desaparece un momento para volver con dos copas de vino tinto. Eso les apetece más que la comida, porque los nervios les han quitado el hambre. Cloe le alargaba una de las copas, Ana la mira a los ojos y brinda con ella sin decir el motivo que ambas saben perfectamente. Siguen desnudas y se sientan junto al gran plato con las piernas cruzadas, la una frente a la otra. La pasta está más buena de lo que Cloe imaginaba, pero son incapaces de comer demasiado, así que, tras un rato en el que ninguna da ni un solo bocado, Ana aparta la fuente y la deja en el suelo.

Permanecen allí charlando y bebiendo hasta vaciar sus copas. Entonces Cloe va a la cocina a buscar el resto de la botella de vino y, al regresar a la habitación, Ana la observa moviéndose hacia ella, y la visión le resulta de lo más sexy. Cloe rellena las copas, vuelve a sentarse frente a ella y, teniéndola delante completamente desnuda con las piernas cruzadas, a Ana se le dispara la imaginación y empieza a excitarse. Al tomar un trago, a Cloe le cae una gota de vino por la comisura de los labios y Ana se acerca para lamérsela. Cloe entonces, abriendo la boca, se gira levemente para chuparle la lengua, algo que estremece a Ana. Sin soltar las copas, se besan despacio pero con ansia, y Ana se aparta y se apoya en el cabecero mirando a Cloe, que le resulta preciosa.

—Tócate para mí —le pide insinuante.

Cloe, que también se ha excitado con los besos de Ana, deja la copa en el suelo y descruza las piernas mirándola con deseo. Se mete dos dedos en la boca, los lame despacio y después desliza su mano hacia su sexo y empieza a tocarse suavemente. Ana separa los labios al verla en esa actitud,

tocándose solo para ella, y nota que le arde la entrepierna. Cloe mueve los dedos, cerrando los ojos ante el placer que experimenta. Se toca despacio y puede sentir que empieza a estar mojada. Con la mano que hasta ahora tenía libre, se acaricia los pechos imaginando que es Ana quien lo hace, y separa los dedos de su sexo lentamente y se acerca la mano a la boca para chuparlos de nuevo. Eso hace que Ana emita un pequeño ruido cercano a un gemido. Cloe la mira provocadora y vuelve a bajar la mano. En esta ocasión separa el dedo índice y se penetra despacio con él. Siente un enorme placer y se deja caer hacia atrás de tal modo que Ana puede ver a la perfección como el dedo entra y sale completamente mojado de Cloe, que sigue acariciándose los pechos mientras se penetra con lentitud. Dobla las piernas y consigue hacerlo entrar hasta el fondo. Ana siente la tentación de acercarse y comérsela, follarla, pero se contiene y aguanta impaciente disfrutando del espectáculo privado. Cloe acelera el movimiento de su dedo y empieza a jadear un poco, no muy fuerte. Baja la mano con la que hasta ahora acariciaba sus pechos y se separa los labios para que Ana la pueda ver mejor y para acceder bien a su sexo. Siente cómo se ha ido abriendo, así que se mete un segundo dedo y lo mueve con el otro en su interior. Ahora gime intensamente y saca los dedos para volver a meterlos enseguida con fuerza. Se los mete y saca varias veces, y Ana se muerde los labios al verla hacerlo. Entonces Cloe retira sus dedos y empieza a rozarse el sexo por fuera despacio. Los pasa de abajo arriba sintiendo su hinchazón y humedad, y pasa la punta del dedo índice por su clítoris ayudándose con la otra mano y cerrando los ojos para dejarse llevar. Respira fuerte y levanta las caderas moviéndolas como si se siguiera penetrando.

—Sí, sigue así, cariño... no cierres los ojos —le pide Ana. Y al abrirlos Cloe descubre que Ana también se está tocando, y eso la excita todavía más.

Cloe acelera sus movimientos, frotando su clítoris con los dedos mientras mira cómo Ana se acaricia. El placer de ambas crece y gimen al tocarse y al ver a la otra haciendo lo mismo. Cloe se mueve más rápido, jadea sin parar hasta que finalmente llega al orgasmo y sigue mirando a Ana, que ante los gemidos de Cloe y el placer de sus propias caricias se corre segundos después y grita de placer.

Se recuperan cada una en un extremo de la cama, pero se sienten muy cerca y se miran en silencio disfrutando de un momento de intimidad perfecto. Pasado un rato, Cloe se incorpora despacio y se acerca a Ana, que

reposa con los ojos cerrados y con la mano todavía entre sus piernas. Le gusta verla así y se tumba junto a ella de lado para poder observarla con detalle. Ana se gira, se coloca frente a ella y abre los ojos relajada tras el orgasmo y feliz de estar con Cloe. Sonriendo, le dice que ahora sí que está hambrienta. Cuando Cloe responde que a ella también se le ha abierto el apetito, se levanta, coge el plato de pasta que reposaba en el suelo y se va a la cocina.

Mientras Ana calienta la cena, Cloe va al servicio, donde aprovecha para refrescarse un poco. Se mira al espejo y, aunque reconoce los signos del cansancio en su rostro, descubre en su reflejo una mirada que hacía años que no veía. Ha pasado mucho tiempo intentando no enfrentarse a su propia imagen para no reconocer la tristeza que escondían sus ojos azules, pero ahora se atreve a hacerlo y ve un brillo que la hace sonreír.

Al salir del baño vuelve a la cama de Ana y por primera vez es consciente de lo mucho que le gusta estar allí, de que de algún modo siente que esa es también su habitación. Se puede imaginar levantándose cada día junto a ella, durmiéndose entre sus brazos al llegar la noche, y está convencida de que esta vez nada podrá impedir que lo que tantas veces ha soñado se haga realidad. Mientras está inmersa en sus pensamientos, Ana regresa con el plato de pasta que ahora resulta de lo más apetecible.

—Le he añadido un poco de parmesano, que sé que te encanta —le dice Ana cariñosa volviendo a la cama.

—Gracias... —responde Cloe acercándose a ella para darle un beso.

—El mérito es tuyo: tú cocinaste... yo me he limitado a calentarlo... —le susurra Ana devolviéndole el beso.

—No... Gracias por hacerme sentir en casa, por hacerme creer en los finales felices —le dice Cloe mirándola a los ojos.

Ana se estremece al escucharla. Quisiera darle las gracias por luchar por ella, por enfrentarse a sus temores y demostrarle su amor sin filtros, decirle que la adora y que promete hacerla sonreír cada día de su vida, decirle que ella siempre supo que Cloe era su final feliz. Pero siente un nudo en la garganta y de lo único que es capaz es de besarla con todas sus fuerzas para transmitirle así lo que no puede expresar con palabras. Cloe le sujeta la cara para retenerla en sus labios, que se lo dicen todo.

Después cenan en silencio apoyadas en el cabecero de la cama, y cada bocado se les antoja delicioso en esos momentos. Bromean sobre sus cosas

y a veces se dan de comer la una a la otra en un acto de complicidad y afecto. Con el estómago lleno y al no haber descansado demasiado en las últimas horas, sienten un poco de frío y deciden cubrirse con la sábana.

Aunque deberían esperar a que la comida baje un poco, enseguida se tumban cara a cara para seguir hablando. Ana le cuenta los viajes que ha hecho por el mundo con su arte y Cloe la escucha atenta describir ciudades a las que tal vez un día puedan ir juntas. Le habla del tiempo que vivió en Nueva York. Le confiesa que regresó a Barcelona porque no podía olvidarla, y porque tenía la esperanza de cruzarse con ella algún día. Intentan no hablar de lo que sucederá a partir de mañana, pero Ana le dice que, pase lo que pase, estará a su lado, que se puede quedar en su casa mientras todo se resuelve y que después ya verán cómo se organizan. Cloe le da un dulce beso para darle las gracias de nuevo por su sincera generosidad y apoyo. La conversación es cada vez más lenta, las pausas se alargan porque se les empiezan a cerrar los ojos, y finalmente se quedan profundamente dormidas con los labios casi pegados y cogidas de la mano.

El despertador de Cloe anuncia el inicio de una nueva semana. Se despiertan abrazadas en una posición distinta a la que tenían anoche al dormirse, pero suelen dar muchas vueltas cuando comparten cama, así que no les extraña. Cloe intenta alargar el momento con Ana, pero sabe que tiene el tiempo justo para arreglarse e ir al despacho. Desde allí también intentará resolver los temas personales.

Sale de la cama no sin antes besar a Ana y, con la familiaridad de quien lo ha hecho antes, abre su armario buscando algo que ponerse. No sabe qué elegir, así que Ana le dice que se meta en la ducha y que ella se encarga de seleccionarle la ropa. Sus estilos son un poco diferentes y, sabiendo que Cloe suele vestir de un modo más formal que ella, Ana intenta encontrar algo con lo que se sienta cómoda. Localiza una falda negra que compró para un cóctel y decide conjuntarla con una camisa de seda de manga corta de color verde oscuro que ella normalmente combina con vaqueros. Los zapatos que llevaba Cloe al llegar quedarán perfectos con lo que ha elegido para ella, y aunque los pechos de Ana son una talla más grande que los de Cloe, le prepara ropa interior limpia porque no han tenido tiempo de lavar la de Cloe.

Ana se lo coloca todo sobre la cama y entra en el baño, donde Cloe sigue duchándose. Besa la mampara de cristal y el vapor deja sus labios marcados,

y Cloe le devuelve el beso desde el otro lado. Mientras Ana se lava los dientes, piensa que le gusta tenerla en su casa, en su cama, en su baño, despertarse con ella, y puede imaginarse haciéndolo toda la vida. Cloe siente lo mismo y, en el rato que pasa duchándose con Ana esperándola fuera, solo puede pensar en lo feliz que es a su lado y en lo cómoda que se siente con ella. Al salir de la ducha, Ana le acerca una toalla y, después de darle un largo beso, la deja sola para que se arregle tranquila.

Cloe se pone crema hidratante de la que usa Ana y se seca el pelo. Aunque solo lleva dos días en su casa, sabe dónde encontrar los productos que necesita y se mueve con soltura por el baño. Entreabre la puerta para que salga el vapor y entonces ve en la cama la ropa que Ana le ha preparado con tanto detalle. Sonríe sabiendo que ha buscado lo que mejor encaja con su *look* habitual y sale a vestirse sintiéndose sexy al ponerse las prendas de Ana.

Cuando entra en la cocina, Ana le dice que sin duda su ropa le queda mucho mejor que a ella. Cloe no está de acuerdo pero le agradece el cumplido con un beso y la ayuda a preparar el café. Ana se ha puesto una camiseta y unas bragas, y prefiere esperar a ducharse más tarde para aprovechar cada momento que tiene con ella. Al ver que va descalza le dice que cree haber visto sus zapatos debajo de la cama. Cloe va a buscarlos y, cuando se agacha para cogerlos, descubre que encima de ellos hay una nota con la letra de Ana.

Recuerda que eres valiente y que, pase lo que pase, estaré a tu lado. Merecemos ser felices, juntas, y esta noche te estaré esperando aquí, en casa. Te amo, Cloe.

Cloe siente mariposas en el estómago y una gran fuerza tras leer las palabras de Ana. Coge sus sandalias con la mano y corre a buscarla a la cocina, donde Ana está sirviendo el café en dos tazas. Cloe se lanza a sus brazos y Ana entiende que ha leído la nota que le dejó de madrugada cuando se levantó a beber agua.

—Te amo... —le dice antes de besarla—. Haré lo posible para poder estar contigo esta noche, pero tengo que ver a mi hija y resolver algunos asuntos. En cuanto sepa cómo van las cosas te llamo y te digo.

Antes de que Ana responda, Cloe ve en el reloj de la cocina que llega tarde, así que se olvida del café, le da un beso rápido y le promete que la

llamará más tarde. Después sale corriendo dejando tras sí el eco de la puerta al cerrarse muy fuerte.

Ana se queda inmóvil con su taza en la mano mirando hacia la puerta. No le gusta lo que siente. De nuevo está sola y sabe que no es la primera vez que Cloe se va para no volver.

Cloe sale a la calle y de da cuenta de que no sabe dónde está la parada de metro más cercana ni la combinación para llegar al trabajo, por lo que, como viene siendo habitual en los últimos días, decide coger un taxi y así de paso aprovechar para maquillarse durante el trayecto. Ha llorado tanto y descansado tan poco que necesita disimular su mala cara para que nadie le haga preguntas.

Entra en la agencia fingiendo que es un lunes más, y antes de meterse en su despacho pasa por el *office* para prepararse el café que no se ha podido tomar. Entonces se siente mal por haberse ido tan precipitadamente e imagina que tal vez Ana se haya quedado preocupada. Mientras la cafetera descarga el cartucho con la variedad preferida de Cloe, saca el teléfono y le escribe un mensaje.

Me hubiera encantado desayunar contigo, pasar el día contigo... no lo dudes... Te quiero.

Ana responde poco después con un simple «Te quiero». Cloe sabe que le pasa algo pero quiere hablarlo con calma con ella, y ahora no puede hacerlo. Coge su taza y un par de galletas de una caja de lata que alguien habrá traído para celebrar algo y se encierra en su despacho. Normalmente suele dejar la puerta abierta, porque su equipo entra a menudo para hablar con ella, pero hoy necesita un poco de privacidad y no le apetece ver a nadie.

Mientras el ordenador se enciende, le da un sorbo al café e intenta pensar la mejor forma de ponerse en contacto con Juan. A ojos del que todavía es su marido, lleva dos días desaparecida y eso no la beneficia de cara a un posible juicio, por lo tanto debe ser cauta. Cree conocer a Juan y sabe que la quiere y que ahora actúa movido por el dolor, así que espera poder hacerle entrar en razón en algún momento. Antes de ponerse a trabajar, decide llamar a Román, un amigo abogado de confianza que por supuesto no trabaja para su padre y que sabrá aconsejarla. Román atiende enseguida su llamada y, cuando Cloe le cuenta por encima su situación, él le propone verse para comer y hablar con calma de un tema tan delicado. Lo que sí le avanza es que es mejor que hoy vaya a su casa a pasar la noche.

Acuerdan encontrarse para comer en el restaurante de un hotel cercano a la agencia, y Cloe cuelga preocupada.

No sabe cómo le dirá a Ana que no podrá verla más tarde ni dormir con ella porque imagina que, si la ha sentido un poco distante en su último mensaje, es porque teme no volver a verla. Eso es lo último que Cloe quiere que piense, porque sabe el dolor que le puede causar, de modo que decide llamarla. Ana no responde y Cloe supone que debe de estar en la ducha, así que empieza a trabajar en la campaña que tiene que entregar la semana que viene para poder planificar el rodaje. Cita a su equipo en la sala de reuniones y perfilan los detalles de los anuncios para televisión y prensa. En plena reunión, el móvil de Cloe empieza a sonar y aparece el nombre de Ana en pantalla. Como tiene a sus compañeros delante descuelga y le dice en un tono neutro que está liada y que la llamará más tarde. Al llegar la hora de comer, Cloe se excusa diciendo que tiene una cita a la que no puede faltar y sale corriendo de la oficina para ir al hotel donde Román ya la estará esperando.

En el restaurante, enseguida le localiza en una de las mesas y, tras disculparse por el retraso, le da dos besos y se sienta frente a él. De nuevo los nervios le juegan una mala pasada y casi no tiene hambre, así que se pide una ensalada, mientras que él opta por un filete poco hecho con guarnición. Sin esperar a que les sirvan la comida, Cloe le cuenta a Román los detalles de lo ocurrido. No es fácil para ella confesarle algo tan íntimo porque, si bien se conocen desde la facultad, nunca han hablado de temas demasiado personales. Él la escucha atento y, aunque le sorprende lo que le cuenta porque nunca sospechó que ocultara algo así, la ve tan preocupada que lo único que quiere es ayudarla y tranquilizarla.

Cuando Cloe termina de exponer su caso, porque en ese momento ha pasado a ser una clienta, Román le dice que lo primero que debe tener claro es si quiere divorciarse de su marido. Hasta ahora nadie se lo había preguntado, pero Cloe responde enseguida que sí, pues le parece el paso más lógico cuando de lo que está convencida es de que quiere estar con Ana. Al pensar en ella se da cuenta de que todavía no la ha llamado y se siente mal, porque sabe que estará preocupada y posiblemente pensando un montón de cosas equivocadas debido a su silencio. Román le hace ver que, teniendo en cuenta las circunstancias, es posible que Juan no se lo ponga fácil y que intente quedarse con la niña. Cloe le dice que lo único que le

importa de cara a aceptar un acuerdo de divorcio es poder ver a Amanda. No quiere apartarla de su padre y por eso cree que la mejor opción es pedir la custodia compartida, e incluso está dispuesta a renunciar al piso que está a su nombre y al dinero de las cuentas conjuntas, pero no a la niña. Román toma nota mentalmente de las condiciones de Cloe y le dice que se pondrá en contacto con su padre, que por lo que le ha contado es el abogado de Juan. Cloe le pide que espere a que hable con su marido por la noche para saber sus intenciones. A Román le parece una buena idea, y le recomienda que sea inteligente y evite cualquier tipo de enfrentamiento. El abogado también le recuerda que, si no quiere empeorar las cosas, es mejor que no vuelva a pasar la noche fuera de casa para que no la acusen de abandonar a su hija.

La comida se prolonga más de lo previsto y, al ver la hora, Cloe le dice que tiene que volver al trabajo y se disculpa por no poder alargar la sobremesa. Aunque Román intenta invitarla, Cloe se hace cargo de la cuenta y le agradece con sinceridad lo bien que se ha portado con ella y que la esté ayudando sin juzgarla. Su amigo le asegura que quienes realmente la quieran lo único que le desearán es que sea feliz.

De nuevo a contrarreloj, regresa a la agencia a paso acelerado y, al llegar, sus compañeros ya la están esperando para que revise las propuestas que les ha pedido. Cloe sigue pensando en Ana, en que debe hablar con ella para tranquilizarla y contarle lo sucedido, pero el departamento de diseño está esperando instrucciones y no puede salir a llamar. La tarde pasa volando, y Cloe sigue trabajando con su equipo pasada la hora habitual. Al ver que está oscureciendo, Cloe mira el reloj y, aunque debería seguir un rato para dejar las cosas más atadas, hoy no puede quedarse y les dice a sus colegas que vayan a descansar para despejarse, que mañana continuarán con la campaña.

Agotada física y mentalmente vuelve a su despacho, cierra la puerta y, plantada frente al ventanal que da a la calle, llama a Ana.

—Hola —le responde enseguida un poco fría.

—Cariño... lo siento... No he podido llamarte antes, ha sido un día de locos —se excusa Cloe esperando que la comprenda.

—No pasa nada... No vas a venir, ¿verdad? —dice Ana seria.

—Es lo que más deseo, pero no puedo... Hoy he comido con mi amigo Román, el abogado, y cree que debo ir a casa para no empeorar las cosas.

Ahora salgo para allá... Necesito ver a Amanda y saber qué va a hacer Juan, pero...

Antes de que pueda seguir, Ana la interrumpe.

—Tranquila... no pasa nada —dice resignada.

—Ana... lo siento... sabes que si las cosas fueran distintas iría contigo... pero no puedo... ¿Lo entiendes? —le pregunta con dulzura.

—Sí, no pasa nada... —repite Ana una vez más, incapaz de decirle lo que siente realmente.

—Si puedo te llamo más tarde, ¿vale? —le dice Cloe con un enorme sentimiento de culpa.

—No te preocupes... me acostaré pronto porque he tenido un día complicado. Espero que vaya todo bien en tu casa... te mando un beso. —Y esta vez sus palabras denotan la tristeza de quien una vez más se siente abandonada.

—Un beso... ¡Ana! —Pero antes de que pueda decirle que la quiere, Ana ya ha colgado.

Cloe se queda de pie con el móvil todavía apoyado en su oreja. Observa los coches avanzando a lo lejos por unas calles donde ya se han encendido las farolas. Quisiera volver a llamarla y recordarle lo que siente por ella y decirle que esta vez no le fallará, pero sabe que posiblemente necesita un tiempo a solas y ahora mismo lo primero es resolver cuanto antes una situación que hoy las obligará a dormir separadas.

Apaga el ordenador, recoge sus cosas y sale de unas oficinas donde apenas queda nadie. Es muy tarde y no quiere alargar el momento, así que en cuanto sale a la calle toma un taxi que la lleva a su casa.

Antes de entrar, coge aire y cierra los ojos intentando reunir las fuerzas necesarias. Cuando abre la puerta escucha los pasos de su hija corriendo hacia ella, y eso la reconforta. Amanda, lanzándose a sus brazos, le dice que la ha echado de menos, y a Cloe se le saltan las lágrimas al responderle que ella también y que anoche no pudo contarle su cuento porque estaba trabajando. Juan evidentemente no sale a recibirla, y ella supone, por la hora, que estaban cenando y que no la esperaba. Efectivamente, al acercarse al comedor con la niña cogida de la mano, ve a Juan de espaldas sentado en la mesa y, aunque no se gira para saludarla, para que Amanda no note tanta frialdad, Cloe le saluda y él responde con un sonido indescifrable. Cloe deja sus cosas encima del mueble bufet del comedor y le dice a su hija que si ya

ha cenado es hora de acostarse. Cuando la niña le pide que la acompañe lo hace encantada.

En su habitación, la pequeña Amanda salta a la cama contenta de tener de nuevo a su madre en casa y está tan excitada que comenta cada uno de los dibujos del cuento que le lee. Al terminar, Cloe le dice que debe cerrar los ojos y le da un beso de buenas noches. La deja solita en su cuarto con una luz en forma de estrella encendida porque sabe que solo así conseguirá dormirse.

Ahora le queda lo más complicado: hablar con su marido y hacerle entrar en razón, pero por la actitud que ha mostrado desde que ha llegado a casa sabe que no le resultará fácil. Se dirige a la cocina pensando cómo desearía tener a Ana a su lado para que le transmitiera un poco de calma, y cuando entra ve que Juan sigue evitando mirarla. Cloe entiende que en ese momento la odia, y para suavizar las cosas se disculpa sinceramente por el dolor que le haya podido causar. Le pide que comprenda que nunca ha querido hacerle daño y que lo único que quiere es que arreglen las cosas lo más civilizadamente posible para que Amanda no sufra. Juan parece estar escuchando porque ha dejado de moverse, pero le da la espalda y Cloe no sabe qué está pensando. Cloe le pide que le diga algo y, tras una larga pausa, Juan se gira y con los ojos llenos de rabia le dice que su abogado se pondrá en contacto con ella y que espera que el juez le prohíba ver a su hija. Cloe se queda helada. Juan pasa por su lado sin mirarla y se va a la habitación, donde se encierra dando un fuerte portazo.

Se han confirmado los peores temores de Cloe, que ahora sabe que tendrá que luchar por lo que más quiere. Está muy cansada y querría darse una ducha, pero sus cosas están en el dormitorio y está claro que Juan no quiere que entre allí. Permanece un rato de pie sin saber qué hacer hasta que decide descalzarse, se afloja la ropa y se tumba en el sofá. Aunque es verano, el frío se ha apoderado de ella y se tapa con la manta que cuelga de uno de los laterales. Antes de cerrar los ojos, le manda un mensaje a Ana.

La cosa no ha ido muy bien, mañana te cuento. No sabes cómo quisiera dormirme entre tus brazos. Te quiero.

Mientras espera una respuesta que no llega, Cloe se queda dormida.

Los siguientes días la rutina se repite y Cloe se siente atrapada, pero sabe que no puede precipitar las cosas. Cada mañana se levanta temprano para que Amanda no vea que ha dormido en el sofá, y en cuanto Juan sale de la habitación aprovecha para entrar a ducharse y arreglarse. Delante de la niña aparenta estar alegre a pesar de que Juan sigue sin hablarle y la situación es cada vez más incómoda.

En el trabajo la campaña del perfume avanza a toda velocidad y los clientes están encantados con los resultados, así que por lo menos allí las cosas le van mejor. Hace más de una semana que no ha visto a Ana. Sabe que está empezando a impacientarse y que las pocas llamadas y mensajes que han intercambiado no son suficientes para ella.

El tema del divorcio parece ir adelante pero, por lo que le ha ido contando Román, el padre de Cloe quiere quitárselo todo, incluida la niña. Román ha intentado suavizar las cosas en varias ocasiones y ha ofrecido renunciar a la casa y al dinero a cambio de una custodia compartida, pero el padre de Cloe lo ha rechazado con rotundidad y no parece dispuesto a aceptar ningún acuerdo amistoso. Si la cosa sigue así, no tendrán más remedio que acudir a los tribunales.

Esta mañana, Cloe llega al trabajo a la hora habitual con la espalda molida de tantos días durmiendo en el sofá. Ha perdido peso y ni el maquillaje disimula su cansancio, pero sus compañeros creen que es por el ritmo frenético al que están sometidos últimamente y no le hacen preguntas. Cloe enciende el ordenador de una manera mecánica y de repente se da cuenta de que está permitiendo que su padre le siga condicionando la vida. Al pensarlo, siente náuseas. Sabe que no puede seguir así, que no se merece seguir sufriendo. Pasa un buen rato sin ser capaz de centrarse en nada y al final decide llamar a su jefe y le pide hablar con él.

Antonio la recibe en su despacho y le comenta lo contento que está con su trabajo. Cloe le agradece sus palabras y, como está cansada de mentir, le confiesa que está pasando un momento personal muy delicado y que necesita la tarde libre. Antonio no hace preguntas porque a estas alturas

sabe que Cloe es muy reservada, pero la ve agotada y desbordada y le dice que se vaya tranquila, que si necesita algo puede confiar en él. Sin pensar en jerarquías y agradecida por el gesto de su jefe, Cloe le da un abrazo y entonces recuerda que en los últimos días la única que la ha estrechado entre sus brazos ha sido su hija. Se le hace un nudo en la garganta, pero como no quiere llorar delante de Antonio se aparta emocionada sin decirle nada y se va a por sus cosas.

Lo primero que hace al salir a la calle es llamar a Ana.

—¿Dónde estás? —le pregunta en cuanto descuelga el teléfono.

—En casa, pintando... —responde Ana. Y antes de que pueda añadir nada, Cloe ha colgado.

Minutos más tarde, Cloe está en el portal de Ana y llama a su piso. Al escuchar la voz de Cloe al otro lado, a Ana se le acelera el corazón y abre enseguida. Cloe está tan impaciente por verla que, aunque son tres plantas, no espera al ascensor y sube corriendo las escaleras. Al llegar a su puerta le falta el aire, pero cuando ve a Ana se le pasa todo. Se lanza a sus brazos y la besa una y otra vez.

—No podía pasar ni un minuto más sin verte... —le dice al oído.

Ana, que al principio ha sido incapaz de reaccionar incluso a los besos de Cloe, la abraza sabiendo que lo que le ha dicho es cierto.

—Pensé que no volvería a verte... —le dice Ana temblando entre sus brazos.

Cloe se aparta con suavidad y, sujetándole la cara para que la mire a los ojos, le dice:

—Te prometí que no volvería a renunciar a ti, y cumpliré mi palabra... Te quiero, Ana, te quiero como nunca he querido a nadie en este mundo. —La besa y Ana rompe a llorar.

Por primera vez desde que se conocen, es Cloe quien tiene que consolarla. Han cambiado los papeles, pero Cloe sabe que no quiere volver a pasar por esto nunca más. Está cansada de tantas despedidas, de tanto llanto y de tanta renuncia, así que hará lo que sea necesario para poner fin a esta situación.

Cloe coge a Ana de la mano y la lleva al sofá, donde se sientan la una junto a la otra tan pegadas como les es posible. Le coge las manos y se las besa y acaricia hasta que Ana deja de llorar y apoya la cabeza sobre su regazo. Cloe le acaricia el pelo pensando cómo la ha echado de menos estos

días. Cada noche se ha dormido imaginando que estaba a su lado, porque era la única forma de poder conciliar el sueño aunque fuese durante unas horas. Cloe observa a Ana, que lleva una camiseta manchada de pintura, unos vaqueros rotos y está descalza. Sabe que habrá estado pintando para aliviar su dolor y, al darse cuenta de que ella también ha perdido peso, se siente mal por no haber estado a su lado y por lo mucho que habrá sufrido estos días. Ana ha sido muy paciente y generosa y, aunque su voz la delataba a menudo, nunca le ha reprochado nada. Cloe siente un amor muy profundo al pensarlo e inclina su cabeza para besarla y darle las gracias. Ana le devuelve el beso con dulzura, y lo alargan intentando recuperar el tiempo perdido.

Ana necesita sentir a Cloe, saber que realmente está allí, que no es un sueño como los que ha tenido los últimos días esperando que en algún momento se presentara en su puerta como ha hecho hace un rato. Se sienta encima de ella y separa las rodillas colocándolas a ambos lados de las caderas de Cloe. Se quita la camiseta y la besa apasionadamente. Cloe acaricia su espalda mientras se besan, y Ana le desabrocha la camisa despacio. Esta vez no tienen prisa y, aunque el deseo es grande, después de tantos días sin verse quieren disfrutarse con calma. Ana observa el cuerpo de Cloe, más delgado pero tan bello como lo recordaba. La acaricia despacio, descubriendo con sus manos como ahora se le marcan un poco más las costillas que la última vez que la tuvo entre sus brazos. Cloe le devuelve las caricias y nota que la cintura de Ana es ligeramente más estrecha que días atrás. No es algo perceptible a simple vista, pero Cloe conoce muy bien cada curva de su cuerpo y se percata enseguida. Le acaricia los pechos despacio, por encima del sujetador, y entonces se los desabrocha lentamente, dejándolos libres, desnudos frente a ella. Cloe se inclina hacia adelante y los besa con suavidad, sintiendo cómo se van endureciendo ante el contacto de sus labios y cómo los pezones se ponen tersos buscándola. Los lame pausadamente con la punta de la lengua, y Ana se deja llevar por el placer que eso le provoca. Cloe se quita el sujetador sin dejar de recorrer los pechos de Ana, y a continuación los sujeta con sus manos y los chupa con fuerza. Ana deja caer la cabeza hacia atrás emitiendo un leve jadeo y Cloe, sin apartar la boca de sus senos, le desabrocha los botones del pantalón y mete una de sus manos en su interior buscando su sexo. Lo toca por encima de las bragas, sintiendo cómo la ropa se va humedeciendo al

pasar la palma de la mano una y otra vez, y Ana responde con gemidos más intensos y rodeando con el brazo la cintura de Cloe, que al verla tan excitada decide meter la mano en el interior de sus bragas. Puede sentir enseguida que está mojada porque sus dedos se deslizan con facilidad y levanta la cabeza para mirar a Ana, que tiene los ojos cerrados. Recorre su sexo muy despacio y, cuando Ana le devuelve la mirada con absoluto deseo, le mete dos dedos, que entran solos conociendo el camino. Ana gime al tenerla dentro y balancea la cadera para ayudarla a moverse en su interior, y Cloe la penetra lentamente, hundiendo su cabeza de nuevo en uno de sus pechos. Se lo come con toda su boca, y eso le excita tanto que aumenta la velocidad de sus dedos. Ana empieza a moverse más deprisa y le pide que no se detenga.

—Me vuelves loca, ¿lo sabes? —le dice jadeando.

Cloe acelera el ritmo de la mano y la besa metiéndole la lengua en profundidad y disfrutando al sentir que Ana se la chupa y la entrelaza con la suya.

—Quiero oír cómo te corres —le susurra Cloe excitada.

Sin dejar que Ana responda, hace que se estire sobre el sofá y se pone encima de ella para penetrarla mejor. Cloe la sujeta por la nuca mientras le sigue metiendo los dedos, ahora mucho más rápido y fuerte. Ana gime cada vez que Cloe empuja su mano contra su sexo y, tras varias sacudidas, llega al orgasmo, gritando de placer. Todavía con los dedos dentro de Ana, Cloe le besa el cuello con mucha delicadeza y le dice que la quiere. Después se recuesta sobre su pecho y lentamente aparta su mano del interior de los pantalones de Ana, que la rodea con sus piernas.

—Ha valido la pena la espera... —dice Ana divertida, casi sin voz porque le falta el aire.

—Sí... —murmura Cloe.

—Ahora te toca a ti —le dice Ana insinuante mientras se gira para besarla.

—No... quiero quedarme así un rato, contigo, abrazadas... —responde Cloe convencida a pesar de estar muy excitada.

Ana decide no insistir porque está muy a gusto y sabe que ya tendrán ocasión de seguir en otro momento. Pasados unos minutos, Ana se queda dormida. Cloe se incorpora despacio para no despertarla y se pone el sujetador y la camisa. Va un momento al baño para asearse un poco y

retocarse el maquillaje. Al regresar al comedor, la imagen de Ana durmiendo semidesnuda se le antoja muy apetecible. Se quedaría con ella, pero sabe que debe hacer algo importante.

Antes de salir de casa de Ana cerrando la puerta con suavidad para no hacer ruido, le escribe una nota y la deja a su lado para que la vea en cuanto abra los ojos.

Volveré enseguida. Te lo prometo. Te quiero.

Cloe tiene muy claro adónde va, y si ha evitado seguir haciendo el amor con Ana no ha sido por falta de deseo sino porque necesita resolver algo de una vez por todas. Ya no le tiene miedo a nadie, y el encuentro con Ana le ha dado la energía que le ha faltado en los últimos días.

Media hora más tarde, Cloe llega a un edificio que conoce a la perfección. En la planta principal está el bufete de su padre, donde pasó tantas horas que se sabe el camino de memoria. Cuando entra en recepción, la secretaria la mira sorprendida y Cloe comprende que le han contado algo, pero ya no le importa. Con mucha educación y manteniendo la compostura, le dice que ha venido a ver a Juan y le pide que le avise, pero todo indica que la chica tiene instrucciones y llama al padre de Cloe, que aparece segundos después hecho una furia. Le reprocha que no sabe cómo ha tenido el valor de presentarse allí, y cuando empieza con sus acusaciones y ataques personales, Cloe le da la espalda sin responderle y se dirige convencida al despacho de Juan. Sin llamar para anunciar su llegada, entra decidida y cierra la puerta tras ella. El padre de Cloe no tarda en interrumpirlos pero, para sorpresa de Cloe, Juan le pide que les deje solos.

A diferencia de las últimas semanas hoy se muestra dispuesto a hablar con ella, y Cloe no quiere desaprovechar la ocasión. De repente se siente como cuando en la sala de reuniones de la agencia debe vender bien un proyecto, pero en este caso se juega mucho más. Su futuro depende de lo que diga a partir de ahora, así que intenta calmarse y hablarle desde el corazón. Le dice con sinceridad que siempre ha querido hacerle feliz, que luchó una y otra vez por darle el mismo amor que él sentía por ella pero que al final ha visto que es incapaz porque ama a otra persona, a Ana. Se disculpa por no haberle contado la verdad cuando se conocieron e insiste en que nunca quiso hacerle daño y que se merece estar con alguien que le dé lo que ella

no puede darle. Juan no responde, pero por lo menos no la mira con odio como días atrás, y Cloe le pide que no deje que su padre decida por él, y que por el bien de Amanda encuentren una solución. Le recuerda que la niña los adora a los dos y que intentar separarla de uno de ellos le causaría un dolor injusto e innecesario. Tras una larga pausa, Cloe le mira fijamente a los ojos y le dice que si alguna vez la ha querido de verdad la deje marchar. Juan ha escuchado en silencio lo que Cloe tenía que decirle, pero al llegar su turno sigue sin responder. Ella sabe que necesita estar a solas para pensar en lo que le ha dicho, así que se despide y sale de su despacho. En el pasillo se vuelve a cruzar con su padre, pero acelera el ritmo y pasa por su lado sin mirarle y dejándole con la palabra en la boca.

Sale a la calle tan nerviosa que siente que el corazón le va a estallar. Al mirarse las manos ve que está temblando, pero se siente orgullosa de lo que acaba de hacer. Durante todos los años que trabajó en el bufete, nunca fue tan ella misma bajo ese techo como esta tarde, y desde que se conocieron nunca había sido tan sincera con Juan. Pase lo que pase mañana, sabe que por primera vez en su vida se ha permitido seguir el dictado de su corazón sin temer realmente las consecuencias, y con una gran sonrisa dibujada en el rostro saca el teléfono del bolso para llamar a Ana.

—Cariño, te invito a cenar.. Ahora paso a buscarte.

Al colgar, se da cuenta de que Ana estaba medio dormida y parecía no entender demasiado ni la llamada ni el motivo de la cena, e imagina que seguía en el sofá y que ni se ha enterado de que ha salido. Eso la alegra y la tranquiliza, porque le preocupaba pensar que estuviera sufriendo su ausencia y la incerteza de volver a verla.

Veinte minutos después, Cloe llama al timbre de Ana y la espera en el portal impaciente. Su chica, que casi no ha tenido tiempo de arreglarse, aparece enseguida excusándose por llevar el pelo mojado, pero Cloe la encuentra de lo más atractiva con su mono negro de tirantes y esos botines que conoce tan bien. Ana la abraza y la mira expectante, y ella la besa y le dice que ahora le aclara el porqué de su sonrisa.

Salen a la calle cogidas de la mano y recorren el barrio, el Ensanche, buscando algún restaurante en el que ninguna haya estado antes. Quieren descubrir un nuevo lugar juntas y que a partir de ahora ese sea uno de los muchos rincones especiales de Barcelona para ellas. Cloe aprovecha el paseo para contarle la conversación que ha tenido con Juan y cómo han

dejado a su padre al margen. Ana la observa de reojo y admira su valor en silencio porque, a pesar de no saber qué pasará, Cloe ha decidido celebrar su reencuentro con Ana y con la persona que nunca se ha permitido ser. Para felicitarla, Ana la besa apasionadamente en plena calle y a Cloe no le importa: está cansada de ocultar su amor por miedo a ser juzgada.

Tras recorrer varias manzanas, se detienen frente a un pequeño restaurante del que les llama la atención un cartel anunciando que dispone de una íntima terraza interior. Al ser un día laborable, el *maître* les dice que están de suerte y las acompaña muy amablemente a una terraza que supera las expectativas de ambas. Hay farolillos con velas de varios tamaños en el suelo y sobre cada una de las mesas, y de las paredes cuelgan pequeñas guirnaldas con luces blancas. Han plantado jazmín alrededor del comedor exterior, y su perfume invita a entrar y quedarse. Cloe y Ana se sientan en la única mesa libre y se miran a los ojos encantadas. Hacía tanto tiempo que no habían podido salir juntas que lo viven como una primera cita. Deciden pedir varios platos para compartir y una botella del mejor vino. Cuando les sirven la bebida, Cloe mira a Ana a los ojos y propone un brindis.

—Por una vida juntas. —Acercan sus copas mirándose fijamente, sabiendo que ya nada las podrá separar.

La cena está deliciosa, pero es tanta su felicidad que incluso un bocadillo les hubiera parecido alta cocina. Desde que se conocieron tantos años atrás en la biblioteca, es la primera vez que se permiten hacer planes de futuro. Ana le cuenta que ha vendido todos los cuadros de su exposición —excepto el que no estaba en venta— y que su agente le ha pedido nuevo material para una importante galería de Barcelona que está muy interesada en su obra. Brindan de nuevo para celebrarlo, y Cloe le habla de su campaña pero le dice que prefiere no darle muchos detalles hasta que esté terminada. Ana se siente intrigada ante tanto misterio, pero le gusta ver a Cloe tan contenta e ilusionada y se resiste a preguntar. Deciden que cuando todo se resuelva se cogerán unos días libres para ir juntas a Nueva York, una ciudad que Cloe todavía no conoce y que Ana está convencida de que le encantará. Le habla de un pequeño hotel del Village donde podrían alojarse y de los museos y rincones que quiere redescubrir con ella. Cloe le confiesa que está deseando hacer las maletas porque sabe que no podría tener mejor acompañante.

Al salir del restaurante, Ana le propone ir a tomar algo a un bar de chicas cerca de su casa. Cloe nunca se ha movido por estos ambientes a excepción de aquella noche en Londres que sigue guardando en la memoria, pero la idea le parece excitante: al fin y al cabo es una cita, y quiere disfrutarla con la alegría que les fue arrebatada durante demasiado tiempo.

Es un local pequeño y está más lleno de lo habitual porque se celebra una fiesta, pero consiguen hacerse un hueco junto a la barra y pedirse un par de gin-tonics. Mientras se los toman, siguen hablando de sus cosas como han hecho durante la cena, y es tanta su dicha que ni siquiera se dan cuenta de que para poderse escuchar por encima de la música casi están gritando. Cuando suena una de las canciones favoritas de Ana, esta alarga su mano e invita a Cloe a bailar con ella. En el centro de la reducida pista, se dejan llevar por la melodía y ríen y se besan sin estar pendientes de nada ni nadie más que de ellas. Cloe pide otra ronda y siguen bailando y bebiendo divertidas, recordando la vez que Ana la asaltó al salir del baño de la discoteca londinense. Alguna de las presentes las mira e intenta entablar conversación, pero ellas solo tienen ojos la una para la otra y siguen bailando y compartiendo caricias como si estuvieran solas.

Después de la segunda copa, deciden que ha llegado el momento de irse a casa y recorren el camino de vuelta cogidas de la mano, deteniéndose de vez en cuando en plena calle para besarse apasionadamente. Al llegar al portal, los efectos del alcohol hacen que a Ana le cueste meter la llave en el cerrojo, pero Cloe la ayuda y consiguen entrar. Ya en el ascensor, dan rienda suelta a su deseo y se besan y acarician celebrando que finalmente no deben preocuparse por miradas ajenas.

—Tenemos algo pendiente... —le dice Ana a Cloe al oído.

En cuanto cierran la puerta del piso, se quitan la ropa mirándose con anhelo. Ya desnudas, avanzan hacia la habitación sin dejar de besarse e intentando no tropezar con los muebles que parecen haberse movido de sitio. Se ríen porque están un poco bebidas, pero saben que son más que conscientes de lo que están haciendo.

En el dormitorio, Ana agarra a Cloe por la cintura y le da un largo beso antes de empujarla sobre la cama. Mirándola con auténtico desafío, le pide que se dé la vuelta y que se ponga de rodillas, y Cloe obedece encantada y se estremece al sentir cómo le excita estar así para ella. Ana abre uno de

los cajones de su mesilla de noche y saca algo que compró días atrás deseando estrenarlo con Cloe. Las circunstancias hicieron que no tuvieran ocasión de utilizarlo, pero por fin ha llegado el momento con el que tanto ha fantaseado durante las noches que pasaron separadas. Sin que Cloe pueda verla, se coloca un arnés y le aplica lubricante al mismo tiempo que observa el cuerpo de su amada en una posición de lo más provocativa. Podría encender velas para verla mejor, pero no quiere esperar y la luz que se cuela a través de las cortinas del balcón es suficiente para intuir cada una de sus curvas. La idea de poseer a Cloe le excita tanto que avanza hacia ella despacio, se coloca detrás, se inclina un poco, y tras apoyar las manos sobre sus nalgas acerca su cara a su sexo y empieza a lamerla lentamente, buscando humedecerla más de lo que ya puede sentir en su boca. Cloe recibe los lametazos levantando el culo y bajando la cabeza entre sutiles jadeos, y Ana sigue recorriendo sus labios, metiendo su lengua entre ellos, y después le separa las piernas y sujeta el falo con la mano para poderlo controlar. Empieza a metérselo con mucho cuidado, y Cloe lo recibe con un largo gemido de placer. Ana se arrodilla sobre la cama y balancea la cadera para que lo sienta llegar hasta lo más profundo de su interior. Cloe respira excitada y al imaginarla detrás de ella con el arnés le pide que siga, que la haga suya. Ana se estremece al escuchar sus palabras y acelera un poco el ritmo al notar que cada vez está más abierta. Se mueve contra ella penetrándola con absoluto deseo y, ante el sonido de los intensos gemidos de Cloe, aprieta con fuerza una y otra vez. De repente siente la imperiosa necesidad de besarla, así que se retira despacio, la ayuda a tumbarse boca arriba, se acerca a ella y la besa en los labios metiéndole la lengua muy despacio. Cloe está muy caliente y le pide mirándola a los ojos que la folle, que no se detenga, y Ana vuelve a sujetar el consolador con su mano para indicarle el camino y la vuelve a penetrar. De nuevo entra con facilidad, y Ana empuja con fuerza haciendo que Cloe se mueva debajo de ella cada vez que la embiste. Cloe apoya sus manos en el cabecero de la cama para no irse hacia atrás cuando Ana se mueve, y la mira con deseo pidiéndole que siga. La intensidad aumenta tanto como la excitación de ambas, y Ana mueve sus caderas deprisa y coloca las manos sobre la cama para poder penetrarla de un modo frenético. Cloe grita, gime y jadea sin parar. Eso anima más a Ana, que, ante el placer que experimenta escuchándola y sintiendo el roce de sus sexos al chocar, sabe que está tan al límite como ella. No se detiene

hasta que Cloe llega al clímax y entonces empuja con todas sus fuerzas una última vez alargándole el orgasmo y provocando el suyo.

Sus respiraciones aceleradas se mezclan con sus gemidos y, cuando ya no pueden más, Ana se deja caer y reposa agotada sobre el pecho de Cloe. Disfrutan un rato en silencio del contacto de sus cuerpos, y entonces Ana se aparta con mucha delicadeza, haciendo que Cloe emita un leve gemido, y se quita el arnés para tumbarse a su lado. Pensando en lo que acaban de compartir, intercambian suaves besos y caricias y lentamente se van quedando dormidas.

Al despertar, Cloe ve que están tapadas y que Ana la abraza por detrás, encajando su cuerpo al suyo como si fueran una. Ha soñado que era feliz y sonrío al comprobar que con los ojos abiertos lo sigue siendo. No sabe qué hora es, pero la luz que entra por las ventanas le sugiere que debería levantarse y se separa sigilosamente de su amada para ir a buscar su móvil. Aunque el reloj indica que tiene el tiempo justo para ducharse y llegar puntual a la oficina, decide mandarle un mensaje a su jefe diciéndole que hoy trabajará desde casa y vuelve a meterse en la cama.

Unas horas después, Ana es la primera en abrir los ojos y se alegra al ver que Cloe sigue a su lado. Se muere de ganas de besarla y despertarla para decirle lo que siente por ella, pero está tan profundamente dormida que prefiere dejarla descansar un poco más. Anticipando que después de una noche que nunca olvidarán estará tan hambrienta como ella, pasa por el baño para refrescarse y se dirige a la cocina a preparar un desayuno que, vista la hora, les sirva también de comida.

Antes de poder decidir con qué sorprenderla, el teléfono de Cloe empieza a sonar y Ana corre a buscarlo en su bolso porque teme que la estén intentando localizar por temas de trabajo o, mucho peor, por motivos personales. Al ver que es Juan quien llama, a Ana se le hiela la sangre y se acerca al dormitorio con el móvil en la mano.

Cuando cruza la puerta Juan ya ha colgado, pero Ana despierta a Cloe suavemente y le acerca el teléfono. Cloe espabila de golpe al ver la pantalla y se incorpora inquieta. Mira a Ana y sabe que esa llamada marcará su futuro juntas.

Han pasado tres meses desde que Cloe cogió aire al ver que Juan quería hablar con ella y le devolvió la llamada temblando. Aunque él no ocultó que estaba muy dolido, le dijo que para no hacerle daño a su hija había decidido aceptar que llegaran a un acuerdo que les beneficiara a todos. Cloe se sintió aliviada al oír sus palabras y le dijo que hablaría con su abogado para hacerle una propuesta.

Tras darle instrucciones a Román, le mandaron un borrador con las cláusulas del divorcio y evitaron cualquier contacto con el padre de Cloe, que hubiera hecho lo posible por entorpecer las cosas. Dos días después, Juan aceptó quedarse con la casa y con la mitad del dinero ahorrado en los últimos años a cambio de compartir la custodia de Amanda con Cloe, porque por encima de todo quería que la niña no saliera perjudicada y sabía que no ver a su madre la hubiera hecho sufrir.

Los papeles ya están firmados y sellados, y Cloe es una mujer libre. Hace unas semanas contrató a una empresa de mudanzas y se instaló en casa de Ana, que ahora también es la suya. La mayor parte de las cajas siguen precintadas porque están buscando un piso más grande donde Amanda tenga su propia habitación y en el que crear un nuevo hogar para iniciar su vida en común. Pero en las estanterías del comedor destaca una de las posesiones más preciadas de Cloe: la caja con los adornos de su primera Navidad juntas. El día del traslado se la regaló a Ana para recordarle que ni siquiera cuando estuvieron separadas dejó de amarla, y están deseando volver a utilizarlos durante muchos años.

Amanda pasa la mitad del mes con cada uno de sus padres, y no parece afectada por la nueva situación porque lo vive como una aventura. Le encanta la idea de tener dos casas y se lleva muy bien con Ana, que pasa horas en su estudio dibujando con la niña cada vez que se queda unos días con ellas.

Por primera vez en mucho tiempo, Cloe es plenamente feliz y, aunque ha roto la relación con sus padres y no mantiene ningún tipo de contacto con ellos, tiene todo lo que desea: a Amanda, a Ana y un trabajo que le encanta. Además, sabiendo que finalmente ha cumplido con la promesa que le hizo

en su día, Cloe llamó a su querida Rosa hace unas semanas para decirle que está enamorada de Ana, una mujer maravillosa que espera presentarle muy pronto.

Hoy es el lanzamiento de la campaña del perfume y Cloe llega a casa, su hogar, con una gran lámina envuelta en papel de regalo. Ha trabajado muy duro los últimos días y no ha podido estar con Ana tanto como hubiera querido, pero esta noche es para ellas porque Amanda está con su padre. Cloe entra con sus llaves y llama impaciente a Ana, que está encerrada en el estudio preparando la exposición que inaugurará el próximo mes.

Ana aparece con un pincel en la mano y la camiseta manchada de pintura, y se acerca sonriente para saludarla con un beso en los labios. Cloe le entrega el regalo, y Ana repasa mentalmente si se le ha pasado por alto alguna fecha importante. Al abrirlo, descubre el anuncio del que no ha querido contarle demasiados detalles. En él aparecen las manos de dos mujeres y una de ellas tiene la cara cerca de la muñeca de la otra y la está oliendo. Junto a la marca del perfume se lee un eslogan que Ana conoce muy bien y le trae buenos recuerdos: *Cómo he echado de menos tu olor.*

Ana sonríe y besa a Cloe con todas sus fuerzas sabiendo que ya nada las podrá separar. Al tenerla entre sus brazos, Cloe recuerda la frase que le cambió la vida, la que ahora mismo resuena en su cabeza: *Pide un deseo.*

Créditos

© T. S. Williams, 2016

© Editorial EGALES, S.L., 2016

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

www.editorialegales.com

ISBN: 978-84-16491-79-7

© Imagen de portada: Arcangel Images

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro español de derechos reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.